

A553

Este Libro es propiedad de ALEJANDRO TAMBRADO COELLO

Nacional de la Casa de la Cultura

Su Venta es penada por la L y

A TRAVES DE LOS LIBROS

(Ilustración del artista, profesor don Antonio Salgado).



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
N.º 0026	AÑO 1987
PRECIO	DONACION

IMPRENTA « ECUADOR »

QUITO.— 1935

ALGUNAS OBRAS DE A. ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.*— Casa Editorial de Juan I. Gálvez.— Quito.— 1909.
- Vargas Vila. Ojeada crítica de sus obras.*— Imprenta del diario Ecuador.— 1912.
- Las Brumas de Antonio C. Toledo.*— Talleres del diario "El Comercio".— 1913.
- Algunas ideas acerca de educación.* 2ª ed. — Imprenta Municipal.— 1915.
- Rodó.*— 4ª ed.— Imp. y Enc. Nacionales.— 1917.
- Orientaciones Periodísticas: Manuel de J. Calle.*— Imprenta Mejía.— 1919.
- El Ecuador Intelectual. Córdova* (Argentina).— Imprenta Bautista Cubas.— 1919.
- Tres poetas de la música.*— Imprenta de la Universidad Central. Quito.— 1921.
- La Condesa Emilia Pardo Bazán.*— Imprenta y Encuadernación Nacionales.— 1922.
- Juana de Ibarbourou.*— Imprenta Nacional. Quito.— 1921.
- Educación del Hogar.*— Imprenta "Editorial" Quito 1923.
- Motivos Nacionales* (2 Tomos).— Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.— 1927.
- Pinceladas de la Tierrauca.* Ensayo de novela— Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.— 1928.
- Centenarios y Milenarios.*— Edición del Ministerio de Educación.— 1931.
- Eloy Alfaro (Epifanio biográfico)*— Talleres tipográficos Nacionales.— 1934.
- Nociones de Literatura General.*— 4ª ed. — Quito— 1934.
- El ocaso de los Conquistadores*— Imp. Municipal, 1934.
- Quiteños Auténticos.*— Imp. Municipal.— 1934.
- Recuerdos de Quito.*— "La Tola".— Impreso por N. Romero.— Quito.— 1934.
- Del Quito Antiguo.*— Imp. y Encuad. "Ecuador"— 1935.

Cent. 3179

A TRAVES DE LOS LIBROS

ADVERTENCIA

¡ LIBROS, jirones de arte y de vida, que llegáis de muy lejos a decirnos palabras de emoción y de belleza, cuán gratos sois al espíritu! Formando una montaña, os eleváis en el escritorio, como otros tantos monumentos de estudio, de esfuerzo, de recuerdo imaginativo. Buenos amigos, plasmáis la hermosura de las cosas, el minuto que pasa, el verso que brotó del corazón, la idea que brilló en la mente, y fue ya indeleble en las letras de molde. Queremos, sin preferencia, a medida que salen de las filas donde están alineados, expresar la impresión que nos transmitieron. Después de su lectura, trazamos notas rápidas, acotamos brevemente, emitimos nuestro fugaz juicio. No queda tiempo para detenernos a disertar largamente.

Muchos años hemos pasado en torno de los libros, en la faena de dar una idea aproximada de su contenido, como noticia periodística, reflejando la sensación fugitiva que nos causó recorrer páginas hispanoamericanas.

Estas cortas notas bibliográficas son fruto de tan constante tarea intelectual. No hemos seguido preferencia ni orden alguno.

Hemos tomado al azar, de la parva de libros que

6096 - 9809

se alza en nuestra mesa de trabajo, llegados de algunos pueblos, los que más pronto hemos ido leyendo, eso sí, con cariño, con creciente curiosidad, para trazar nuestras opiniones, muy sinceras desde luego, pero que están lejos de ser trascendentales, o capítulos hondos de crítica.

Sentimos que se hayan perdido, quizá sin esperanza de ser hallados, algunos breves artículos, que andaban dispersos en tantas publicaciones nacionales y extranjeras, y que no pudimos conseguir, o que, con el transcurso de los tiempos, se han extraviado para siempre, pese a la búsqueda.

Quede siquiera una muestra de nuestras emociones bibliográficas, que ojalá no nos indispongan ante los amables poetas y escritores, que nos enviaron sus producciones y que, en su oportunidad, algo dijimos sobre ellos, al ver que no aparece la *acusación de recibo* en esto tomito que probablemente requerirá otro más, o quizá una serie.

Quito, a Cinco de Junio de 1935.

UN NOVELISTA ESPAÑOL

Llama la atención, en la España contemporánea, en el Madrid del oso, del madroño y de la Puerta del Sol, la pujanza del moderno escritor José María de Acosta, periodista, crítico y autor de varias novelas que han sido saludadas con aplauso por los que juzgan del arte literario.

Los señores González Ruano y Carmona Nenclares, prolijos investigadores que han emprendido el brillante bosquejo de los autores castellanos del día, al través de su lucha intelectual y de sus obras, trazan la vida literaria de José María de Acosta, como escribieron las de Valle Inclán, Cansinos — Assens, Fernández Flores, José María Salaverría, Pedro de Répide y otros.

De la referida reseña biográfica, hemos sacado en limpio que el autor de "La Saturna", «Amor loco y amor cuerdo», «Las eternas mironas» y demás novelas, es infatigable trabajador, al mismo tiempo que sereno a-

nalista, que lo mismo penetra en la entraña social a estudiar las hondas torturas psicológicas, que describe la faena de los labriegos y el paisaje de la campiña es pañola.

«Acosta, además de las condiciones comunes al novelista y al dramaturgo, y que en alto grado posee, como ser creador de tipos, algunos de gran comicidad y todos muy humanos; plantear problemas de enorme interés para los mortales; estar dotado de fantasía para urdir interesante tramas, con incidentes cómicos y dramáticos de gran realismo y situaciones que pueden ser muy teatrales, tiene otras, especiales del comediógrafo. Es la primera, poseer el secreto de un diálogo fácil, fluido, ocurrente, elegante e ingenioso»

Enumeran los documentados críticos González Ruano y Carmona Nenclares las demás prendas del fecundo Acosta: la plasticidad de su literatura, la música del lenguaje, etc. Se apoyan en innumerables opiniones de literatos hispanoamericanos. La lista de autores aludidos es copiosa. De los «hombres de letras» que no pertenecen a España dan breves rasgos bibliográficos. No falta el Ecuador en la lista, entre nombres brasileños, portugueses, italianos, franceses, cubanos, etc.

En la novela "Al cabo de los años mil", Acosta

nos trasmite la vida rural española, con riqueza de colorido.

Por lo expuesto, que es muy sintético, dada la complejidad de valores del lozano escritor, se comprenderá la valía de este vigoroso adalid de la actual intelectualidad española.

Quizá en otra ocasión nos sean propicias las horas para detenernos algo más en esta figura moderna del Madrid cerebral que piensa hondamente y trabaja sin descanso, descubriendo la belleza recóndida de las cosas y analizando las complejidades del corazón humano. La falange laboriosa de escritores castellanos medita e inquiere, para no improvisar ni parecerse a cierta juventud sin preparación que se adorna con oropeles de flamantes escuelas literarias sin calor ni claridad. Por esto, la generación baladí no produce nada. Por fortuna, es ahogada por los talentos que procuran que su arte perdure en el tiempo y en el espacio, como el múltiple intelectual José María Acosta.

LA EPOPEYA DE LA CIUDAD

La poesía moderna, siguiendo el ritmo de la vida, se orienta hacia lo que representa fuerza, progreso, actividad, mejora social, curación de miserias colectivas, ahorro de lágrimas. Anhela el resurgimiento de la especie humana, redimida de sus dolores y de su hambre

El sentimentalismo se inspira en los cuadros, de amargura dantesca, que dejan contemplar las grandes urbes con sus contrastes desconcertantes: de un lado, fábricas, talleres, palacios, rascacielos, bancos, joyerías, bodegas; de otro, miserables viviendas, antros de corrupción, conventillos, plazas abigarradas, cárceles, cementerios, tabernas, que son los panteones del alma y del cuerpo. En medio del movimiento vertiginoso, ¡cuántos dramas callejeros! Para el observador, la vía pública es fuente de dolores y enseñanzas.

En los barrios populares, en los laboratorios de la colmena humana, en los enormes almacenes que en mil formas aglomeran la riqueza, el espíritu observador sabe hallar encantos y penas, sollozos y sonrisas.

Este conjunto dinámico constituye la «Epopéya de la ciudad», que sirve de tema a los vigorosos capítulos de Emilio Frugoni, autor de muchos poemas monte-

deanos, que se empeña en transmitirnos la emoción que inspira la Capital del Uruguay.

«La ciudad es como un río que permanece y anda. Quieta en la geometría múltiple de sus casas; tras-humante en la florida circulación de sus gentes», dice sencillamente, al entrar en el laberinto de los conventillos que amontonan pobreza, vigilancia mutua, murmuración, vulgaridad; en la audacia de los rasca—cielos, en el bullicio de las estaciones ferroviarias, en los frigoríficos de altas torres, en los castillos feudales al pie del Cerro situados, en las glorietas de las quintas, en las anchurosas tiendas, bazares modernos, en el bullicio de las estaciones ferroviarias

Su reposado lirismo, sin medidas silábicas ni precisiones métricas que regalan el halago del acento y de la rima, expresa así su asombro: «¡Oh maravilla de los rasca—cielos que vemos estirarse en un frenético manotón permanente para robar la luz del firmamento y tenderla hecha sombra a sus plantas, sobre nuestras cabezas!»

Angustiosa la antítesis: por un lado, los soberbios edificios: por otro, las casuchas aplastadas, los suburbios malolientes, la morada de los pobres, los modernos presidios llamados «conventillos», presagio de la cárcel

de los muertos, que sólo descubre una tosca y negra cruz a flor de tierra.

Con todo, el trabajo reparador obra prodigios en las populosas ciudades que tantas tragedias desatan. A su querida urbe apostrofa, sin galas de versificación, en esta forma, Frugoni: «Eres un bosque levantado por el conjuro del trabajo. Cada árbol tuyo—oh bosque milagroso—brotó del calor de unas manos. Tus raíces, más que en el suelo, se hunden en la vida de las generaciones que las forjan con sus músculos y las vivificaron con su aliento». El recuerdo le tortura, desde cuando el rancharío agrupado a la margen del Plata llamó, por sus heroísmos, la atención de América y convocó después a las legiones de Oribe y quebró la daga de Rosas. Más tarde vendrá el campo uruguayo, rico en verdores, en reluciente ganado y en sangrientas revoluciones. Inmigrantes y criollos harán su obra. Añoraza para la vieja ciudad, empujada para siempre por el huracán de las reformas, destruida sin remedio con el fin de modernizarse y ser como urna de oro.

«La Epopeya de la Ciudad», sin empeños de arte, sin filigranas de versificación, es dinámica, y presenta, con elocuencia, el cuadro del Montevideo de nuestros días, del que vio el alma inquieta de Emilio Fru-

goni, sincero en sus procedimientos, para no afectar el colorido de las telas solariegas.

EL POEMA DE LAS TIERRAS POBRES

Cuando la tierra, madre pródiga, se muestra infecunda, el mortal se angustia, ve perdidos sus desvelos y se siente acometido por los fantasmas del pesimismo.

Los horrores de la sequía son síntomas de hambre y delito en las comarcas no favorecidas por el riego reparador. La lucha estéril descorazona. Por donde dirigimos la mirada, contemplamos seca la hierba, destruída hasta la última brizna, calcinado el suelo. El raquítico paraje nos reproduce el aspecto desolador que en todo pone la muerte. Los seres racionales, junto con las bestias, emigran.

«No reposa el hombre de las tierras pobres», observa el poeta chileno Jorge González B.

Nos ha trasmitido, con raras pinceladas, la impresión de la miseria en su librito "El poema de las



tierras pobres", sencilla y sinceramente concebido.

La falta de trabajo, las dificultades de mangas de agua, la esterilidad, precipitaron al crimen, cuando el carácter férreo y luchador no triunfó de la naturaleza, como en la parábola "La Pampa de Granito" del pensador Rodó, como en las vidas esforzadas de los enérgicos vascos o los bravos de Castilla.

El campesino, en vez de combatir rudamente, pierde, en los versos de González, la esperanza, cruzándose de brazos.

«El árbol no da sombra para sus miembros y cansado mira las soledades sobrecogedoras»

Cuando el *latifundismo* acapara el suelo que podía servir para mil siembras, el malestar del pueblo aumenta y llega a ser amenazador. El viento que sopla se transforma en huracán que arrasa. El hambre es la temible cegadora, cuando la pobreza de las tierras se agrava por la codicia del señor feudal, del único que monopoliza lo que no alcanza a cultivar ni lo riega con el sudor de su frente y con agua vivificante.



POESIA CAMPERA

Se ha discutido si conviene el estropeo de la lengua castellana al interpretar el alma criolla. Los cuadros de costumbres, ¿han de calcar hasta la jerga típica de los bárbaros del idioma? ¿Basta con entrar en el espíritu de los labriegos y la gente inculta que se mueve al impulso de pasiones primitivas? ¿Es preciso, para mayor naturalidad, reproducir su dialecto pintoresco, tan distinto del común hablar de las personas decentes?

Dejando aparte pareceres encontrados, que obedecen a distintos puntos de vista y a gustos diferentes, somos partidarios de la pureza del idioma en todos los casos, sin perjuicio de emplear una que otra dicción irremplazable, uno que otro matiz inconfundible que den fuerza a la expresión, uno que otro vocablo *sui géneris* que traduzca el pensamiento. Y aun éstos, para lectores que no son del país, necesitan de notas explicativas. Generalizar los barbarismos tal vez resulta inconveniente, porque, en ajeno medio, supone la equivalencia complementaria.

Esto acontece a los ecuatorianos, al saborear los

poemas criollos de otros países, como por ejemplo los camperos uruguayos «Pintagas y Sina Sina» de la observadora e intensa poetisa María Teresa L. de Sáenz, que dirige la hermosa revista «Vida Femenina» que por varios y constantes años se publica en Montevideo.

Ha entrado en el corazón de la campaña oriental, a decirnos, en jerigonza popular, los hábitos y los hondos sentimientos de las chinas y los gauchos, sus ardientes amoríos, la fuerza de sus imágenes, sus arribos y despedidas, sus recelos y confianzas.

Allí la añoranza de los besos dados en la emocionante partida, la espera inacabable, el contemplar de día y de noche aquel camino por donde veía llegar al que tantas promesas de afecto le había formulado con vivos juramentos: allí la sincera vuelta al amoroso nido, a cultivar los cariñosos rosales sin temor a la traición, halagado por el ensueño de un ranchito «cubierto por jazmines, mucha yedra y arrayán y unos ojazos muy grandes, que amorosamente me dijeran: esos ojos son muy tuyos y nunca te engañarán»; allí el orgullo domado por la pasión, como se amansa al potro cerril: el gaucho altanero es ahora esclavo: allí la herida del desprecio y la memoria ría de la flor que le dió ella «como limosna de dicha»;

allí el llanto del despecho que increpa a la conciencia y le inclina a barruntar un ruego cercano; allí la rendida lucha de los rivales que, cuchillo en mano, se juegan la vida.

Todas las tristezas de los hijos del campo, las pasiones y cegueras del corazón, las quejas y cantares primitivos, ha revivido la analítica poetisa uruguaya. Sus cuadros, tomados tan profundamente de la realidad, rebosan de poesía, ingenua, conmovedora, vivificada por el rocío de lo verdadero. El amor maldito que domina voluntades y huye del mismo sér que adora, retratado está con maestría.

El caballo, el rebenque, la cabaña, los montes y llanuras, las avejillas del alero, todo desata saudades al gaucho fantástico, celoso y ardiente. «Pitangas y Sina Sina», es libro poblado de encantos y pensamientos de extraña belleza; vigorosos como la vida campesina, sin fingimientos, libre y franca. El alma del pueblo uruguayo que cultiva la tierra y atiende a la ganadería palpita en las efectistas pinceladas de la genial Teresa L. de Sáenz. Nos da ambiente y coloridos propios. Con otro lenguaje, sería lectura amena y emotiva para todos, porque huiría el peligro de lo pedestre, con el manoseo de términos adulterados.

La artista, madre ejemplar, ha dicho a sus hijos, con el acento de la convicción que hermosea su obra campera:

«Los que en el alma tienen
Sed de exotismo,
Que gocen los placeres
De la ciudad,
Que yo idolatro el aire
De las cuchillas,
Mi mate mi chinito
Y el arazá.
Llevada por mi overo,
De madrugada,
Palpita de honda dicha
Mi corazón.....
Recorriendo los montes
Y la llanura,
Soy la dueña y señora
De la extensión.
No ambiciono riquezas
Mal adquiridas,
Ni me entusiasma el lujo,
La vanidad;
Soy feliz en mi rancho

De paja y barro,
Con cortinas de hiedra
Y burucuyá.
Vivan otros contentos
En sus palacios
Con las costumbres rancias
De sociedad,
Que yo sola en el campo
Con mis calandrias,
Vivo alegre cantando
Mi libertad:

UN CANTOR DEL HOGAR

No a la manera del amable poeta mexicano que leíamos en nuestra infancia, del bueno y afectuoso Juan de Dios Peza, a quien tanto atormentó Rufino Blanco—Fombona, sino de más juvenil y robusto modo, que se esfuma con el simbolismo oratorio, ha aparecido un nuevo cantor del hogar en aquel relicario intelectual que se llama Montevideo, que en la actualidad reúne valiosísimas joyas literarias entre las perlas femeninas y los duros diamantes varoniles.

Consagrado a técnicos asuntos de instrucción pública y a temas e inquisiciones educadoras en general, se ha dado tiempo el laborioso pedagogo Blas S. Genovese para decirnos inefables cosas acerca de los hijos, de la esposa y de los hermanos

Con sincera piedad, ha murmurado la oración de los padres que anhelan la perpetuación del fruto y el ennoblecimiento de las criaturas que son el encanto del hogar. Muéstrase seguro de que la paternidad es «talismán que vence todas las sendas; fiera que atemoriza, fuerza que exalta, abismo que atrae irresistible, que nos hace cobardes o nos hace valientes hasta la heroicidad». Sus conceptos multiplican los epítetos metafóricos y dan vueltas atrevidas a la perífrasis. Emplea antítesis que se confunden con la paradoja.

Su libro se llama «Canciones de la Noche Estrellada». Se maravilla, meditando con los ojos abiertos ante la inflamada esfera que sublimó Olmedo, del ejército de linternas prendidas «en la mina oscura de los tiempos». Grande su lirismo ante la noche de estrellas, que, deslumbrando nuestra visual habituada al diario prodigio de la claridad y de las tinieblas, despliega sus pabellones misteriosos. Su evocación nocturna, el cuadro que nos describe, no se parecen a los demás, ni aun a los que el atormentado por la soledad dejó en

sus lirás de oro. Fray Luis de León pintó en distinta forma, ponderando el vaivén de la plateada rueda de la luna.

Genovese, cual peregrino infatigable, nos conduce por todos los emblemáticos senderos, con extraña elocuencia; ampulosa en su novedad. Ha concebido, con riqueza de optimismo, el infinito rodar de los mundos estelares. Ha formado su decoración para ponerse a cantar en aquella hora nocturnal de los perennes lumináres siderales.

Crecen sus ansias, al interrogar el arcano de lo que habremos sido en otra vida y de lo que sufriremos: la transformación postrera. «Si fuimos puntos perdidos en alguna nebulosa, dice, hubo en nosotros tal fuerza, que acaso hayamos sido una loca, una fantástica vibración, una fantástica protesta ante las sombras»

En presencia de tales problemas, no se acuerda del metro ni de la rima, prefiriendo el íntimo ritmo de las almas.

Se detiene a contemplar a sus cuatro hijos, como cuatro palmeras, reflejadas en el terso y tranquilo lago de la tertura maternal y en la herencia paterna.

Desborda su cariño conyugal para la bien habida «Tal como el corazón la presintiera, la encontré sin

buscarla: con un aire tibio, un aire blando, con algo de mujer y algo de hermana».

Esta estrofa, melificada por la sencillez y la sinceridad, pone de relieve la valía del poeta del hogar, que ha impreso otro sello a esta clase de poemas familiares:

«Un día sin hablar nos entendimos:
No sé si fue sonrisa o fue mirada
el mensaje de amor de mis amores,
que tendió nuestro puente sin palabras»

Basta para formarse una idea de la modalidad del profesor y poeta uruguayo Blas S. Genovese.

BAJO LA CRUZ DEL SUR

América, libro abierto a todos los lectores, refleja en sus infinitas páginas su lozana y épica historia, los esplendores de su cielo, las maravillas de su naturaleza. Saber leer ese fecundo libro, es inclinar a los americanos al cultivo de la propia hermosura, al relato de sus épicos acontecimientos, al amor de la casona querida. Si la poesía en América ha de ser fuerte y autóctona, necesita reflejar sus bellezas, su historia, sus propios sentimientos. Lo doliente, enigmático y de pega va desterrándose cada día, como algo exótico e insincero que no palparon nuestros ojos ni se entró en el corazón del Continente.

Ya son pocos los versificadores enfermizos que se ocupan en lucubraciones fútiles, en ajenas naderías, en florikeantes escenas que no conocen, en lo que tiene marco de pega, robado a otros países de distinta psicología.

El alma de América comienza a ser cantada en sus múltiples aspectos. Prosadores del solar, poetas del terruño, tradicionalistas de las comarcas indianas, desentrañan sus misterios para presentarlos al mundo en impecable forma.

La poesía robusta y genuinamente americana es sabrosa como «Tabaré» de Zorrilla de San Martín, «La Virgen del Sol» de Juan León Mera, «La Epopeya del Cóndor» de Mutis, «Paisajes y Recuerdos» de César Borja y otros poemas de Bello, Gutiérrez González, Heredia, Olegario Andrade, Luis Cordero y cien más que entonaron himnos a las cosas de América, a sus volcanes y torrentes, a sus genios, con rauda inspiración y leal cariño.

El mismo Rubén Darío, de quien un excelso crítico expresó que no era el poeta de América, no fue extraño a las emociones del Momotombo y de la opulenta Argentina, y dijo con robusta trompa la admiración que le causaba el sorprendente cazador Roosevelt.

«Bajo la Cruz del Sur» es un libro que despidе el aroma de las florestas americanas. Quien inspiradamente lo escribió es vástago ilustre del autor de la Canción Chilena, que sublimó la diafanidad del azulado cielo en ese férreo y progresista país, junto con edénico paisaje, refrescado por brisas puras y vivificantes.

El laborioso y selecto bardo chileno Samuel A. Lillo cultiva, con profundo cariño, la poesía americana. Fervoroso por las prístinas glorias de su patria, las ha



rimado en variadas formas, desde la canción araucana hasta la oda a la América Latina.

Lillo invoca a los bravos e invencibles guerreros que conoció el soldado épico, Alonso de Ercilla, rememora las proezas de su raza, habla de las esforzadas borroanas, de rostro «fresco y carnosos como una poma del manzano», mujeres indígenas que levantan su tienda próxima a la región del Cautín.

Temas americanos los suyos, están siempre empapados en el afecto a la tierra, lo mismo cuando sigue la estela del balandro de Punta Arenas, que se aleja en pos de los lobos de mar, que cuando contempla en el espacio el vuelo del águila del Puelche; lo mismo cuando describe la solitaria isla, golpeada incesantemente por las olas, en medio de la «tristeza infinita de un paisaje polar», que cuando pinta a los perros marinos, de ágiles cuerpos y se detiene a examinar «sus cabezas salvajes, sus cuellos erizados, y sus largos pelajes, monstruos con apariencia de lobo y de león: lo mismo cuando nos lleva por la gran selva americana, a cuya sombra tantas veces durmió y nos transporta, en alas de la poesía, a la que no fue visitada aún por los «batalladores corceles de Valdivia y don García», que cuando nos narra la gesta de los toquis, las hazañas de Antihueno, el de vistoso tarilenco

o faja guerrera, que lucha singularmente con el español; la suerte del último Pehuén, la temeridad de los caciques que con su clava formidable acometen al puma. Desfilan los queridos paisajes de Nahuelbuta, las melancólicas orillas del lago Llanquihue de obscuras linfas que parecen teñidas «con azul de Prusia», las rápidas espumas del Rahue, las tardes sugestivas de Calbuco, las piraguas de los mares australes, la gama y la flora andinas. Contra la embarcación moderna, irritado armará su arco el indio, retirándolo de su costado para disparar rauda flecha en dirección al vientre del gigante de hierro.

¡Qué de variadas y bellas visiones pasan bajo la inmensa comba de la «Cruz del Sur!»

La estirpe bravía, familiarizada, desde la infancia, en luchas contra la naturaleza, demuestra su arrojo, como en otro tiempo Caupolicán y Colocolo. Bronceados muchachos corren fugaces como el huemul, para atacar, honda en mano y a pedradas certeras, a los «rudos, feroces capitanes, de dioses vengadores». Su furia guerrera, su sed de matanza, no son ajenos a los rasgos compasivos. Recuérdase la gentil acción del pastor que anhela demostrar su venganza contra la huiña o gato montés que devoró a su inocente corderillo.

Captura hábilmente al rapaz animal; pero al ver que sus hijuelos se quejan después de mirarse frente a frente niño y bestia, vence la razón, humanitaria: de una cuchillada suelta el lazo para que la huiña, libre ya, vaya donde sus pequeñuelos. Con tales cazadores, el bosque secular es menos temible. Ya puede siniestramente avanzar «contra Lautaro la hiriente mensada de Villagrán» La raza es varonil y sabe reírse de la muerte. Se diría que ni ella le doma, pese al viejo poeta Pedro de Oña.

Vivos cuadros los trazados por el pincel del bardo chileno, representante de un pueblo de paladines. Del Chile heroico ensalzó los capítulos que han conmovido a la América.

Como Maragall, que observó profundamente a la naturaleza, para darnos telas dolientes, como la de la vaca ciega. Lillo nos trasmite la emoción de la potrancia dormida, que asustada se despierta a luchar contra el cerco de buitres. ¡Qué pavor cuando ve acercarse el negro pabellón desplegado hostilmente! Allí su anhelo desesperado por salvarse, entre atroces heridas, hasta que, vencida sin remedio, cae al abismo, sin ojos, sin lengua, para servir de pasto a la bandada carnívera. Otra visión espantosa es la del potro forastero

presa de la tembladera.

¡Oh, poesía americana, cuántos motivos presentas a los cantores de tu grandeza!

Eres inagotable como tus selvas; inmensa como tus montañas, impetuosa como tus torrentes, rebelde como tus primitivas razas autóctonas, rica como los tesoros que encierran tus entrañas.

Los propagadores de las bellezas de América, desde su maravillosa prehistoria hasta los encantos actuales, son los épicos y patrióticos adalides de la literatura nacional, los que encumbran a la musa de nuestros solares raciales, en la lucha contra las corrientes malsanas e insinceras que postran a las letras y las deshonran con temas de pega, usurpados y enfermizos, que desdeñan lo nuestro por ir a buscar la inspiración en ajenas fuentes, a las que a veces ni siquiera conocen de vista.

Mas, pese a la resistencia de algunos descastados, a la postre triunfan los bardos genuinamente americanos, como Lillo, que briosamente tremola su palma nativa «Bajo la Cruz del Sur», y no obstante el desdén por lo propio de los que todavía desconocen las ternuras y de seduccines de la casona tradicional respetable y querida.

EL POETA ROGELIO SOTELA

EL LIBRO DE LA HERMANA

La poesía familiar, en medio de sus ternuras íntimas, corre el peligro de caer en el prosaísmo. No pocas veces el amor ciego, arrastrándonos al despeñadero del ridículo. Ni el apóstol Martí se vio libre de la tentación. En el Ecuador a un talentoso y sagaz Presidente de la República, de fino tacto en la diplomacia, le volvieron capítulo de acusación sus versos familiares a un miembro estrecho de la parentela. El «Isidorito» hizo época, provocando la hilaridad en los adversos campamentos.

A Juan de Dios Peza le censuraron la escasa poesía hallada en varios de sus poemas de familia. Otro peligro es la afectación, que raya en falso misticismo.

Con admirable tino ha huido de estos vicios el poeta costarricense Rogelio Sotela, en el «El Libro de la Hermana». El título parece muy trillado: pero la realidad es otra. Acierta a entrar delicadamente en el corozón, a musitar dulzuras fraternales. Es sedativo, de

ternura tan honda, que sin quejas ni lloriqueos, inefablemente, provoca la efusión de las quemantes lágrimas que tonifican el espíritu.

«El Libro de la Hermana» es breviario de consolaciones: reza, con sincera emotividad deprecatoria, las íntimas jaculatorias fraternas, rebosantes de santa unción familiar. Desde que el pobrecito de Asís, arrebatado de la mística locura del amor universal y desprendimiento, dio en la manía de conversar con las aves, las fieras y los peces, llamándolos hermanos, inclusive al carnicero lobo, de nada se ha abusado tanto como de esa palabra. A cada momento, en chocante tuteo, la hermana flor, la hermanita agua, la hermana melancolía, la hermana bohemia, han servido de pretexto a multitud de versificadores para disparatar, sobre todo a los afectadamente religiosos que copian a Amado Nervo. Se ha vuelto lugar común, comodín para salir de apuros en melosa parla, el calificativo o el vocativo fraterno.

En Sotela no existe esta estudiada actitud: la invocación es real y espontánea. Una hermana auténtica aparece a brindarnos, no licores enervantes de fingido cariño, sino humildes y sanos que fortifican el espíritu. Hasta el dolor se nos ofrece como una suave

alegría de las almas abnegadas. Nos sentimos más buenos en presencia de las generosas emociones que despiertan los ingenuos pensamientos de Sotela, refrescados por el rocío de la sinceridad. Formulamos altruistas promesas y votos de suprema reforma. La admirable sencillez se aduna con la encantadora poesía.

«No hay tristeza en mi verso ni se queja mi rima, dice el autor del «Libro de la Hermana»; lo que hay es paz serena y en esa paz se anima la musa panteísta que tan feliz me guía; lo que hay es que en mi verso se canta la alegría con tono tan suave que sólo ella lo sabe».

Impregnado de bondad, la comunica a los lectores, cautivándolos. El optimismo palpita como cálida aurora de esperanza, que salva del cierzo helado a los rosales.

«No te pongas tan seria, que me das mucha pena
Recuerda que la vida puede hacerse serena;
yo pondré mi entusiasmo, sigue tú siendo buena.
Y ya verás qué amable será el vivir. Las cosas
tú lo sabes, se demuestran noblemente sencillas;
pero eso sí, no olvides.... hay que cuidar las rosas
porque las pobrecillas
siempre son susceptibles de un abandono..... Cuida

de todo con cariño, que es amable la vida»
Páginas delicadas, manantial de ideas regeneradoras, invitan al martirio personal en bien de los demás, acorazados por la grandeza de la filosofía humanitaria.

¿Que alguien alza la voz y nos humilla?

¿Que alguien nos da una cruz y nos maltrata?

Está bien.... que otros hagan de verdugos;
más bello es el dolor porque él nos salva.

¿Que nos hieren y alguien nos acecha
a ver si nuestro débil pie resbala?

Está bien.... será pródiga esta herida:
como la tierra en surcos, se abre el alma»

Los enfermos de alma y cuerpo ensayen la anestesada medicina. La voluntad saldrá al fin vigorizada, como después de un régimen educador del carácter y afablemente cultural. Es la paz de la convalecencia a que se refiere el poeta costarricense: borramos el mal de nuestros pensamientos, transformándonos por el sublime amor, que nos mueve a tender la mano a nuestros enemigos, perdonándoles sus culpas, imitando al loto «que pone su nieve en el pantano»

Cumpla siempre la poesía su misión redentora, pula los sentimientos, tienda a que seamos menos ruines, levante los corazenes hacia el ideal, combata por el triunfo de todo lo excelso y educador, fortificando

el sentimiento fraternal entre los hombres, sin dejarse alucinar por la rima afeminada, la cláusula enigmática, la imagen extravagante, el pensamiento enfermizo de los que quieren buscar vana novedad en el oropel en la decadencia literaria, cubierta de falsos brillos. Componga la poesía libros capaces de rivalizar con el tierno y plácido de Sotela, feliz al lado de un puro corazón, que le aupó hacia las alturas que cantó, para Gloria, Salvador Días Mirón; pero sin ensoberbecerse por nada.

APOLOGIA DEL DOLOR

Filósofos que fríamente examinaron la fugacidad de las cosas terrenas, olvidando estuvieron la miseria de ellas para reírse de todo, poniendo buen ánimo a la adversidad y a la vileza humana, ridícula en el fondo. La alegría fue su gran arma vencedora. Con tan férrea coraza, volviéronse invulnerables. Procurando que despuntara la serenidad, después de las negras noches del infortunio, se empeñaron en que la radiante alegría iluminase sus rostros. Aconsejaron levantar estatuas a la alegría, como indicadora de perfecta salud, que abre el apetito y trae el buen humor

para sentarlo a su lado. Sobre todo en la mesa, el aire que embalsama a las viandas ha de ser recogido en los jardines del regocijo, insinuaron los helenos.

La tristeza agría los caracteres y revela a veces pobreza de espíritu, envidia del bien ajeno, amargura interior, sin duda a causa de las sombras que flotan en la conciencia. Heráclito y Demócrito, serán siempre los dos polos opuestos de la existencia. Pessimista aquél, todo lo veía negro; optimista, sensual éste, cubría con el velo de la sonrisa hasta los cuadros más desagradables.

Pero ni la sana alegría ni la biliosa tristeza se oponen al dolor, que es un sentimiento sublime, más hondo, más depurador.

No es imposible mostrar risueño el semblante aun cuando el dolor nos torture. Por el contrario, en ocasiones, los males resultan tristes, pero no por la influencia del dolor, sino por siniestros acicates.

El poeta costarricense Sotela, de admirable dulzura en sus versos, que han sabido exteriorizar el encanto fraternal, ensaya la «*Apología del Dolor*», encumbrándose bellamente a las cimas filosóficas, en medio de su lirismo que burila ditirambos para explicar los efectos del dolor, aun cuando no podamos definirlo.

El dolor es la gran palanca del universo. Los

mitos de todos los tiempos se han encargado de presentarnos las imágenes del dolor. Con fundamento cree que el dolor nos santifica. «El verdadero dolor no llora, dice: siente, comprende. El sabio tiene que haber cegado la fuente de las lágrimas. Un gran dolor, un dolor cierto y hondo, debe llenarnos de quietud profunda, de silencio. Job no es el tipo glorioso del paciente; él maldijo mil veces su vida. Prometeo encadenado es más grande, pero en él no simbolizaron los griegos sino el martirio. El dolor es Niobe, convertida en piedra. Piedra, roca dura, para la insensibilidad, pero para el llanto inútil».

¡Oh, divina serenidad que puebla de armonías corazones y caracteres! La clase media es la que con más frecuencia ha saboreado el dolor, por eso es capaz de las supremas empresas, según lo afirmó Emerson.

Sólo el que ama está bebiendo hasta saciarse en las claras linfas del dolor. Esta inefable agua lustral le ha redimido y le ha transformado. El dolor es nuestra mágica musa. Con su inspiración, el sacrificio se transforma en sendero florecido.

Sabias y apacibles enseñanzas les da Rogelio Sotela, poeta hondamente enamorado del dolor, al que ha enaltecido con frase apostólica y ejemplos históricos.



Su optimismo, en epílogo saludable, es dulce invocación al valor que se sobrepone y triunfa. Con el claror de la virtud de la esperanza, el dolor se transforma en crepúsculo matinal.

MOTIVOS LITERARIOS

Del poeta y escritor de la floreciente Costa Rica, don Rogelio Sotela, conocemos algunas labores en prosa y verso de las cuales algo hemos dicho en estas fugaces crónicas literarias de los lunes, sobre todo del suave y sentimental «Libro de la Hermana» y de la intensa y filosófica «Apología del Dolor».

Gusta el señor Sotela del dominio de la lengua catellana y de aprovechar su tiempo en estudios gramaticales, labor que le honra, singularmente en estos días en que gente frívola cree que es bochornoso saber gramática, intereresarse en la propiedad y pureza del idioma vernáculo, remontarse a las clásicas fuentes del griego o del latín y poner empeño en que el *bien decir* continúe siendo distintivo de las personas cultas.

Empero, los hombres de auténtica valía prosiguen cuidando el tesoro castellano.

En la entrevista que recientemente tuvo el céle-

bre cronista José M. Salaverría con el sabio don Ramón Menéndez Pidal, autor de tan preciosa búsqueda de joyas castellanas en los antiguos monumentos literarios y de gesta, fue primordial preocupación la limpidez de la lengua española, que tantos tesoros guarda en los romanceros que estudia afanosamente el actual Director de la Academia Española. Esta docta corporación prepara, como alta propaganda lingüística, el *Diccionario de Autoridades*, que será una obra monumental de consulta y afianzamiento, en la que se examinen los americanismos.

Al referirse Menéndez Pidal a los trabajos académicos de análogas instituciones del Nuevo Mundo, anota complacido el apoyo de la Academia Argentina que a pesar de hallarse en medio ambiente cosmopolita, y quizá por esta misma circunstancia, trabaja sin descanso en favor de la lengua castellana. Bastaría, para comprobarlo, citar los eruditos libros de Ricardo Rojas.

Constante y cívico empeño es, en los países más cultos del Continente, en los que las academias son corporaciones de amplio criterio que no se cierran herméticamente ni se vuelven cofradías, el de que la herencia fonética de España se conserve pura, fiel a su gloriosa tradición, y mantenga su noble supremacía, sin man-

charse con barbarismos innecesarios que la afean. Distinto es que científicamente se abra la puerta de los neologismos, sujetos a los cánones del idioma.

Por lo que al Ecuador toca, es preciso que se llegue a un acuerdo unificador, a fin de que la enseñanza de nuestro idioma no difiera. Nos parece conveniente, por muchas razones, seguir la doctrina de la Academia Española.

Notamos que, hasta en la ortografía, no se han armonizado las ideas. Causa desagradable impresión observar que en algunas regiones se ha desechado el empleo de la Y conjunción y que se reemplaza con la I latina. Lo mismo en la escritura de la J se sigue a don Andrés Bello, desterrándose el uso de la G.

Todas estas cosas, que parecen insignificantes, en lugar de unirnos, de disciplinarnos, de unificar las doctrinas, nos separan y revolucionan.

Si de las aulas normales han salido la mayor parte de los institutores para diseminarse en la República, muy natural es creer que llevarán un bloque de conocimientos que los compacte, volviendo solidaria la causa de la educación.

Y ha de ser primordial el cultivo del idioma patrio.

Fiel a estas normas de buen gusto y esplendor del castellano, Rogelio Sotela se deleita con la lectura, en capillas, de la interesante obra «Gramática Castellana» del profesor Napoleón Quesada, augurándole triunfal porvenir en América.

«¡Qué delectación— exclama— pasar y repasar estas páginas, escritas en castellano tan fácil y tan puro! Qué ablución de noble elasicismo y conocimiento filológico, todo con sencillez, sin alarde alguno, mas con profunda sapiencia de las meterias y con ágil espíritu, como corresponde a quien bien podría llamarse hijo espiritual de don Rufino Cuervo».

Quien así se expresa es un literato eminente, apasionado por aquilatar los valores intelectuales costarricenses; un catedrático relevante que en el Liceo de su patria fue luminoso en sus enseñanzas, ceñidas a severas normas; un poeta de alto vuelo, que, además de sus esmerados versos que han recorrido el sendero de Damasco, ha dado a conocer el amplio camino de quienes siguieron la poesía en Costa Rica.

Análogas preocupaciones del léxico, de la estética y del estilo se observan en el curso de su libro «Motivos Literarios», la mayor parte de los cuales son de

crítica y de arte, preferentemente el que atañe a la bella literatura en algunos géneros.

Con profunda convicción, afirma que en Costa Rica no existen los cultivadores de escuelas extravagantes, porque los artistas han escuchado el consejo de Francis Jammes, que advirtiera al poeta Bocquet que fuese sincero, que escribiera de modo que transparentase en todo su alma, «sin afeitte y desdeñando la vanidad de las palabras».

No ha de pasar inadvertido el cariñoso capítulo que en «Motivos Literarios» dedica a dos ecuatorianos, juveniles ambos y tempranamente arrebatados del escenario de la vida: Medardo Angel Silva y Luis Aníbal Sánchez. Este, como primicia sentimental de sus emociones y vocación para las letras, dejó aquel cofrecito perfumado de gemas femeninas que se llama «Palabras con Flordelinda», ya va para tres lustros vertidas suave y *confidencialmente* Con *rapidez* se apagó la llamita de su existir. Tareas escolares, labores en la Biblioteca del Instituto Nacional Mejía y agitaciones periódicas, pronto extinguieron para siempre el fuego juvenil. Silva alcanzó a musitar un puñado de canciones populares que mostraban el alma en los labios, versos melancólicos, la mayoría de los cuales evocaban la nostalgia del supremo viaje, en la barca de la muerte, hablan

de las tristezas del amor contrariado y volvían a llamar, en todos los tonos, a la «pálida enlutada» que decía Gutiérrez Nájera. Fue como un Julio Flórez ecuatoriano, que fulguró célere y apagó el foco lumínico con mano voluntaria.

¡Cuán desgarrador que se agoten prematuramente, en la temprana hora de las luchas y de los ensueños, preciosas existencias que con tanta devoción saludaban al arte y ceñían desde el principio el fresco lauro, que es símbolo de los que triunfan! ¡Qué de victorias hundidas fatalmente en la huesa!

«El Ecuador — lo dice Rogelio Sotela con amargura — ha visto con frecuencia que sus mejores artistas mueren jóvenes: Arturo Borja, el príncipe de los poetas ecuatorianos, nacido en 1.892, murió en 1.912. Su libro «La flauta de Onix» marca una época de transición en las letras de su patria. ¡Artistas propicios, almas jóvenes y brillantes, quien sabe qué fátum extraño y doloroso los empuja, primero hacia la inquietud y el tormento, y luego hacia el dolor inconsolable y a la muerte! Acaso faltara en el genial espíritu de los amigos suicidas, por exceso de visión artística, un poco de comprensión armoniosa para el mundo. Y como ya no tendremos más la primavera de sus cantos, quiera Apolo

prestarles su pífano celeste para que Zeus se complazca».

Revélase Sotela ampliamente informado de la literatura americana en su última colección «Motivos Literarios», trazada con ecuanimidad, celo por la elegancia y tersura de la forma, y amor a las cosas del Nuevo Mundo, lo mismo al relatarnos sus impresiones de viaje por México, que al dar cuenta, con fina síntesis crítica, de diversas producciones intelectuales del continente.

LOS CUENTOS DE LA MONTAÑA

Dulce poetisa colombiana, que uniera su suerte a la de un cantor de prestigio, es la que ahora, con riqueza de idealidades, que encumbran la intención humana, ejercita su péñola en la prosa. Para cultivarla espontáneamente, entrando en las enseñanzas de la vida, ha ido a admirar los encantos de otros horizontes. Su libro de sinceros y sencillos cuentos, sin complicaciones psicológicas, recuerdos freudianos ni feos casos patológicos, deja adivinar un vago perfume de la tierra. Se diría que el aire de la selva nativa orea los jardi-

nes interiores, poniendo de manifiesto la abundancia de óptimos anhelos que se desbordan por la pluma.

Siempre será más delicado y hermoso ocuparse en asuntos que ennoblezcan el espíritu, lo aclaren y consuelen, que en téticos casos, escogidos con estragado gusto en el albañal o en el pudridero de las pasiones de los degenerados, tempranamente víctimas de punibles instintos. El realismo no consiste en remover hediondeces y miserias, sino en suavizar, con un poquillo de poesía, la desnudez de la existencia. Ni estriba la originalidad en presentar depravaciones que suponen anormalidad o vesanía.

Blanca Isaza de Jaramillo Meza nos da a gustar sus ingenuos y reducidos «Cuentos de la Montaña», en los que no hallamos corazones que se corrompieron adrede, ni cuerpos desaseados, exhibidos con morbosa delectación, en el prurito de parecer originales.

Pereda, con magistral pincel, relató bellezas de la montaña, principalmente en el encanto de «Sotileza», sin acudir a nauseabundas descripciones. Todo lo contrario, se alejó en sus temas tan castizos y artísticos de lo que pudiera causar rubor y provocar bascas en los hogares.

Así, limpiamente, ha procedido, la escritora Blanca Isaza, que está honrando la albura de su alma.

He aquí la síntesis de algunos:

Ofir, bailarina de seducción, dominadora del aire, con un ósculo amoroso, elegantemente, da gentil camelia a su admirador, el aristócrata Alberto Arévalo. El artista Sonny, en la añoranza de otro jardín de su infancia, llora en la sombra, enamorado, celoso. Ofir ejecuta maravillas en el trapecio, desafiando, como las águilas, el espacio, ante la multitud que le aplaude frenética. De pronto, un rechinamiento espantoso, un crujido desconcertante, algo que se rompe, un alarido inmenso que reemplaza a la cálida ovación. La equilibrista se ha destrozado la cabeza en el pavimento. «Parece sentirse en el teatro el aleteo de las grandes alas rojas de la Locura....»

José, desesperado de los golpes que recibe su madre, aun cuando huérfano desvalido y apenas mocetón de trece años, sin más escuela que el dolor mamamado desde la cuna, venga a la acongojada mujer sin resignarse al verla sufrir y llorar. Se arroja como un tigre contra el jugador y borracho Miguel y le hunde el cuchillo, recuerdo de su padre en el corazón. La justicia prende al pequeñuelo homicida, y él

grita: «Adiós, mamita; no llore, que algún día vuelvo; ya siquiera no queda quien le pegue!».

Acción generosa de niño, la del cuento de Navidad, en que el "payaso de celuloide" es pretexto para efusión de nobles sentimientos.

Otro niño, Tony, va, en defensa de su padre enfermo, a solicitar amparo del patrón desalmado, de corazón, más que de piedra, de lodo.

Y así continúan desgranándose los argumentos de los cuentos de la escritora y poetisa Isaza de Jaramillo Meza: Los chiquillos tienen puesto de preferencia en los asuntos de las narraciones: Joselín, Manolo, el limpiabotas; Ketty, la que juega con soldaditos de plomo; Juanillo, el matador de toros, a centavo la corrida; Pepín, el sublime muchacho que sacrifica su tesoro, el sombrero de paño azul, regalo de su madrina, etc.

Son tristezas de la vida las de «Los Cuentos de la Montaña»; pero enaltecidas por el ideal de la esperanza, por el amor, por todo lo que de noblemente humano queda³ en el pecho.

Cuentos cortos, narrados con soltura y claridad, melifican un tanto las crudezas del destino, impidien-

do que la bajeza se levante impávida a reírse de la impunidad de sus viles acciones. Tal acontece en «La Cita», premiado con una lira de oro. La preciosa cortigera Luisa, a punto de ser reducida a un andrajo por el aristócrata Fabián, encuentra un brazo protector: el de su padre Andrés que con su escopeta caza *al Gautín*, junto al roble grande. «Los Cuentos de la Montaña» se leen rápidamente, por que no cansan. El diálogo es corto, vivo; los acontecimientos se suceden sin monotonía ni violencia, y las descripciones son breves, porque la autora prefiere la acción a los rodeos y digresiones deslumbrantes.

EL ESCRITOR ARGENTINO CANDIOTI

EL JARDIN DEL AMOR

Sobre el sólido fondo de la verdad contenida en prístinos anales de interesante y trágica época árabe, el delicado escritor argentino Alberto M. Candiotti, que ha ido por lejanos países como Yugoslavia, en representación honrosa de su patria, teje una filigrana pasional, vehemente y heroica, cual el huracán del desierto que todo lo arrolla.

Finge el artístico autor que la seductora narración le fue dictada por escrupuloso alfaquí, ante el viejo manuscrito arábigo de Tomarot Ibn Aledic.

Nada tan insuperable como la reconstrucción de típicos momentos de exóticas civilizaciones, con sus costumbres y creencias, sustentadas principalmente en los suras del Corán. El marco del libro es de realidad auténtica, apoyada en olvidados historiógrafos. Asistimos al terrible sitio de Damasco, «pintado de acuerdo con las crónicas árabes», allá por los contornos de la media centuria del siglo décimo segundo.

Novelas de índole histórica seducen más, porque proporcionan con detalles, el colorido de lo cierto, que toma cuerpo en nuestra fantasía. Evocaciones de

esta clase, conviértense en tentadora atracción para los espíritus curiosos que rinden culto al desenvolvimiento de la humanidad en los más apartados escenarios del planeta.

Salta, por lo mismo, la dificultad de no apartarse de los remotos manantiales. Crece cuando se trata de extrañas culturas que no abundan en claras fuentes, hasta por los obstáculos del idioma cuasi cabalístico.

«El Jardín del Amor», que con tantos méritos de verdad y arte se engalana, es «la vida de un joven emir damasceno del siglo VI de la hégira» que se encumbra, por sus proezas y su amor, a la sublimidad del adalid fogoso y patriota, que defiende su querido pueblo y hogar, caballero en su famosa yegua «Relámpago», regalo del jeque Quibir. Las fechas de la era islámica están puntalmente compaginadas con las correspondientes de la cristiana.

De los nombres genuinamente arábigos, ha com- puesto el ágil escritor Candiotti breve y ordenado glosario, para mayor inteligencia de los tecnicismos.

Soplan los vientos heroicos de la llanura infinita, con las acometidas de los beduinos, sus asaltos y escaramuzas, traiciones desconcertantes de unos, nobleza y hospitalidad amplia de otros, con la implacable tortu-

ra de la crucifixión y las terribles mutilaciones hasta de las orejas y la lengua. Hábilmente se siguen las huellas que van dejando en la caldeada arena los cascos de camellos y alados alazanes, cual nuevos Pegasos de la estepa interminable. Pónense de manifiesto, con llamativas pinceladas, opulencias y gentilezas orientales. Se desgranán los rojos pétalos de las pasiones ardientes y de las luchas santas, al recio golpe de la punta de la moharra, la envenenada flecha y el afilado alfanje que brilla «como el castigo de Alá»

A manera de refulgente castillo de prodigios, se levanta, en la soledad, el idilio arábigo en todo su esplendor, perfumado por la poesía amorosa y madrileña, cual si revivieran los primitivos cuentos, que para regalo de Europa, hizo brotar, en los fecundos cármenes de la belleza, aquel célebre sirio de noble prosapia caucasiana, doctor Mardrus, y que con tanta fidelidad vertió al castellano el formidable trabajador intelectual Blasco Ibañez, gloria de la novela española contemporánea

La ola sensual humaniza más el florido campo. Rosas de poesía se abren por donde quiera. Inolvidables horas de Damasco y de las viejas ciudades de maravilla, traducen el boato fascinador de los harenes. Conocemos las aventuras de recónditos aduarés



que se encumbran por el arrojo y el erotismo. Se escuchan quemantes canciones y suspiros de odaliscas. Raudo vuela Néstor en su corcel de guerra y huye, en actitud patética, la herida Fátima, que recuerda a la hija de Mahoma.

Como un sueño se desvanece la fatigosa peregrinación a la sagrada Meca.

El selecto novelista argentino lleva al lector de emoción en emoción, produciéndole así el ilusionado encanto de vivir días orientales, con la sensación inconfundible del hallazgo de viejos documentos asiáticos, cuidadosamente traducidos a la elegante parla del Quijote.

GENESIS DE «EL JARDIN DEL AMOR»

El pulcro escritor don Alberto María Candiotti, viajero, artista y diplomático, que con la magia de su sentimiento y su florida palabra, ha llenado de poesía las páginas ardientes y bélicas de un libro seductor, anduvo por tierras de Siria muchos años, se detuvo a contemplar los atardeceres en el desierto, desfiló junto a las sugestivas y lentas caravanas, al lánguido paso de los camellos, conversó con jefes beduinos, palpó

el prodigio de presa de losalcones, estuvo bajo tiendas de campaña en la sedienta e infinita llanura, procuró entrar en el alma compleja y sensual del pueblo árabe.

Todo el esplendor oriental le fue lentamente penetrando por los ávidos ojos, sorprendidos con tan exóticos paisajes y costumbres.

Se puso a soñar como al influjo de aquellos cuentos que nos hablan deleitadamente de Bagdad, Mozul y la Meca, de califas y visiris, de hadas y odalisecas, de sedas y pedrerías.

Pero su largo recorrido por perajes de Oriente, le demostró que no eran sueños las maravillas que contemplaba. Surgió entonces el bello y heroico poema «El Jardín del Amor», en el que apasionadas y rítmicas frases son himnos de adoración a la hermosura femenina, cláusulas de fuego erótico que recuerdan el salomónico «Cantar de los Cantares».

¿Cómo brotaron las ardientes y admirables flores de «El Jardín del Amor»?

* He aquí lo que ha referido el notable crítico español Alfredo Carmona que, aunque desvanece el encanto o truco del famoso libro original, que creíamos se hallaba depositado en la biblioteca de la aljama de Al

Umani de Damasco, vuelve más exquisita la trama con la realidad de los hechos.

«El Jardín del Amor», dice, es una obra de maravilloso ambiente árabe, con personajes que hablan y sienten como si realmente hubiesen sido trazados por un escritor del siglo VI de la hégira. Pero ese ambiente y esos personajes son obra de la fantasía y no de la copia, y debidos exclusivamente a la pluma del gran literato y «maravilloso embaucador» Alberto María Candiotti, que quiso—como autores famosos lo hicieron—atribuir a un sér fantástico la paternidad de la obra.

“La fidelidad arqueológica del libro es tal, que algún crítico literario ha aceptado la ficción como verdad, y se ha referido a la obra como si realmente hubiese sido hallado en manuscrito por el ulema Omar Abd Ali en el jardín de su casa damascena. Y aun pudiera ocurrir que alguien, mal intencionado, quisiera discutir al señor Candiotti la gloria de haber pintado tan admirablemente esa época lejana. Pero, en evitación de ello, el señor Candiotti ha hecho su invención con clave. Los nombres árabes que figuran en la cubierta del libro junto al suyo, Omar Caon Teirit Abd Ali y Tomarot Ibn Aledic, no son otra cosa que transposiciones de las letras del nombre íntegro de Alberto María Candiotti. Y el propio apellido Fournier del artista francés que

hemos citado, no es otro que el segundo apellido del verdadero autor.

¿Por qué se ha valido de esta traza el autor verdadero....? Porque entendía él, y a nuestro juicio con razón sobrada, que no se puede escribir una obra oriental con espíritu occidental, ni un cuento árabe de amor puede narrarse con otro estilo que con el inmortal de Scheherezada, o el que brilla en las narraciones eróticas o caballerescas de Bagdad, Alepo, Damasco o Córdoba. Y así el señor Candiotti, se identificó de tal modo con el espíritu de la literatura árabe, que al final creyó preciso avalar su obra con nombres de alfaquíes y ulemas.

Tal es la forma y el tema de «El Jardín del Amor» (Digamos como el autor al narrar la muerte de Fátima: «Alá tiene designios ocultos y sólo él sabe por qué hace lo que hace») ¿Cómo se desarrolla el asunto de la obra?.....

El autor lleva a sus lectores a una peregrinación a la Meca; páginas llenas de colorido; los hace vivir en Damasco con los santones y en Bagdad con los filósofos y más tarde en las tiendas de los beduinos del desierto, les hace conocer la belleza de Fátima y las 21 canciones del emir, para ganar su amor.

La boda se realiza al fin y la pareja feliz marcha a Damasco, para que el lector conozca los celos y las intrigas del harén, la pasión y el sacrificio de unos corazones amantes.

Pero la novela del señor Candiotti no se reduce a un cuento de amor con desenlace plácido. Los *Chaitanes*, que labran la infelicidad de los creyentes, habían dispuesto que el idilio del *Emir y Fátima* acabase en tragedia.

Los Rumes y otros infieles llegan con enorme "Almofalla" a sitiar a Damasco. Balduino III, Luis VII de Francia y Conrado de Alemania van a luchar contra los hijos de Mahoma. Hermosa es la descripción del combate ante las murallas y del asedio de Damasco hasta que se pronuncia la victoria por los creyentes del Corán. Mas en el cruento batallar parece el valiente Ak Sonkor, y sobre su túmulo, luego, la abnegada Fátima. El lugar colindante a las dos tumbas se cubrió de árboles frondosos y de plantas floridas, que entrelazaron sus ramas. Y aquél fué, "El Jardín del Amor" a donde iban después, en peregrinación todas las almas enfermas de cariño.

Tal es el bello poema de Alberto María Candiotti. Al acabarlo de leer, después de conocidas la cla-

ve y traza, aún queda la duda de que libro con perfume tan oriental e islámico pueda ser obra de un *Infiel* y no de un Ismail Abul Uefá, o de Tomarot Ibn Aledic o de otro alfaquí o ulema, nacido y criado en las bellezas de la árabe poesía”.

Cada libro conquista su suerte, decían los antiguos. Obras que, sobre fondo de investigación, nos hacen gratas algunas horas, mediante el viaje de sorpresas al encomiado alcázar de la fantasía, tienen asegurado largo porvenir. Son plantas perennes que duran más que las frágiles flores de espino.

EL POETA COLOMBIANO ARCINIEGAS

<TRADUCCIONES POETICAS>

Dicen que hay traducciones que, no obstante su finalidad original, son verdaderas creaciones, tan hermosa es la forma, tan espontánea, reveladora de buen gusto, que sin apartarse de la substancia, da vuelos a la imaginación y comprende el concepto íntimo del autor, del poeta.

Esta clase de obras están a cien leguas del jue-

go de palabras que ha condenado algo la mala versión: *traduttore traditore*, dando a comprender el saqueo y la defraudación artística que impunemente comete.

Ante las traducciones del altísimo poeta Ismael Enrique Arciniegas, no vamos a detenernos, como prolijos químicos, a extraer la esencia de los versos de un idioma y compararlos con el otro, sopesando toda palabra, valorizando su propiedad, estudiando si está mejor en la fuente o si ganó al ser vertida al castellano. Quede la abrumadora tarea para los eruditos que en su laboriosa ociosidad, hacen gimnasia filológica, van cotejando antologías y poniendo textos en los platillos de la balanza.

No es posible esto en el raudo periodismo. Además, lo creemos inoficioso. Nos basta con apuntar la galanura de los versos españoles, la comprensión del pensamiento y el arte de saber escoger los poemas, que impresionan, que tienen alma, que agradan.

El doctor Arciniegas aparece como poligloto: del francés, del inglés, del alemán, del portugués, del italiano ha vertido a la lengua castellana selectas y numerosas composiciones.

— Me gusta vencer las dificultades, nos dice con franqueza. Admirados del tiempo que requiere la insuperable faena, que no se aviene con el vértigo del pe-

riodismo, que tantas horas monopoliza. agrega:

— Mis traducciones son obra de más de veinte años; pero no me he fatigado. Continúo traduciendo, y pronto formaré otro tomo, de apretadas hojas.

Cautivan las "Traducciones Poéticas" de Arciniegas. Al abrir el libro, nos hacemos la ilusión de que nos rodean amigos de diversos países, a través de la distancia.

Hemos leído una expresiva frase de cierto correspondiente que al dar cuenta de la partida de Pablo Morand, que se alejaba de una ciudad de América, anotó: "Hasta la hora del adiós, Morand estuvo rodeado de amigos".

Se trataba de un extranjero, a millares de leguas de su patria, y, con todo, hasta el último instante permaneció circundado de amigos. Tal el cosmopolitismo afectuoso de las traducciones del poeta Arciniegas.

¿No es elogio meritísimo expresar que una traducción emociona por su belleza y claridad? Sencillez, como flor espontánea, brota en muchos cármes del ajeno huerto que con el hábil trasplante se volvió propio.

Prenda de elevada cultura es traducir. Por esto, admiramos a un Roberto Espinosa enfrentándose con varios idiomas; a un Miguel Valverde saliendo victorioso de "Religiones y Religión" del gran Hugo; a un Crespo Torres restaurando fablas antiguas; a un Clemente Ponce

transformando en rica silva castellana los exámetros virgilianos de la Eneida, a un Numa Pompilio Llona vertiendo de lenguas extrañas escogidos sonetos; a un César Borja dándonos a conocer joyas ajenas; a un Víctor Hugo Escala haciéndonos comprensibles las bellezas de la lejanía; a un Olmedo, el épico inmortal, traduciendo las filosóficas epístolas de Pope, etc.

— “Como traductor en verso — revela el señor Arciniegas — me he sometido siempre, en cuanto me ha sido posible, a esta regla: *exactitud en la libertad*. Claro está que no entiendo por *exactitud* traslado literal o calco, como tampoco, al hablar de *libertad*, quiero decir independencia de la idea fundamental del poeta traducido. Lo primero sería reducir la tarea del traductor a un ejercicio mecánico, algo así como labor de escolar que hace una versión. Lo segundo sería adulteración o traición, ambas cosas vitandas”.

Después de ésta como confesión de fe del traductor, holgarían los comentarios; pero él mismo advierte, con franqueza, que no se ha de censurar al poeta cuando, al pasar el fragante vino de un ánfora a otra, suprime algunas gotas del precioso licor. Es poderosa la fuerza de la rima que obligó a que fuesen blancas las hormigas, o como graciosamente decía Valbuena, a que el lagarto vistiese de damasco cuando

sube por un peñasco, o de estameña cuando asciende por una peña.

— “Tampoco debe ser mal visto -- continúa-- el detalle agregado por el traductor, si da fuerza o armonía a la idea. Esto bien entendido, es despilfarro; pero la obra de todo traductor, en versos de rima perfecta, no es otra cosa que labor de abnegación, porque abandona su propio huerto para cultivar jardín ajeno”.

Bien quisiéramos citar comprobantes; pero no somos partidarios, en el febril tránsito periodístico, del detenido trabajo de cotejo.

Véase el hondo sentimiento que deja en el espíritu esta hermosa traducción de Moréas:

“Cuando a sentarme en el peñón, de noche

Y bajo el viento, venga,

Y no oiga más, oyéndote, el ruido

Que haga mi corazón sobre la tierra,

No te baste a mi faz lanzar tu espuma,

¡Oh mar!, en las tinieblas:

Que un golpe de tus olas me arrebate

Y en tu amargura para siempre duerma”.

Domina la métrica, en la amplitud de las combinaciones y estancias líricas, demostrando su preferencia por el cadencioso endecasílabo de Juan Boscán, más que del Marqués de Santillana.

Admírese la delicadeza de este madrigal que viaja en los incansables remos de una vieja canción inglesa y que se diría arrancado de la exquisita galantería poética del inmortal sevillano Gutierre de Cetina:

“Ni un beso... ni siquiera una sonrisa

He de pedirte yo.

Con la dicha de un beso de tus labios

No ha soñado jamás mi corazón.

¿Sabes tú lo que quiero, lo que ansío

En mi amoroso afán?

“Sólo besar el aire embalsamado

Que con sus alas te besó al pasar”.

Bellísimo ¿verdad? Sólo que no podemos ni sospechar si el cantar primitivo dice te «tocó con sus alas», en vez de besó al pasar.

Así también citaríamos el hondo y elegíaco madrigal de Stecchetti que presiente la cercanía de la muerte. Cabe la tumba del poeta brotará la flor de los sepulcros, nutrida con su sangre. La incitación es a que arranque la querida flor funeraria....

“Y llévala a tus labios, que tus besos,

Como temblar me hicieron en la vida,

Harán de amor estremecer mis huesos”.

Muy traducido el bardo alemán Heine que tan-

tos motivos ha inspirado a Bécquer y a Toledo, llega a entusiasmar la siempre vibrante lira de Arciniegas quien, fluída y sencillamente, dice, en fácil consonancia:

“Eres tú como una flor,
Hermosa, adorable y pura,
Y, al verte, cruel dolor
El corazón me tortura.
Las manos poner anhelo
Sobre tu frente radiosa,
Y pedir te guarde el cielo
Siempre pura y siempre hermosa”.

Euamorado de las galanas y delicadas ideas, ha ido espigando aquí y allá, en campos embalsamados y cosmopolitas; escogiendo tanto lo que afecta al corazón como lo que impresiona a la mente.

Sacrificando sus propios pensamientos, ha prestado enorme favor a las letras americanas, suministrando propicias ocasiones para que se conozcan poetas de la lejanía, honra de extranjeros florilegios

Después de “Traducciones Poéticas” han de venir triunfalmente otras armonías de lenguas ajenas a incorporarse a la dulce orquestación castellana, gracias a la constante labor del encumbrado poeta colombiano, que pone tanta miel en el áloe de la prensa de

combate, en las pocas horas de tregua que permite tan abrumadora lucha cotidiana.

NOTA— En agosto de 1933, publicó, en Panamá, la traducción de 36 sonetos de Heredia y en julio de 1934, en Bogotá, «Los Trofeos». En su «Palique», a manera de prólogo, expresa que “una traducción en verso no debe ser jamás un calco”.

Refiriéndose a la dificultad de traducir la obra de Heredia, corta pero selecta, fruto quitesenciado de cuarenta años de labor, dice: “Si la crítica encuentra aciertos en estas traducciones que compensen ellos las deficiencias de que puedan adolecer. Los que conocen “Les Trophées”, aunque no sean poetas, saben de sobra cuán difícil es poner en verso español cualquier alejandrino de Heredia, quien empleaba meses para pulir un soneto, como si fuera labor de orfebre”.

Triunfar en una traducción de tal magnitud es, en el mundo del arte, obtener lauros definitivos.

ANTOLOGIA POETICA

Quien despierta emociones, digno es, indudablemente, de llamarse gran poeta. Hace años que no sentía agitarse anhelante mi pecho después de la lectura de un tomo de versos. Tan fríos venían a mis manos tomos y versos, que me dejaban helado. En vano leía y releía, con la curiosidad que inspira lo nuevo, pero sin el calor que enfervoriza el alma y arranca lágrimas. ¿Por qué tanta indiferencia? Porque muchos renglones cortos y largos me parecían amanerados, insípidos, meros productos de la moda o del capricho, enigmáticos cuando sintéticos, absurdos cuando descriptivos, insulsos cuando metafóricos. ¡No brotaban de la íntima fuente del sentimiento; no eran reales y vividos, consecuencia sencilla de dolores auténticos o de dichas, aunque fugaces, no imaginadas!

¿No fue fruto de la añoranza positiva el célebre "Nocturno" de José Asunción Silva? Repasando el estrecho camino, escoltado por enhiesta colina y dilatada llanura, por la que en noches de luna se proyectaba la sombra del viajero, sintió profunda punzada en el corazón, al recordar a su hermana Elvira, con la que paseó por esa típica vereda, que no había inventado, y brotó la

intensa poesía nocturnal.

Ha sucedido así, ha despertado emociones la pulcra "Antología Poética" del atildado vate y traductor eximio don Ismael Enrique Arciniegas, Ministro de Colombia en el Ecuador. Varios de sus poemas de la primera época había recomendado desde niño a mi memoria.

Divide su obra en dos grandes partes: Primavera y Otoño, que es como decir, juventud y vejez, ensueño y realidad, esperanza y decepción, madrigal esmerado y didascalía severa; tiempos lejanos vividos por un mismo espíritu, pero que se dan la mano de manera muy distinta, porque temperamento y remembranzas cambian.

¿Quién no sentirá humedecerse la pupila ante el sugestivo poema "A Solas", que con desgarradora ternura nos habla de mejores días, antes que mueran en el huerto las rosas del amor? En vano la ilusión intenta retoñar; ya es tarde... Y como en la bella composición mexicana de Icaza, aun cuando la gala de un muro, la ventana, el emparrado y la yedra permanecen iguales, aunque todo es lo mismo, ¡ay! todo, todo, en verdad, ha cambiado. Ya no volverán los perfumados amores primaverales. La sala del corazón está desierta. No ha de regresar la amada que se fue para siempre. «En me-

dio de tanto mutismo, cómo su ausencia resalta... Todo está, todo lo mismo!... ¡Ella solamente falta!

Voces de elegía conmueven los espíritus al evocar otros mundos, lo mismo a la imagen querida que admiramos en Valparaíso, que a la que bajó a la tumba en Caracas; lo mismo a la dulce Bey de Ohio, que a los tres estudiantes alemanes, que cerca del Rhin en el oscuro rincón de una taberna, brindaban en la vieja Colonia. Si el afecto nunca acaba, si es eterno, nunca reflorece con la mis malozanía de las almas.

El poeta doctor Ismael Enrique Arciniegas, cuidadoso de la forma, pule sus versos como tallándolos en bronce. Une al primor material, las hermosuras del espíritu. Sus sonetos de la gesta heroica, tiempos coloniales, bocetos, páginas de la historia americana en verso, podría suscribir gustoso el admirable escultor de «Los Trofeos».

Merece que los poetas cultiven el género, fijando los anales del Continente con los bronceos caracteres de una métrica selecta.

¡Con cuánta ternura dice sus confidencias a la Musa, a la novia querida, a la pálida amada, soñadora sin engaños!

Se deleita en las armonías del verso y canta a la rima, elogiando al orfebre de las palabras sonoras, que en-

cumbra «la melodía leve y clara», tan alejada de lo inarmónico y disonante. Fiel a la tersura métrica, estricto en la cadencia y esmerado en el consonante, huye de las rimas pobres y muy trilladas, presentando, con ufanía victoriosa, raras voces musicales. Crimen para él las cacofonías. Si las ha evitado con prolijidad, dirán sus eufónicos versos. Por tanto, las asonancias son también delitos fonéticos para él, escrupuloso en no herir los oídos. El padre Homero no se ha dormido casi nunca «Serenata de amor, plegaria o llanto», «Callan al fin las notas armoniosas», «Ahora humea, riega tu perfume», son desvíos insignificantes, hierbecillas, en lo florido del jardín. Lo que me ha llamado la atención, en medio de la severidad clásica, es el pleonasma de este alejandrino: «Vendrán llegando voces de gente conocida», ya que son verbos sinónimos venir y llegar, que dan lo mismo, aun en el dominio del léxico

Capítulo aparte merecería el «Palique» con que da comienzo a sus aplaudidos poemas, de dos épocas distintas de su vida. Es la confesión de fe del literato que, sin ambages, valientemente, combate contra los profanadores de los cánones del verso y defiende, con igual brío, el lenguaje de la poesía, el que le es propio.

«Este libro, sin jactancia pero tampoco con humil-

dad, se publica, dice, como protesta de una convicción honrada contra los que están convirtiendo el estadio de la poesía en *baile sin música*, según el acertado decir del eximio Valencia, o en abierto certamen para quien obtiene el lauro del triunfo en el cultivo intencionado del disparate”.

No le da pena alguna de que le motejen los nuevos con el remoquete de que rutinariamente pulsa lira antigua.

¡Brillan con fulgor inmortal tantas y tan estupendas cosas antiguas! ¡Se desvanecen y mueren tantas y tan caprichosas y efímeras flores modernas, que no resisten al más débil soplo de la crítica!

Para terminar esta sincera y fugaz impresión, que me ha proporcionado momentos de auténtico placer espiritual, diré, en justicia, que la edición es elegante, nítida y que honra a Quito, lugar en el que ha sido impresa la inmejorable “Antología Poética”, tomo selecto y de honda belleza.

UNA POETISA URUGUAYA

Entusiasma la cultura femenina en el Uruguay, tierra de altos valores intelectuales que se han conquistado la simpatía de América. La mujer en esa progresista nación cumple sus actividades del espíritu con amor y afán de mejoramiento, inspirada por alto ideal educativo. Lo mismo la maestra que la escritora, llenan su programa civilizador, empenándose en figurar en las primeras filas del adelanto femenino en el Nuevo Mundo.

Continuamente me llegan bellas muestras de la selecta labor de la mujer uruguaya, en el libro y en la revista, probando que es infatigable su tarea de perfeccionamiento espiritual, de noble cultivo de la personalidad. Por esto, asiste solícita a los centros científicos, universidades y colegios, a las academias, a escuchar conferencias y lecciones de sabiduría y arte.

Una familia privilegiada, las Luisi, luchan sin descánso, en la palestra de las ciencias y las letras, en medio de las modernas amazonas provocadoras de lid honrosa.

La poetisa Luisa Luisi transmite, en bellos versos, la emoción de una larga enfermedad que sobre los dolores físicos y la paralización de las satisfacciones aními-

cas, conduce al reposo desesperante, y nos condena fatalmente a prisión voluntaria en el lecho del sufrimiento.

Invoca a la Pálida: hacia ella extiende su mano, ofreciéndole su boca, en medio del estremecimiento de su rostro al contacto de la caricia helada. Paralizada su sangre, han de ser los dos «un solo témpano de hielo, endurecido y rígido, bajo la sombra de un sol que no calienta, en el espacio negro, en el inmenso agujero de sombra de la noche».

Los días grises del sanatorio, la vislumbre de las bodas con la muerte, la quietud y la soledad son corolarios del que padece graves dolencias y anhela con ansia convalecer, usar de su libertad, surgir a la vida, como el refloramiento maravilloso de una rosa pronta a marchitarse.

¡Qué alegría cuando la salud vuelve y se opera la resurrección del organismo! Los «Poemas de la inmovilidad y canciones al sol», de Luisi, reproducen la sensación de cansancio, y los tristes crepúsculos vespertinos, hasta que el amanecer todo se inunda de luz y de aire puro. Apostrofa, con cálida unción, al sol, que le llama divino, que hace brotar las plantas y enrojecer de vida las mejillas: «sol bienhechor, a cuyo beso se recubre la tierra de doradas mieses»: Pasa por varios estados de conciencia, a medida que la reacción se



acentúa y el amor acude a perfumar la existencia «de cinamomo y miel».

Muchos vates han escogido como tema de sus composiciones la resurrección de Lázaro. Luisa Luisi lo hace de manera original, anotando el cansancio de la vida, la limitación del miraje, el hastío. Tras la dura fatiga terrenal, suspira por un más allá. «Y al fin, un día, de clamar cansado por su reino de paz en el sepulcro, se recostó temblando de otro nuevo funesto dón de Jesucristo». Recuerdo haber leído de Isaías Gamboa la plegaria de Lázaro, que interroga con amargura por qué se le ha despertado, por qué de nuevo se ha echado sobre sus hombros la carga de una vida que detesta, abierta a la iniquidad y al desencanto.

La musicalidad de los versos de la insigne poetisa Luisa Luisi resaltan en composiciones sugestivas que nos hablan de lo que intuye su alma, de la impotencia de la palabra y el misterio del silencio. Sirvan, al acaso, estas estrofas de comprobación de lo dicho:

“Yo soy la piedra inmóvil, junto al camino vivo,
el árbol envidioso de la nube andariega:
estoy sentada y muda al borde de la vida,
mientras la senda sigue su marcha hacia el futuro.

Pasan inquietos seres: caminantes, arrieros,
parejas enlazadas y familias contentas:
chiquillas juguetonas hirvientes de energías;
pasan ancianos, pasa la juventud; se van...."

Doloroso desfile, en la desconsoladora y aparente inmovilidad, más que de la vida, del engaño en que vivimos, como suspiró el viejo poeta filósofo que nos cuenta la fuga de las estaciones, del verano con sus flores, del otoño con sus racimos, del invierno «con sus nieves cano». Huye la humanidad en torrente, como cantara el bardo colombiano de «La Hora de Tinieblas». La juventud, el divino tesoro, que dijo Darío, se aleja, cubriendo de melancolía los corazones y convidándonos al llanto interior, en el secreto de las almas.

La poetisa Luisa Luisi, en sus intensos "Poemas de la inmovilidad y canciones al sol", recorre diversas gamas de sentimentalismo e introspección, desde la inmovilidad absoluta, hasta el vuelo de la esperanza; desde el ansia de salud, hasta el goce supremo de la caricia solar y el baño del regenerador oxígeno; desde el deliquio del moribundo, hasta el dulce milagro de la curación que nos vuelve al ensueño feliz que está hablando suavemente del amor infinito.

¡Cuán cierto es, como pensaba Marmotel, que sólo el sentimiento puede juzgar al sentimiento! Es preciso, como lo ha practicado la poetisa uruguaya,

llorar primero para conmover a los demás, según quería Horacio.

VERSOS A UN GRAN AMOR

Una tímida voz que es íntima plegaria, que entra en los solemnes dominios del misticismo a glosar a Teresa de Jesús; un dolor profundo que se transforma en sutiles aromas que vierten sus recónditas lágrimas por todo el libro; una imploración sincera y renovada que nos conmueve, es la síntesis de las férvidas páginas que, como relicario pasional, se denominan "Versos a un gran Amor". Su inspiración es llama inagotable. No necesita de otro numen ni de profanos burilamientos. "Estos versos no saben de medidas, no se ajustan a ningún ritmo: laten con el sentimiento, su sola métrica es la del corazón. Hablan de un gran amor y los escucha un Infinito Amor", murmura la autora, la juvenil poetisa Fryda Schultz Cazeneuve.

No lloriquea, ni familiariza su angustia con exclamaciones que aplebeyen la magnitud de su herida. Se mantiene, en medio de la honda pena que obsesiona a su alma, en serena altura, que vuelve más res-

petable el amor filial.

Balart trazó con llanto su "Dolores" a la esposa muerta: Schultz Cazeneuve musita sus delicadas y fúnebres armonías ante la tumba de su madre, que hizo deleitable "el áspero rincón de la vida".

El anochecer de su espíritu, envuelto en bruma de orfandad, no descende a las tinieblas torturadoras y desesperadas, busca la paz dulce para su castillo interior, invoca, con religioso decoro, a la madre desaparecida, a la que no había desconocido los arrestos "de la heroica señora castellana".

Por el milagro del afecto, no fatiga el diminuto libro, no obstante de que en él, cual "campana que no se cansa de voltear", vibra una sola nota, tan repetida por muchos corazones atribulados. Así, magistral y sentidamente, cantó en la Argentina el lozano poeta Zambonini Leguizamón.

La flor de su espíritu se deshoja, como desde un ara, para la necrológica manifestación suprema.

Su melancolía creciente, su tristeza digna, no se vulgarizan. La nostalgia que le consume guarda, con todo, el sello de grandeza que agigantó el enorme amor que alimentara su vida. Se resigna a veces, ahogando el rugido o inclinando la cabeza.

Hé aquí estas elegías de elevado tono: — “Delectación”. “En tí, bendito amor, mi verso empieza, — como un eco de luz, de ti proviene: — resplandece, signado de pureza, — porque en su nombre se hizo y de tí viene. — Juega mi labio en tu querido nombre — y lo vuelve a decir, para besarlo; — lo murmura otra vez, sin que le asombre — verlo salir de miel al pronunciarlo — ¡Qué dolorosa miel mi boca fluye! — Sale dorada y tierna si murmura, y al volarla otra vez, ya se diluye — una gota de llanto amarga y pura. — Mi labio es sólo un eco de tu beso: — la forma de tu nombre se hizo en él: — no extrañes, dulce amor, tu nombre es eso! — Una miel dolorosa y siempre miel! «Buenos días, Amor», cuánto dormiste! — te volveré a la vida con un beso, — con ese mismo beso que me diste — y que ha quedado entre mis labios preso. — ¡Buenos días, amor! Quiero adorarte — con mi saludo temprano y fresco. — Esperé despertaras para hablarte — y ser primero el beso que te ofrezco. — Ha tanto tiempo que tu sueño velo! Pero al fin despertaste Es tu día. — momento azul e ignoto como el cielo — instante para amarnos. Sólo espero — que estés siempre despierta, hermosa mía, — que no termine el beso que me diste. . . — ¡Buenos días, amor; cuánto dormiste!”.

Madrigal y elegía se enlazan, como rosas de pasión, con ternura sublime, en los sangrantes "Versos a un gran Amor".

LA ESFINGE ARMONIOSA

El gran crítico brasileño Saúl de Navarro llama la atención acerca del "bucolismo" de las poesías de Noé Rabín, recordando la vida pastoril de las pampas argentinas, la leyenda de gauchos y payadores y el recogimiento de las aldeas, "impregnadas del olor del trigo y del centeno".

En su nuevo libro "La Esfinge Armoniosa", vuelve Noé Rabín a esbozar, como preparación para futuras obras de arte, temas campestres, a diseñar apenas la triste égloga del indio, a cantar, en reducidos versos, la florida cabaña de la graciosa ladera, a poner breves pinceladas, cual nota fugitiva, en el toro de "aires de gran señor", en las cabras y los cabreros del "bucólico otero" que andan en continuo afán, "en tanto que los terneros, como niños cuadrumanos, retozan gordos y ufanos, galopando su alegría, hasta que la luz del día se aduerme en los

altozanos"; en la oveja que ofrece su tibia lana a la pastora; en la sinfonizada verdura de los risueños pastizales; en el misterio sosegado de la naturaleza, etc.

"Sólo los brutos ingnoran, dice, la voz de lo misterioso, el enigma portentoso que las noches corrobora, y cuerdamente devoran, sin cesar, los pastizales, y rumian en los corrales lentos, callados y solos, mientras pían los chingolos y aleluyan los zorzales".

Sus cortos motivos indígenas, meros apuntes, reviven las tradiciones catamarqueñas, aluden a la leyenda de Pomán, ensayan la hipotiposis del humilde pueblo de Chilecito y nos llevan a presenciar la fiesta de la siembra, al són del estribillo de "Kusiya Pachachama, Santa Tierra". Desfilan, aunque sea fugitivamente, los manes escapados de la huaca, y la sombra de los indomables quilmes. Como ilustración histórica, se alza la figura del doctor Adán Quiroga, "padre de los indios que entre yuchán (un género de palo borracho) y totora, evocó toda esa vida con la voz del yaraví". Enumera sus obras que se empeñaron en penetrar, con sed de investigación, más allá de las puertas de bronce del misterio del indio.

En estos croquis, su lenguaje es sencillo y transparente para todos. Abigail Castillo, riéndose de los

que hacen gala de la obscuridad de estilo y de las palabras rebuscadas, ha dicho que sería para él amarga contrariedad si los lectores no entendieran lo que escribe. «Hay que convenir en que la popularidad se gana, llegando el que la ansía al cerebro y al corazón de la mayoría. Escribir solamente para una docena de personas que creen saberlo todo, es como ponerse uno un par de grillos para emprender una carrera»

Desde su soledad, gozando de la paz del espíritu respirando a pulmón lleno el aire del campo, puro y reconfortante, y no el viciado de las ciudades, ama Rabín cada vez más a la naturaleza y se esmera en simplificar su estilo. Quizá, como el hondo Xenius, converse con su pluma y formule este férvido apóstrofe:

“Pluma, mi pluma, única compañera en las batallas, espada y escudo, pluma fiel, pluma experta, sumisa y buena servidora . . . He entrado a obscuras en mi cuarto. Tú estabas sobre la mesa, en tu sitio; y la mano, avezada, te ha sabido encontrar en seguida. Entonces los dedos te han tomado amorosamente y te acariciaban en la obscuridad . . . Fuera, el mundo está silencioso. Cerca, la casa está tranquila . . . ¿A quién le contraría este fiero orgullo y este anhelo, esta delicia de la victoria y del tormento, sino a la antigua y buena camarada? Pluma, mi dulce esclavitud, mi libertad, mi tesoro, mi

vida; dócil pluma, a las vibraciones de la mente, resistente y rígida, para no servir a sus desórdenes; libre pluma, no torcida nunca, pluma "sans peur et sans reproche"; ardiente por el deseo de eficacia, reposada por el sentido de la medida".

No le llegan los ecos del lamentable desvío de los profanadores del idioma castellano, como ruido molesto que desentone la soledad sonora, cual murmuró el místico. Fecunda será su calma para la claridad de las dicciones, al alcance de los que no entienden de búsquedas en el léxico.

Ojalá los poetas modernos se inspiraran, junto con los dolores sociales, en las viejas grandezas de América, desentrañando el arcano del indio, ayer como hoy, con vistas a la futura redención de la raza vencida, o sufrida, que dijo el enorme novelista argentino Carlos B. Quiroga, autor de tan bellos libros y de tan reales descripciones, especialmente en el campo de la naturaleza y el zoológico.

Alguna vez aludí al credo estético que profesa Noé Rabín. Tiene el buen gusto de la libertad: espontáneamente va tras lo bello y pujante, sobre todo en la época moderna de tanta indisciplina e improvisación, que rompe con reglas y se olvida de todo, hasta del sentido común. "El dinamismo es signo de los tiempos, expone.

Lo es también la belicosidad deportiva, la aviación, la febril actividad de nuestras grandes ciudades, las síntesis constantes que nos vemos obligados a realizar, llevados por la complejidad y el apremio de la vida. Esa misma complejidad desconcertante nos obliga a buscar constantemente el sentido real de las cosas y de los hechos, para no errar y conducir nuestras actividades al fracaso".

Por esto, sus versos breves, de real sensibilidad, no desperdician su fuerza en largas descripciones, sino que, aparentando nimia sencillez, lo expresan todo con un rasgo que nos parece fácil, simple, ingenuo; pero que es fruto sintético de sus detenidos estudios clásicos, después de los cuales se puede condensar, probando que los espíritus comprensivos "saben extraer lo bueno de todas las manifestaciones y que no niegan por estrechez de horizontes ni afirman según un exclusivismo de tendencia".

* * *

En 1.931, dediqué a este destacado poeta argentino el siguiente artículo, publicado en el decano de la prensa de Quito "El Comercio", en Julio de dicho año, con el título de.

LOS LIBROS NUEVOS.— "PAZ ALDEANA"

La sencillez del título predispone en favor del poeta q' ha recorrido todos los senderos, especialmente, los orientales, hasta llegar a la edad viril, siempre en pos de la belleza definitiva que simplifica ornamentaciones.

"Paz Aldeana" de Noé Rabín no aspira a las denominaciones pomposas y a los bautismos extraños, que nos remontan a extravagantes ritos esotéricos y tántos esplendores anuncian, desde el sesquipedal exordio, como aquellas altisonantes invocaciones horacianas que prometen cantar la fortuna de Príamo.

Abierto el libro, exhala suave olor a campo, mezclado con saludable sentimentalismo, que es la quintaesencia de la hermosura afectiva encerrada en pocos versos, de seductora llaneza. Estrofas chicas, pensamientos breves, acerca del amor aldeano, de la tristeza del pueblo, de la soledad sedante, de la cumbre majestuosa, regia morada del cóndor, de la intimidad con la naturaleza, del dolor sutil, desfilan rápidamente, ansiosos de no fatigar.

"Paz Aldeana" es libro sin pretensiones. Su confesión de fe estética, franca y compendiada, nos habla del hondo sentimiento humano y de la nueva sensibilidad en armonía con el espíritu del siglo, arrebatador, fugaz, desconcertante. Recurre a claro y familiar ejemplo para com-

probar la distinta manera de intuir y comprender las cosas: no ve lo mismo el paisaje el que lentamente lo cruza en su alazán que el que vuela raudo en automóvil. "La contemplación del que va a caballo, paso a paso, es estática, analítica. La del que en automóvil, es dinámica y sintética".

Admirad la fuerza de expresión de Rabín condensada en cuatro líneas y que valen por un largo poema y que, no obstante su espontaneidad; revelan detenido estudio, pues nada es tan difícil que lo que a todos parece fácil.

"Tu mirada es ingenua como la del pastor; dice el poeta argentino. Las églogas se aduermen en tus ojos. Tu mirada derriba los enojos y pone un halo de luz al amor".

Y en otro momento emocional, siente una voz recóndita, que penetra hasta la entraña, a mezclarse con su sangre y sus venas, y la define así: "Es mustia como un árbol en otoño y da sus pomas de melancolía".

Dialogando con su alma, Noé Rabín llega a comprender los grandes conceptos de la vida, que transparentan sacrificio y dolor supremo. Para él, desbordando en afecto, es, sin embargo, el amor "los dulces agravios con que cubrimos de flores el propio dolor". "Dicha ... es el arte secreto de sufrir por la persona ama-

da, para verla feliz”.

Así le ha dictado su experiencia, para, tras vía crucis de espinas, arribar al puerto, epilogando la vida en esta forma: “Un ilógico apego a nuestro dolor, eso es la vida. Y una ilusión postrera. Y una gota de sangre.... Y una quimera de amor”.

Tal es Noé Rabín, que ha ensayado muchas creaciones poéticas, ha estudiado profundamente, se ha ceñido a normas clásicas, ha obedecido las reglas del buen gusto, se ha sometido a lentas pruebas, para huir de la improvisación en arte. Sólo de esa manera se puede sentar esta categórica afirmación, enderezada, como amigable consejo, a la juventud: “Forma tu buen gusto, joven, y canta con espontaneidad, libre de toda cadena. Las reglas, se ha dicho, son, como los andadores, para los principiantes. Pero sólo el que ha sabido dominarlas, superarlas, tiene derecho a prescindir de ellas”.

NOTA.— Este artículo consta en la edición de “La Esfinge Armoniosa” (Poemas) L. J. Rosso — Editor Sarmiento, 779.—Buenos Aires — 1.932.

EL OCASO DE POLIMNIA

Esmerado poeta portorriqueño, don Manuel Norberto Vetancourt, cree que el recto camino que conduce a la cumbre del Pindo se halla interrumpido por los derrumbamientos del mal gusto. El mismo pone título irónico a su tomo de esculturales sonetos: "El Ocaso de Polimnia", agregando que sus versos han de ser, «de la clara métrica desdoro».

Consuélese el artista al pensar que todavía no ha muerto el clásico soneto ni se han apagado las robustas notas de la lira, cadenciosa y bien versificada, como los tallados y armoniosos versos de "El Ocaso de Polimnia".

Sus poesías, de ágiles y medidos pies y de no vulgar rima, comprobando están que todavía los devotos de la belleza se entretienen, al exteriorizar sus sentimientos, en elegir forma pulcra y pulida.

Clara y hermosamente, para proceder así Vetancourt, invoca a la salud, que es la generadora de los sanos pensamientos y la que hace brotar las flores más vistosas y los robustos racimos de arte. El desequilibrio mental supone enfermedad, dicen los psicópatas. Su soneto «Mens sana», en brote de auto - educación y de franqueza, recomienda, al fin y al cabo, a la juventud que



sea normal, tenga buen juicio, huya de drogas y de vicios, «y en vez de recogerse de mañana, salga temprano en busca de un oficio, el cuerpo limpio y con la mente sana».

Es el secreto para conocerse a uno mismo y acrecentar el mejoramiento espiritual. Si vamos serenamente analizando nuestros apetitos y tendencias, si entramos en nuestro alcázar interior, si examinamos nuestras pasiones, la conducta diaria que hemos observado, el empeño de conocernos íntimamente, facilitará el estudio de la humanidad. Y no podremos dar muestras de equilibrio sin la propia confesión psicológica, que descarnadamente ponga de bulto nuestras ilógicas aptitudes, contradicciones, salidas de tono, envanecimientos, todos los defectos que han de ser corregidos, para que el orgullo no nos ciegue. El equilibrio interior nos evitará aproximarnos a la locura de los engendros antiartísticos y enigmáticos, poniéndonos así a cubierto de tantos errores.

Temas de amor intenso, en sencillos y ardientes versos, ha elegido Vetancourt, pero cuidando de que no revelen sensualidad enfermiza, sino afecto muy humano, canto de vitalidad saludable.

¡Cuánta naturalidad en su soneto "Buenos días", con que diariamente saluda a ingenua muchachita que lle-

va su intacta castidad como un escudo! «Resurgen, agrega, mis sexuales osadías, pero al sentirme tímido a su lado, se ahuyenta mi designio de pecado; y pienso que entre dulces niñerías, ha tiempo nuestras almas se han besado con esta simple frase: buenos días».

Tallados como en bronce los sonetos de Vetancourt, ponderan el escrúpulo técnico bien gastado al escribirlos. He aquí una compendiada muestra, que vale más que nuestras pálidas palabras:

«SUCRE.—Nació predestinado al sacrificio.
Su vida militar fue transitoria,
pero bastó para llenar la Historia
con el largo clangor de su epinicio.

Ninguno de más temple y de más juicio
para hacer de un fracaso una victoria.
Ni un asomo de sombra proditoria
llegó a turbar su corazón propicio.

Es Ayacucho su Tabor. Su nombre
va en la nota profunda de los ecos,
para que el mundo de Colón se asombre.

Los laureles del Cid rodaron secos;
y ya en un dios transfigurado el hombre,
se fue a buscar su Gólgota en Berruecos

Catorce versos comprensibles y sinceros, han formado la etopeya del Vencedor del Pichincha, acentuando la limpidez de su alma y el sacrificio heroico de una vida.

LOTUS

Honda complacencia experimentamos al recibir, cuajados en arte ennoblecedor, los frutos intelectuales femeninos. La mujer que estudia, que cultiva su espíritu, que va en pos de las idealizaciones de la vida, camina por sendero de perfección, que encumbra gustos y tendencias.

En medio de la prosa terrena, agobiada por la conquista material y el tráfago de los quehaceres domésticos, en el estéril y monótono desierto, debe, como convidador oasis, quedar sitio preferido para la poesía, el solaz del ánimo, la emoción, el goce íntimo, tan distintos de las pesadas atenciones de la dura realidad.

El alma femenina se satura de belleza en los perfumados jardines del sentimiento y abre su pecho a la auténtica delicadeza y hermosura de las cosas. Con el trabajo de su espíritu que se entrega a la lectura, a la meditación, entrando en los arcanos de la estética, ve con indiferencia las frivolidades que nada dejan en la mente y en el corazón, y se aficiona más a las demostraciones de arte, que están muy lejos de la superficialidad de los fugitivos placeres, que tanto entristecen.

Por esto, se inunda el alma de alegría cada vez que un nuevo libro, trazado por manos femeninas, viene de la lejanía a visitarnos, o brota, como flor matizada

y sentimental, en los propios vergeles.

Ahora nos llega el fresco tomito de versos de la artista Clorinda Paganini que con tanto fervor ha cantado a la música y sus instrumentos sonoros como el piano, cuyas teclas «son índice de un libro de lirismo»; como el cautivador violoncello que «al conjuro del arco milagroso surgen notas divinas por lo humanas»; como el inquietante violín, «pequeño, leve, frágil que con sólo cuatro cuerdas hace un mundo»; como el armónico e indispensable contrabajo que con tanto tino «marcha en la orquesta; con qué eficacia subraya frases y marca ritmos su vozarrón»...

“Lotus” se llama el librito de la señorita Paganini. Al evocar a la maravillosa flor que matiza las orilla del Nilo, quiere que tan sugestivo emblema le dé su «enseñanza dulcísima y romántica».

¡Loto, magnífica flor de tentaciones, que guarda, en mitológicas leyendas, la temible sentencia de la muerte, ya que quienes de loto se alimentan, olvidan a su patria tristemente, al recorrer las playas extranjeras! Loto, que adorna pétreos monumentos, acuática decoración egipcia, ¡con cuánta ternura has dado nombre a un libro de poemas, sencillos y profundamente sinceros!

Además de enaltecer el canto y las armonías de la orquesta, al consagrarse a describir sus tres reinos y

su ritmo, la señorita Paganini se inspira en los asuntos del diario vivir, buscando en ellos la dulce poesía.

Tal en la ingenua y férvida composición "Escuelita Campesina", que junto al rótulo que la singulariza, "ostenta muchos nidos en su alero y un ombú junto a la puerta". Así también saluda con cariño a su modesta casita, llena de plantas, besada por el sol. «Tu eres clara y alegre, le apastrofa con ternura: no tienes claraboyas que oficien de barreras para el aire y la luz, pues sabes que son ellos mi vida y mi alegría y sabes cómo ansío mirar hacia el azul! Eres tú más hermosa que todas esas casas que son pregón de un lujo sin aire y claridad; eres tú más risueña, retacito de campo, que quedaste dormido en medio a la ciudad!»

La soñadora artista Clorinda Paganini, expresa ideas y sentimientos con claridad y en frases naturales, desecha la afectación, los meandros oscuros, los versos enigmáticos y agobiados por raras metáforas, todo lo que, en vez de ser adorno poético, dificulta su obvia comprensión, se opone a la cadencia verbal y a la espontánea armonía de las transparentes oraciones.

ESMERALDA

Poemas de carácter íntimo, devocionario en prosa y verso, de las ternuras y torturas de un padre sin ventura que siente le arrancan para siempre a un sér querido, a su hijita, se creería que no interesan al público. ¿Qué le va ni qué le viene con la personal angustia y el dato doméstico, privado, por decirlo así?

Con todo, el arte y la sinceridad triunfan. El profano palpa, entristecido, aquellos recónditos percances. El poeta mexicano, tantas veces laureado, Luis Mora Tovar, acierta a transmitir su personal emoción, a comunicar a los demás su propia pena.

El nombre del libro va ungado con el de la niña muerta: "*Esmeralda*".

Se sigue la escala psicológica del poeta, desde que canta el himno de la alegría por la recién llegada al mundo, hasta que, después del dolor inmenso de perder a la graciosa pequeñuela que atiende asustada a los maullidos del felino, entra en la región de la serenidad, no sin haber dado cauce a las quemantes lágrimas.

Invoca a la muerte, pero no con rencor ni venganza, sino como a una fatal compañera del mortal, supli-

cándole no le despoje del recuerdo. «Gran Feudataria de lo inmutable, le dice: no maldigo a tu Numen inexorable! ¡Pero en cambio, Señora, triste y vencido por los negros océanos en que me pierdo, desde el fondo del alma sólo te pido que no cures mi llaga con el Olvido, tú, que matas a veces hasta el recuerdo!».

La poesía de la muerte pasa dolientemente como una sombra, llevándose el puñado de rosas sobre las que se durmió la niña. Por contraste le inspiran a Mora Tovar muy hondos sentimientos, en los que la paleta del amor pone sus matices y colorea la vida. Desfila precisamente la belleza de las cosas, pensando en la criatura que ya no sonrîe ni se queja.

Ante lo inexorable, experimentamos el temblor que nos sugiere la escena familiar y común de la mortalidad infantil, el numerario de martirios y esperanzas junto al diminuto lecho, el temblor que desconcierta al pensar en la fugacidad de todo.

Al suave resplandor de los cirios, vemos deslizarse a la augusta y eterna sombra que tantas sensaciones despierta en las almas. No es el horror a la muerte: es la tenue poesía de todo lo frágil, de todo lo que fatalmente va a hundirse en el impenetrable océano. Se cubre de nubes el horizonte, llega la noche; pero, no obs-

tante lo patético del cuadro, esperamos con ansia la aurora del nuevo día.

No siente el poeta el rubor del llanto que brota a raudales como frescura de rocío. «No me digáis que no llore, exclama! Las lágrimas no deprimen a los espíritus fuertes en el sufrir y el amar! Mis lágrimas son raudales de luz, que amantes imprimen grandezas en mis dolores, como en las olas que gimen, el sol imprime sus rayos cuando es un místico el mar!»

Pocas veces he leído arranques de ingenuidad tan profundos, expresados, inefable y lamentablemente desde el fondo del alma, después de que en los jardines de la ilusión el pimpollo se marchita para siempre.

Raro privilegio es el de humedecer la pupila de los demás, identificándolos con el dolor que no presenciaron, pero que lo sienten después de pasada la tragedia; lo sienten con intensidad, en virtud de la magia de la poesía, — cuando es real y auténtica, — que musita confidencialmente para conseguir que se enternezcan las extraños. Balart escribió "*Dolores*" en la muerte de su esposa; Mora Tovar, "*Esmeralda*", en recuerdo de su pequeña; el poeta Tobías Cárdenas "*Soledad*" por su Mercedes Lucía, la joya de predilección, dándonos las impresiones de la última tarde trágica, describiendo ese amado nido sin ave, llorando reverente ante el sepulcro de

la que cerró para siempre sus ojos: «la hija querida, festín de míseros gusanos».

DE LA FUENTE INFINITA

Conozco de la doctora Graciela Barinaga y Ponce de León, el laureado y detenido estudio crítico.—biográfico acerca de aquel temible censor de las letras que a veces ocultaba su bilis bajo la capucha de *Fray Candil*. El adusto y laborioso personaje, novelista, poeta, cronista y especialmente crítico acerbo, solía dar su merecido a los infractores de la gramática y del sentido común. De él dijo *Azorín* que había enseñado a pensar a la mitad de la juventud española de su tiempo, lo que no es pequeño elogio. La autora del análisis del erudito fustigador Emilio Bobadilla, que tanta falta hace, fue declarada alumna eminente de la Universidad de La Habana. Ha presentado, además, labores serias y científicas sobre psicología experimental y feminismo.

Ahora, en otro terreno, ensaya su pluma, para que se aprecie una nueva faz de sus actividades: la de cultivadora del verso. No ha podido sustraerse a cantar los

padeceres y delicias del amor, manantial inagotable.

Me imagino que la señorita Barinaga, mientras reburbuja cristalina fuente en tazón bronceo, bajo la cadencia del manar ferviente, medita y alinea las ideas que le dicta su mente febril, y en verbo apolíneo quiere expresar cuánto de esa fuente brota, fuente infinita que siempre entona su nota de armonía. ¡Oh, alma de la fuente! ¡Alma y lágrima de las cosas; alma recóndita y bella! Cada hilo de plata— lluvia rumurosa— habla de una estrella, dice raros himnos y compone glosas. Su extraña querrela, fruto del dolor universal, se deshace en llanto. De la fuente pura entendido, oh, poetas, la perla que gime y tan tiernas endechas murmura.

El amante en vela está. ¿Quién le podría engañar? *Quis fallere possit amantem?* preguntó, hace siglos, Virgilio.

Los endecasílabos de la doctora Barinaga, añorando la dulzura de Boscán y Garcilaso,— se refieren al amor y la emoción de un beso, a los sueños y dulces recuerdos oportunos, a la pasión eternal que ni distancia ni olvido ahogan, al hondo sentimiento que plasma ilusiones y al consuelo altruista de la resignación. Son primeras manifestaciones, según da a entender, de la verdad, sencillamente consignadas en las hojas de su libreta íntima. Advierte modestamente que no se adiestra en el

melodioso arte de los versos porque no se considera poetisa, ni se vale de esos moldes por vanidad, sino para manifestar la secreta emoción cuando, herida por cualquier saeta amorosa que estimula su sensibilidad, confía al papel esas confidencias.

Ha escogido para este ejercicio espiritual la difícil forma del soneto.

Se ha repetido que el soneto en arte es obra perfecta que no admite ni las llamadas licencias poéticas, ni menos indicio de flojedad de rima y de armonía.

Burilaron sonetos primorosos en el florido jardín ecuatoriano Numa Pompilio Llona, del que Dolores Sucre tanto ha aplaudido "*Los Arqueros Negros*", Trajano Mera, Ernesto Noboa Caamaño, Leonidas Pallares Arteta y tantos felices ingenios, sobre todo de los vergeles azuayos.

Intenso es el goce espiritual que proporciona un soneto escultural, a la manera de los áureos de "*Los Trofeos*" del gran cubano Heredia, o, en lo antiguo, de los Argensola

La doctora en Filosofía y Letras, señorita Graziele Barinaga, que en La Habana ha publicado su sonetario "*De la fuente infinita*", ha de llegar a domar a esos catorce potros bravíos, que de siglos atrás son el tormento de los que, cabalgando en Pegaso, se entregan

a tan insuperable deporte intelectual.

Entre esta fatigosa tarea métrica de la distinguida escritora cubana, he aquí una escogida muestra, que he seleccionado con esmero, aunque con temor de errar, ya que es tan vasto el campo estético:

UNA ORACION

Vas ante la grata tumba que vacía
recordará de un genio la existencia,
para rezar con tu habitual vehemencia,
una oración; une a tu prez la mía;

Por todos los anhelos no logrados,
por todos los amores combatidos,
por los que ahogan la sed de sus sentidos
y aman y esperan, siempre resignados....

Pide por mí allí, pleno de idealismo,
sin sospechar en el egoaltruismo
que anima la oración.... El pensamiento

vino de esa imprevista desventura,
que hiperestesia tanto tu ternura,
y exalta hasta el dolor mis sentimientos"

No seré de los que por mera galantería afirmen que este poema es impecable. Si ha de seguir creyéndose

que el verso es música, musicalidad ante todo reclamada por Verlaine, la cadencia exigirá ritmo más armónico, y el halago de la consonancia que hoy quiere despreciarse, rimas menos trilladas, prolija acentuación y tonalidades no repetidas; pero no se negará que el soneto transcrito está animado de profunda piedad humana y recóndita ternura, brotadas de la fuente infinita del corazón, que a veces perdona que no se sacrifique el mundo de la idea para pulir un verso, contrariando así a Valencia.

CANTOS

La culta y laboriosa república centroamericana de Costa Rica atrae nuestras simpatías por más de un motivo. Es la patria intelectual de un puñado de pensadores que siguen, con científica curiosidad, las palpitaciones de la civilización moderna. Conozco algo de la intensa tarea espiritual de sus educadores, poetas y literatos que han renovado el ambiente popular, destruyendo analfabetismos y prejuicios.

El trabajo es en Costa Rica una religión: su culto, difundido por todas las capas sociales, ha derramado bienestar económico en los hogares.

El café, que inspira y estimula, congrega, en la hora de su recolección, al pueblo que asegura su ahorro y subsistencia.

Costarricense es la maestra, directora de un plantel de educación en San José, que ha cantado, con tonalidades robustas y rítmicos sonetos, íntimos sentimientos y cosas de la patria. Cuida amorosamente su jardín interior, vigilando de que las florecillas, fragantes y auténticas, vivan lozanas, regadas por la poesía, que es la rosa de su alma.

"Cantos", libro de la señora Auristela C. de Jiménez, rebosa de generosas ideas, brotadas del corazón de una educadora, que ama a sus hijas y se desvela por enseñar a la niñez. Cuando el dolor le aqueja, quiere calladamente enterrar su amor en el fondo de su pecho, donde nadie vaya a turbarle. Busca la soledad, penetrando en la quietud melancólica del paisaje, en las linfas del lago circuido de zacates y flexibles juncos. Sueña la admiradora de lo bello, se deja invadir por la nostalgia y suspira así:

«¡Ah, si yo pudiera detener mi vida, quedarme hecha mármol, dolorida estatua, aquí, en esta noche, divina, de luna.... de sueño.... de lago.... de plata»

Cultiva también la poesía patriótica y va diva-

gando cariñosamente en torno de la bandera de su querido país. Sabe que hay que acostumbrar a los niños a venerar a los insignes varones que tremolaron en alto el estandarte nacional, que sostuvieron a la patria soberana, librándola del dominio extranjero. Se entusiasma ante el cívico recuerdo, conmovida al meditar en el final ingrato que la América brindó a sus héroes magnos y patricios, mártires los más de ellos, muertos otros en la dura proscripción, en el desesperante olvido y la negra pobreza, víctimas de la más impúdica ingratitud. Su crimen fue soñar en días venturosos para el continente, en una edad áurea y luminosa. Su contemplación no pierde las ondulaciones de la sagrada enseña mecida por la brisa. «Y mi inquieta fantasía, dice, distraída de su viaje por lejanos horizontes, ha seguido sus vaivenes y ha creído ver en ellos— reconstruída a su capricho — la epopeya, la epopeya de la patria libertada. ¡Cuán hermosa es mi Bandera, desplegando sus colores a los vientos con solemne regocijo! Frufrutante mariposa, que recoge mis ensueños y mis ansias impasibles en la seda de sus alas, y los mece con orgullo cadencioso, suavemente.... dulcemente.... y con ellos se remontanta más arriba de las nubes, más allá de las estrellas;— persiguiendo el infinito— más! y más!». Igual efusión al definir

lo que que es la patria.

Auristela C. de Jiménez mide bien los versos, dándoles, además, el encanto de la cadencia y rima.

La modestia le induce a confesar que no conoce las reglas; pero, a su ritmo interior, une el dominio de la métrica, para exteriorizar su música psicológica sugestiva, alada.

UNA POETISA ORIENTAL

No sólo por ser nacida en la República Oriental del Uruguay, patria de excelsas mujeres como las Luisi, Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini, Raquel Sáenz, princesita de "La Almohada de los Sueños", y otras de gran cerebro y sentimiento, sino también por el emblemático orientalismo que hay en sus versos, la poetisa juvenil Sarah Bollo llega al Ecuador vestida de extraños resplandores que evocan y vislumbran la lejanía del paisaje y del ensueño y, al mismo tiempo, la ocultan paradójica, apaciblemente.

Sus poemas son inquietantes interrogadores del misterio. Atormentada por la idea de la muerte y de

un más allá desconocido, abre las alas de su espíritu para el peregrino viaje a lo infinitamente hipotético. Su alma dialoga con todo lo lumínico, empenándose en salir de las tinieblas. Le seducen las luces del crepúsculo, y busca hasta entre las nieblas y en el negro manto de la noche, extraños fulgores, como de astros eternos cuya estela trata de seguir.

Sarah Bollo ha musitado, en su libro de hondas sugerencias que denominó "Diálogos de las luces perdidas", las suaves baladas a la incertidumbre, a los que se atrasan en el sendero de la vida, a los que navegan por el arcano de las sombras lilas, al olvido sereno, y hasta a la luciérnega, "hebra de luna, perdida por la nocturna hilandera".

Interroga al silencio, en el deseo de simbólicas prosopopeyas.

Algún día se oirá entonar la balada blanca, portadora de esperanzas, que disipe todas las negruras y haga renacer la quietud psicológica para la conversación fecunda, que se resuelva en alegorías. «Tan honda era la noche, que se perdió tu alma, como una ave viajera por los inmensos cielos», dice por ahí, en ansia de supremas luces. Sus nocturnos, sus barcarolas vespertinas, van tapadas con el velo de la melancolía, encubren a la muerte, disimulan el dolor y la desilusión.

Se diría que su cerebro recorre varios y tenebrosos caminos ancestrales, encendiendo, para no caer, las trescientas luces de su soledad. A veces quiere que le guíe «el astro de la muerte» que en sus ensueños está ardiendo.

Más allá, la dulce voz de Sarah Bollo ha de modelar la balada de la música perdida «en las turbadoras flautas del viento»

Véase el raro sabor de sus poemas, hijos de vaporosa idealidad, que se han desprendido, con resolución y calma, de toda pasión material, rechazando el más tenue aroma de sensualismo, como en «La Antigua Estrella» que copio:

«Mi amor era una estrella; en las noches de duelo
se inclinaba a las tristes ventanas derruidas,
y besaba en la frente al Dolor y al Desvelo,
o amparaba la dicha de las almas dormidas.

Mi amor era una estrella cuyo errabundo vuelo
traspasaba los blancos espacios de las vidas.
Mi amor era una estrella, y tú, como un gran cielo
nocturno, cobijaste sus alas encendidas.

Pero la noche pasa y las estrellas mueren.
Y las distancias claman con siempre vivas voces
que hasta lo más oscuro de mi futuro hieren.

Y amaneció mi alma en un mundo desierto,
sola, sonriente, muda. Y en las cumbres precoces,
mi amor fue como un cirio que te velaba, muerto»

El metafórico soneto parece como que nos transporta a cumbres desconocidas, que muestra horizontes azulencos, apartados inmensamente de la carne que grita.

En el pesar y en el contento, su manera original es la misma, como se ve en ese exótico y escultural poema de catorce alejandrinos, intitulado "Estoy bajo otra estrella", que caprichosamente rompe el ritmo de un hemistiquio:

"Estoy bajo una estrella de triunfante armonía,
venida de algún blanco cielo de primavera.
Me ha besado en los ojos su lumbre pasajera
y soy sacerdotisa de la diosa Alegría.

Muy temprano vestíme sedas esplendorosas.
Puse en la boca el rojo coral y en los cabellos
polvo de oro divino, y me adorné con ellos,
cual si fueran hebras de perlas o frescas rosas.

Y voy por los caminos cantando alegremente,
como si nuestra vida fuera un lirio elemente,
posada, como una ala, en el esbelto hombro.

Y si oigo llorar a mi lado, no miro.

Sigo las mariposas en sus límpidos giros.

Y en tanto los cipreses me miran con asombro”

Con razón aquella luminosa cúspide poética de América, Juana de Ibarbourou, la ilustre musa uruguaya, por antanomasia llamada del Continente, ha expresado que Sarah Bollo constituye un matiz nuevo en el grupo de las jóvenes poetisas uruguayas. «Su libro “Diálogo de las Luces Perdidas”, añade, tiene un marcado sabor orientalista en el sentido teosófico y casi hermético de sus poemas. A veces la frase es medio cabalística y el fondo casi impenetrable, sobre ellas centellea, con frecuencia, el brillo de metáforas decididamente ricas, suntuosas, originales. En esta poetisa no hay un átomo de alma americana: algo de milenario espíritu oriental parece haberse transfundido a ella”.

Con tan precisas y hermosas palabras, huelga lo poco que he bosquejado acerca de la exótica lira de Sarah Bollo.



EL MINUTO AZUL

El gran poeta mexicano Horacio Zúñiga advierte que sus versos son sin retorcimientos ni complicaciones, versos de amor, indignos del JAZZ BAND. Por más que no gusten a los que van por otros caminos, que a veces suelen ser tortuosos y llevar a abismos de fealdad y capricho, los versos de Zúñiga son triunfales, sinceros y dilectos para las almas no inficionadas con el tóxico de modas ridículas.

Sus sonetos esculturales, podrían tallarse en mármol como perpetuos modelos de belleza. Así aquél que pondera la palidez de la hermana azul, la de los ensueños. "Tú palidez, le dice, es de una belleza dolorosa, como lo que suspira, como lo que solloza, como lo que se pierde, como lo que se va".

Que digan, con franqueza, si no sienten agitarse el corazón, conmovido de afecto, al íntimo clamor de estos magníficos catorce endecasílabos:

«Mas allá de la vida y de la muerte
mi corazón, con frenesí, te adora,
y es pequeño el pesar que me devora
si alcanzo, al fin de mi pesar, a verte

Quererte así es rezar y no quererte,
mi voz cuando te canta, canta y ora,
pétalo de ilusión, lampo de aurora,
qué galardón más grande que tenerte!

¿Sabes? cuando yo solo en mi retiro
las duras garras de la angustia siento
y el desencanto de mis sueños miro,

me parece que llega a mi aposento
tu corazón, rezando en un suspiro,
como un arrullo que columpia el viento»....

La espontaneidad de los sonetos de Zúñiga, resaltan más por el velo de ternura y delicadeza que les cubre, como a las carnes impolutas de las estatuas helénicas.

Podrían cerciorarse los que con unción lean este primoroso poema intitulado

«NIEVE Y CANDOR»

“Hay tan puro prestigio en tus encantos,
tantos preclaros timbres en tus dones,
que para hacer tus cándidos blasones
precisa hurgar heráldicas de santos

En tu existencia hay sacrificios tantos,
tantas blancuras, tantas bendiciones,
que son nieve y candor tus oraciones,
y oraciones purísimas tus llantos.

Y tanta claridad se halla dormida
en tus pupilas tristes y cansadas,
que quisiera en su luz lavar mi herida,
ungir mis secas rosas encantadas,
y ponerme a soñar toda la vida
bajo la tienda azul de tus miradas....”

Hay un hecho raro, elocuente, inusitado hoy día, que revelando está la potencia de las poesías de Horacio Zúñiga, que bien quisiera transcribir en abundancia: el que fueron costeadas, en nítida edición, por sus discípulos y ex alumnos. Esta circunstancia, que acredita honda valía y duradero afecto, es muy reveladora. Trátase de un inmenso educador, que, al par de los esplendores de la estética, ha sembrado, en las almas juveniles, nobles ideas capaces de resolver arduos problemas morales y sociales. Su verbo arrebatador, sus numerosas obras docentes, su recta conducta de apóstol, le han destacado como un maestro auténtico, con toda la santidad de esta palabra. Ha sido perseguido y pospuesto; pero cuenta con un puñado de espíritus gratos que no le olvidan. ¿No representa esa generosa actitud una fresca corona para sus martirizadas sienes? Anteriormente sus discípulos lanzaron a la publicidad «Mirras» de Zúñiga. Ahora es «El Minuto Azul». Mañana será «La Selva Sonora». Con razón afirma Juan Manuel Carrillo que

“no ha habido en México ningún maestro cuyo positivo valor, cuyos indiscutibles merecimientos y cuya evidente grandeza moral e intelectual, hayan sido capaces de suscitar en sus discípulos un gesto semejante”.

Lo natural es la indiferencia, el desorden y, en la mayoría de las ocasiones, el eterno olvido contra los maestros que pulieron almas y que se desvivieron por formar legiones de jóvenes estetas, cultivando en ellos la vocación de las letras.

Será para la América alto ejemplo de esmerada educación, que desgrana rosas de gratitud, lo que con el poeta mexicano han hecho alumnos que le honran, en el minuto azul de la justicia, que acaricia con seda de ensueños las almas juveniles.

Mejoran, espiritualizan, encumbran los corazones, cual un potente SURSUM, los armoniosos versos de Zúñiga, como la música inefable y clásica que levanta de emoción el pecho y humedece la pupila, dejando muy pobres a los vocablos para traducirla, en el raudal de los sonidos que penetran muy adentro como a un santuario.

Ante esos poemas, surge, con fulgores de evidencia, este pensamiento del ilustre crítico Rafael Cardona: “El arte será siempre superior a la ciencia, porque abarca y expresa al hombre entero. Penetra por la

sutilidad de aquellos oscuros caminos de que habla Rolland, hasta el núcleo profundo y tenebroso de nuestras fibras sensibles, y asimismo trepa sobre el hombre de carnes hasta alturas en que el vértigo tiene su asiento”.

Pero, por remos potentes que agite el genio, listo a encumbrarse hasta las regiones siderales, no se concibe el arte sin técnica, sin lenta preparación, sin sometimiento a algunos principios basados en la naturaleza. El hombre, después de luchas ciclópeas, después de trabajar en la fragua de su inspiración, exhibe pálidos y *facetados* los diamantes. No los da toscamente, como van a sus manos.

El arte se humaniza cada día, porque el hombre ha enaltecido, ha profundizado esta clase de estudios que se fundan en su propio sér.

La poesía no es extraña a los conocimientos previos, por más que hoy atropelladamente se promulgue la crisis de la técnica, cual si la belleza más pura no necesitase de cultivo.

Siempre la dulzura de la forma ha de armonizar con el oro de la idea, para que el brillante resulte un todo artístico y deslumbrador.

NOTA.— Ha estudiado las obras del poeta Zúñiga el crítico mexicano Juan Manuel Carrillo B., quien

dice que si examinamos el trabajo poético de Horacio Zúñiga, «tendremos que aceptar, según lo afirmamos en el poemio de El Minuto Azul, que el maestro, cuya técnica es capaz de cincelar el madrigal más delicioso, al par que esculpir los más recios bloques epopéyicos, y cuyo pensamiento va desde el «ego» romántico hasta las más dilatadas y profundas generalizaciones, es, hoy por hoy, uno de los mejor perfilados poetas absolutos de habla española» (La Selva Sonora —Poemas orquestales» — Prólogo— 1.933.—

México, Talleres tipográficos de Gómez y Rodríguez —Tonantzín, 13)

FOSFORESCENCIAS

No existe un código estético acerca de los requisitos que han de llenar los atrayentes poemas en prosa, tan en moda en nuestros días y que conquistaron frescos lauros para la Ibarbourou, llamada «Juana de América». Nada de sustancial consignan al respecto los modernos preceptistas; pero es obvio que, sobre la fina tela que aspira a ser poética, se ha de bordar, con esmerada pluma, la cláusula armoniosa, de modo que el estilo sea

artístico y el relato sugestivo y sintético, que deje pasar inadvertida la falta del acariciador consonante y del isócrono ritmo. Los poemas en prosa, que expanden las intensas notas del lirismo, presentan ancho y ornamental paraninfo para las creaciones de belleza que ostenten, junto con las galanuras de dición, el subjetivo miraje de las cosas.

«Fosforescencias», de la educadora salteña María Torres Frías —prestigio de las letras argentinas—, es haz luminoso que alumbra las moradas interiores de la poetisa. Su confidente examen pasional, desecha las intimidades que no interesan al lector, y hasta cuando se ocupa en las pequeñeces de la vida, transparenta la diafanidad de un corazón de cristal, revela el dolor humano, bendice la lectura, pondera sus bienes, imprime suavemente al amado el cálido ósculo del «Cantar de los Cantares», murmurando, al oído del médico psicológico, que es cual tesoro escondido, las notas armoniosas de los manantiales arrulladores. Deja que sangre la espiritual herida “qué destila mieles”, la que, por el prodigio del amor, se cubrirá “con pétalos de rosa y ramas de diorama perfumada”.

Fruto de constante aprendizaje métrico, sabe la poetisa argentina los secretos de la cadencia. Su pri-

mer libro de versos "Violetas" fueron los tímidos y tempranos capullos de sus quince abriles Enamorada de las flores, su segunda producción poética, para hacer compañía a la humilde y perfumada herbácea, se denominó "Hojas de Ross".

"Fosforescencias" sigue el alto precepto que encarnó Constancio C. Vigil en sus "Palabras del Camino": "La única literatura honrada es la que puede mejorar al hombre".

Gusta de la meditación y del retiro, allá en la quietud de su quinta "Los Alamos", de Salta. Suele implorar, en fúervida plegaria, al único mediador eficaz, el olvido, cansado y cariñoso peregrino que, entre las sombras del crepúsculo, descende muchas veces de la encumbrada montaña de sus sueños a visitarla familiarmente. "Y como padre bueno, dice, el olvido acarició con sus manos venerables mi frente, y una dulce laxitud invadió mi sér":

Otro de sus consuelos espirituales es el libro, su fiel compañero. "Tengo un amigo incomparable y grande, que me acompaña siempre, que me habla siempre, que me distrae, que me instruye, que me consuela: un amigo profundamente tierno, majestuosamente sabio; que me atrae con la confianza de hermano y la auto

ridad de padre, que me relata largas historias sublimes, o me aduerme en las horas grises al són de sus canciones melancólicas: es de Oriente, de Europa, de América. Tiene la indolencia de los orientales, la vivacidad de los europeos, el sentimentalismo de los americanos”.

Hay inspiración en su himno al libro y a los prodigios que obra. Insinúa que nos rodeemos de estos consejeros que señalan seguro derrotero, que nos abren los jardines de la ciencia y de la poesía, de la libertad y del patriotismo; pero que nos apartemos de los que nos hacen daño, porque matan los ideales de la existencia, la envenenan.

«A éstos hay que alejarlos: con el esmero solícito que el jardinero emplea en la selección de sus flores predilectas, debemos seleccionar los buenos libros, los amigos respetables, que nos hablan siempre de cosas nobles y grandes, que levantan el espíritu, haciéndonos amar la vida que se nos ha dado en usufructo para que la cultivemos con ahinco, a fin de que produzca óptimos frutos de sabiduría, laboriosidad y honradez, y seamos útiles a la humanidad y a la patria».

“Fosforescencias”, como chispas de un sacro fuego espiritual, despiden los lampos del sentimiento, de las generosas ideas, de la ternura y la bondad.

Sincera y sencilla, la poetisa, vierte las joyas de su cofre místico y musita deleitables frases que son como gotas de rocío para el pecho atribulado que gime en el erial, ansiando el agua inefable del alivio espiritual y la alegría.

«Cuando todos callan, tú hablas, y tu voz es más dulce que el balido del corderillo que llama a su madre. Cuando todos me abandonan; tú estás conmigo y la delicia de tu presencia es como luz de luna en noche de estío. Con mis manos puestas en tus manos, dejo correr las horas, con la confianza del hijo que se abandona en el seno materno. Paz es tu amor que me inunda como un aliento perfumado. Yo lo siento correr por mis arterias, henchir mi corazón y mis pulmones. Yo estoy plena de tí cuando tú vienes y me embelleces milagrosamente».

Diríase que en medio de la naturalidad, del ingenuo y recto sentido de los poemas, pasa uno como simbólico soplo bíblico por las hojas de «Fosforescencias».

NOTA.—La ágil pluma de la escritora Adelia di Carlo, en su sección "Mujeres de actuación destacada" de "Caras y Caretas", de Buenos Aires, dice de la poetisa María Torres Frías: "Tiene el honor

de haber sido la primera saltaña, que a los quince años de edad en Salta, "la heroica", hizo vibrar las cuerdas de su lira y dio a luz una colección de versos. "Violetas" se llamó este primer libro y desde el gran uruguayo José Enrique Rodó hasta Guido y Spano, Coronado, Obligado, Naón, batieron palmas y se regocijaron con su aparición, ingenua y sencilla, primaveral y provinciana. Sus demás tomos de poesías son: "Hojas de Rosa", "Oro y Nieve" y "Camino del Ensueño". El 29 de setiembre de 1934 publicó sus poemas en prosa "Aurora Boreal", llenos de ideas sentenciosas y sugerencias morales. Sus frases, que tienen mucho de bíblico, hablan suavemente de la gloria del sembrador de la buena semilla, "sean manos morenas y blancas las que la vierten por el surco fragante y esperanzado"; del que está llamado a enseñar conjuntamente con la palabra y el ejemplo; de la belleza de la mirada limpia y del pensamiento cristalino; del gran mérito de realizar obra perfecta, soberana, única, etc. Sus «intermedios» guardan hondas reflexiones éticas. Todo el filosófico libro rebosa, con la tersura de sincera fuente, sanas enseñanzas, que dejan retratar, en su seno, las bellezas de la altura, los fulgores de una aurora boreal.

Anuncia la señorita Torres Frías, que actúa en el magisterio de su patria en las cátedras de Educación Física y Estética, un nuevo tomo de poesías que intitulará "Carquesio de Oro".

LA POETISA RAQUEL SAENZ

LA ALMOHADA DE LOS SUEÑOS

La vida, amarga de suyo, necesita, para no agonizar de hastío, discurrir, siquiera alguna vez, por los embalsamados jardines del ideal olvidándose de la lucha cruel de todos los días. Apartando lo acre, el hábito mefítico del mal, nos perfumamos con las suaves emanaciones del ensueño.

Así como fisiológicamente es indispensable dormir, lo es igualmente en la querida alcoba de la fantasía, descansar de la dura realidad circundante, entrando en la hidalga casona de las ilusiones que enfloran el alma.

Nada más sugestivo que el título «*La Almohada de los Sueños*», que la juvenil y simpática poetisa uruguaya Raquel Sáenz ha dado a su bello tomito de

versos. Si con la almohada consultamos nuestras supremas resoluciones, también sobre ella, cual sobre un ara, se reclina nuestra cabeza para soñar, dormidos o despiertos, en el viaje maravilloso a donde la imaginación nos lleva.

«¡Sueña.... sueña.... sueña, espíritu mío,
porque si no sueñas, morirás de hastío!»,

dice, con honda sinceridad, la compatriota de aquellas admirables soñadoras que se llaman Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, Antonia Artucio Eerreira, Luisa Luisi, María Carmen Izcúa Barbat de M. y tantas otras que moran en los alcázares de oro de la idealidad, desde donde contemplan las galas de la naturaleza y escuchan las arpas eolias del amor:

Raúl Montero Bustamante, en su «*Antología de Poetas Uruguayos*», nos brinda también poemas de Adela Castell, María H. Sabbia y Oribe y Ernestina Méndez Ressig. El gran crítico Juan Antonio Zubillaga, dice, después de leer los versos de «*Polen*» de Alicia Porro Freire, que «son los poemas infinitos de todo lo que desde el corazón simboliza las cosas que más hieren en el drama moral de cada día vivido intensamente». Y ya el mismo ilustre escritor, en carta de 5 de Mayo de

l. 921, publicada sin alteración alguna diez años después, * aunque con una nota que explica cómo han crecido en celebridad algunos de los escritores que entonces se iniciaban, me escribía: «Con diverso mérito, son las tres poetisas mayores del Uruguay: *Delmira Agustini*, *María Eugenia Vaz Ferreira* y *Juana de Ibarbourou*. Creo que actualmente no las haya de más alto numen, en otro país de lengua castellana. *Delmira Agustini*, muerta muy joven, reunía a un carácter excepcionalmente apasionado, una extraordinaria intensidad de sentimiento, una imaginación siempre nueva y una sonoridad verbal que ponían en sus versos todo el fuego de su temperamento ardiente, todo el encanto de su caudalosa fantasía, todos los matices de su delicadísima sensibilidad. Fue su poesía: original, bella y honda, por su absoluta sinceridad, por su buen gusto auditivo, por su precoz filosofía. Incorrecta a veces su obra, vivirá en cuanto refleja lo que era genial en su personalidad. *María Eugenia Vaz Ferreira* con las mismas características que aquélla, de tempera-

* *Juan Antonio Zubillaga*.— *Estudios y Opiniones—Crítica— Tomo II (Obras Literarias) Montevideo—Impresora Uruguaya S. A. Cerrito esq. Juncal. 1.931 (Pág. 585).*

mento, imaginación y sensibilidad, tiene también excepcionales dotes, cuya genialidad caracteriza su obra: hondamente sentida, con inmensa amplitud de visión, estupenda en su belleza imaginativa y en la voz de las palabras. *Juana de Ibarbourou*, no es menos personal que sus dos antecesoras en su inspiración y en su arte. Mucho de la luz de su numen, del calor de su emoción y de la música de sus maravillosos versos recuerda los de aquéllas y revela iguales fuentes sagradas en el alma. Persona de notoria autoridad me afirma que una poetisa que empieza, *Luisa Luisi*, parece seguir a éstas en jerarquía lírica, pero todavía no conozco su obra.»

¡Privilegiado país el del Uruguay! El alma femenina se abre allí selecta, sentimental y exquisita, como lo es la moderna cantora Raquel Sáenz, casi niña todavía, que ordena así a su corazón:

“¿Qué importa que nadie tu ansiedad comprenda?
 ¡Hazte un mundo aparte: vive tu leyenda!
 Sueña... sueña... sueña, en tu excelsa torre.
 En tanto la vida, hacia el final corre,
 Vuela a tu albedrío y pósate en todo
 Lo sublime y bello, huyendo del lodo”.

¿Qué confesión más noble que ésta?. Ella que com-

prende que «la ventura consiste en soñar», quiere subir, subir siempre, remontarse a las alturas del ideal, de la elevación de espíritu.

Raquel Sáenz es muy joven aún, y ya ha lanzado a los espacios su primer libro, que tiernamente dedica a sus padres. A «La almohada de los sueños», que es la iniciación, seguirán otros y otros. Tal da derecho a esperar del talento de la fresca y suave poetisa que anhela morir entre las flores.

Mucho ha de vivir para honra de las letras uruguayas.

BAJO EL HECHIZO

Tema infinito, tema inagotable el del amor; pero, por lo mismo, difícil de tratarlo con originalidad. No todos aciertan a transmitirnos sus hondas impresiones de este dilatado campo. La autora de «La Almohada de los Sueños», la sutil poetisa Raquel Sáenz, nos ofrece ahora su libro de versos «Bajo el hechizo», en el que los sentimientos de la intelectualidad uruguaya toman forma bella, se metamorfean admirablemente en imágenes y suben al pináculo pasional, delirando, en cariñosos anhelos, desde la ventana de su personal idealidad, hasta que llegue el ansiado día del misterio y de la libertad definitiva, después de que el alma, dejando

su solitaria prisión, se acerque a integrarse con él sér de sus afectos, retornando así la perdida dicha. El amor ilumina al mundo; la vuelta del amado todo lo alegra. No es el trillado erotismo, es la sed insatisfecha, que se cristaliza como límpido lago que retrata el cielo; son los sacrificios, los manantiales que están brotando de la obra de Raquel Sáenz. Sabe mezclar la quimera vaporosa con el deseo tangible que se transforma en poesía encantadora. Sale victorioso el numen, sin dejarse del todo aprisionar por el hechizo material. Sus versos, llanos y sinceros, sin brillantes métricas ni ritmos caprichosos, salen de lo íntimo del alma, transparente, sin fingimiento ni musicalidad postiza. Nada llega a desconcertar la ternura misteriosa de sus ojos enardecidos por el hechizo de un amor supremo. Cuando abre las páginas de su cálido breviario, la pasión se encumbra hasta lo sublime.

Entonces, como única oración, ha de recitar, antes de dormirse, el contenido de la suspirada carta recibida que, llena de unción, guarda en su pecho. Entonces también comprenderá que no hay nombre más lindo que el nombre de su dueño, que no existe mejor sueño que soñar con él.

Canta su amor, purificado de las veleidades, que perdura más allá de la vida y del arcano. Y la

ternura de la poetisa sube de punto cuando piensa en la muerte. ¡Cuánta emoción se desprende, cuánta tristeza, al hablar con su espejito de mano! Tan íntimo coloquio deja el delicado aroma de la melancolía en los espíritus. "Que seas tú, le ruega, el que aproxime a mis labios cuando mi triste vida quede trunca". Delicada como un madrigal esta confidencia: "Espejito de mano, que en el misterio de mi tocador, no me dices tan sólo si estoy linda, me aconsejas también que disimule mi gesto de dolor, que si eres fiel para guardar mi drama, el mundo es muy traidor". "Espejito de mano, que conoces las ansias con que te interrogué después de aquella tarde en que él besó mi boca, y al evocar su beso, con un vehemente beso te empañé".

En su poema «Mientras llega el tranvía», la añoranza empapa de lágrimas inefables la recóndita hermosura de las cosas: el paisaje, la quinta, la reja, la glorieta, los árboles, todo.

Bajo el hechizo del amor se ilumina la vida. En medio de los señuelos afectuosos, algo como una sombra pesimista empañará la lozanía de quien desea presencia, el florecimiento de las encendidas rosas pasionales de sus ilusiones juveniles.

"Dejar la vida en un beso y estar sin besos mi vida", exclama, "bajo la dulce pena de llevarte escondido dentro del corazón".

«Bajo el hechizo» resonará siempre, maravillosa y tiernamente, la breve y dulce frase "te quiero". Y, bajo el encanto de esa armonía, la poetisa uruguaya de tan alta y sentida inspiración, interrogará al oído del hechizador: "¿Qué filtro has bebido que todo lo encanta tu acento florido? ¿Qué filtro me has dado, para que, sin luchas, yo te haya entregado la flor de mi vida?"

El amor todo lo vence y de todo triunfa. La poesía, su elocuente lenguaje, abre las doradas puertas del misterio

NOTA.— *Figura desde 1.929 (Año XII N. 126) como brillante directora de la revista mensual «Vida Femenina», fundada por la poetisa insigne María Teresa L. de Sáenz, como un delicado búcaro, ofrecido a la mujer montevideana. Sus elegantes páginas se engalanan con hermosas poesías de Raquel Sáenz.*

UN POETA SINTETICO

Cierta ocasión José Vasconcelos, el educador mexicano de tantas idealidades, que no se mezclaba todavía en las pedestres agitaciones electorales de su inmensa tierra, al llegar desalentado a Cuba, agradeció efusivamente a los jóvenes por la antorcha espiritual que tornaran a encender en su oprimido corazón, tentado de velarse con la sombra del desencanto. Que aprendía de ellos, les dijo el maestro, la lección siempre olvidada, pero casi divina, de la esperanza »Habeis vencido a la barbarie, agregó; más bien dicho lograsteis impedir que la barbarie se manifestara, y esto os asegura una base para construir».

Mientras se rinda culto a la poesía auténtica, y mejorada de las almas, el ideal se mantendrá lozano: veremos que la barbarie se aleja, empujando el grosero armatoste de su materialismo. Cada vez que se leen buenos versos, fuertes, regeneradores, impregnados de la reforma social, alados por el sentimentalismo y la belleza, las almas delicadas experimentan inefable fruición, cual si se bañaran en las puras aguas del idealismo.

Esto me ha sucedido con los de Fernando Nébel, fresco poeta uruguayo. Gráficamente los llama «El color de las horas» y «Estampas». Son poesías sintéti-

cas, versos filosóficos y profundos algunos, poemitas dados al saboreo de los lectores en píldoras dosimétricas, por decirlo así, que contienen la quintaesencia de la idea, de la imagen, de lo que se insinúa apenas.

¿Acaso ciertos gránulos, apesar de su pequeñez, dejan de contener gérmenes alimenticios y saludables? Tal gran parte de las condensaciones métricas del sobrio Nébel, al que no falta entusiasmo. «Que cante mi verso en el día, dice, y se haga hondo en la noche. Que vaya a todos, como los frutos antiguos que gustaban los hombres!»

Su sabiduría es optimista, sin lloriqueos ni tristezas, sino con inefable paz anímica. Se resume así: «Contar las piedras de los ríos y las luces altas: ¡qué árida labor! Vivamos la frescura matinal y bajemos la estrella a nuestro corazón».

Prodigio de laconismo es «La hora que pasó», que nos deja, en el fondo, íntimos pensamientos y recuerdos:

I

“Ciudad de mis abuelos, aquélla de las parras
en los patios!....

Ingenua campesina:

¡Cuánto y cuánto has cambiado!

Si ahora pudieran verte mis mayores,
ya no se descubrieran a tu paso.

II

La diligencia tardía
y el avión que nos inquieta....
El pasado que fue lentó,
y esa fiebre que nos quema:
son los extremos de un puente.
El justo medio quisiera,
donde el río de la Vida
—ni torrente ni agua quieta—
tuviera espuma de ensueño
sobre las ondas ligeras».

Medítese en la profundidad de estas cuatro sugestivas líneas, llamadas "Horas de labor":

«Para dar una esencia caen mil rosas sin vida,
¡Así el supremo artífice del Verbo
palabras y palabras crucifica».

Nos traslademos a las batallas del escritor que sufre y se agita en la *Gesta de la forma* del gran artista Rodó, compatriota de Nébel. Un poeta exquisito, Valencia, quiso sacrificar un mundo para pulir un verso. ¿Cómo desentrañar la forma del fondo o viceversa? En arte y en filosofía se compenetran de tal modo que forman una sola sustancia.

En la vertiginosa marcha de la hora actual, es ir

paralelo con el siglo sugerir en cuatro bellos versos muchas cosas. La poesía, así comprimida, obliga a pensar y se vuelve sentenciosa hasta llegar al corazón del pueblo. No son de otra manera muchos motivos poéticos japoneses y chinoscos.

Véase, por ejemplo, lo que se adivina en estos ocho renglones cortos: "Deja el buque una estela en el mar. Pasas: te va siguiendo mi mirar. Por esto es espuma nada más. ¡Lo que importa, es ser ancla en el mar!"

Esta epifonema vale por un largo pensamiento sentencioso.

Para el entendimiento humano, ampuloso de suyo, nada tan difícil como las síntesis.

Con todo, comprende el sabio y refinado Nebél que alguna vez la ampliación es necesaria, y hasta el lujo descriptivo. Párrafos elocuentes e insistencia en un mismo tema no desagradan ni en la música. Y ante todo, entiende que el verso es principalmente música, emoción, canto, elevación espiritual, como lo han querido los estetas de los tiempos antiguos y modernos, como lo exige el avance artístico de hoy, que no rechaza la armonía interior y la externa. Por esto un gran crítico ha expresado que cualquiera que fuese la escuela literaria que se adopte, la orientación estética que se prefiera, el camino métrico que se siga, la poesía ha de ser hija del

noble anhelo de perfeccionamiento, y jamás del capricho, de la rareza, del enervamiento del espíritu y la estragación lamentable del buen gusto que es presea conquistada por la gente distinguida y de refinado afán cultural.

Sean hermosos y sonoros los versos de ahora; pero sean también de lucha; vayan en pos del bienestar social y de la rehabilitación humana, con vigor y altruismo decentes; eduquen a las almas y no se avergüencen de obtener un puro diamante, extrayéndole de la gota de rocío o de una lágrima.

CAVILACIONES

De los numerosos libros que llegan a estas latitudes, procedentes de los distintos países del continente, raros son los que dejan alguna lección mental y de belleza o se despojan de la superficialidad reinante. Algunos volúmenes, bonitos por su pasta y la finura del papel, de esmerada presentación, están henchidos de vanidad: nada nuevo dicen al espíritu, en sugerencias artísticas o morales. Por lo común, son *poesías* lloriqueantes y hasta desprovistas del encanto métrico y del halago de la rima. No importaría esta ausencia formal, si el pensamiento fuese robusto, atrevida la imagen, puro el len

guaje. Futilidades, naderías, caprichos, llevados son por el viento de la moda. Nada de provecho queda en el fondo.

Más escasas son las obras en prosa, porque la superproducción libresco actual de algunas regiones americanas corresponde al verso, es decir, a lo que hoy aparece como tal a simple vista: un conjunto de renglones desiguales, distribuido sin estética en las elegantes y livianas páginas, a veces cuatro o dos en cada una, con derroche de espacio y albura marginal.

Buena impresión causa el libro "*Cavilaciones*" del escritor argentino Sylla Monségur, publicado en Buenos Aires y vertido al francés, con el nombre de "*Meditaciones*", por Francisco de Miomandre, quien convida en su proemio a reflexionar en lo que es resultado de la experiencia, porque, según su criterio, *son palabras de sinceridad y de sabiduría*. Contiene ordenada serie de máximas y apreciaciones sobre la amistad, la política, el patriotismo, la experiencia, la vida, el optimismo, el carácter, el arte, el trabajo, la crítica, el egoísmo, etc. Se ha movido el autor a catalogarlas, siguiendo tanto la atención de las horas, como la serenidad de espíritu, estimuladas por la rectitud moral de ánimo educativo.

"Las reflexiones reunidas en este libro, expone, han sido sugeridas por la observación y analizadas con

un criterio real, es decir, sin optimismo ni pesimismo”.

En el Ecuador, con sutil perspicacia y ágil pluma, cultiva el género el castizo escritor don Luis Eduardo Bueno, que gusta de imprimir a sus ingeniosos alfilerazos sociales y políticos saludable reacción, acompañando a la verdad reparadora, pese a su amargor, la agudeza del concepto y hasta la honda doctrina filosófica. Son abundantes sus ideas punzadoras, sus notitas, definiciones, anécdotas y sátiras, embellecidas con la penetración del reparo oportuno y la delicadeza de la forma.

He aquí algunos ejemplos de “Cavilaciones”, de Sylla Monségur:

«Es patriotismo el sentimiento de respeto a la nacionalidad, el amor razonado que orienta la vida ciudadana en una acción honesta, útil, desinteresada. Es disciplina sometimiento a las leyes, conciencia que sobrepone ambiciones e intereses al bien común». «Fomentar el espíritu de nacionalismo debe ser la preocupación de los dirigentes. Amar al país por las instituciones que han consolidado el respeto y la consideración de la civilización, es un sentimiento que tiene mayor arraigo que el que se cimenta en los hechos de la historia. Se intensifica el orgullo nativo, cuando la potencialidad económica o intelectual de una Nación es reconocida por los gran-

des Estados del mundo, que se interesan por esa fuerza nueva y por las manifestaciones de una vitalidad que asombra por su energía».

Escritos los pensamientos en forma clara y sencilla, no hay asomo de alambicamiento, ni rarezas de concepción. Se han reunido como brote espontáneo, moneda corriente para el pueblo, ideas de vulgarización ética, puntos de mira higiénicos para el alma, capaces de ser comprendidos por todos. Quizá le faltan alguna novedad irónica.

En la pereza mental que va difundiéndose por América, laudable es que se entreguen al público algunas sintéticas observaciones que pudiendo habérselas ocurrido a cualquiera, no todos son diligentes para apuntarlas y coleccionarlas en bien de la sociedad.

ORACIONES DE MI ALMA

Tal es el título de un claro y sincero tomo de poesías de Patrocinio Fuentes Pérez que, sin capricho alguno ni enfermizas innovaciones, rinde sus primicias de arte desde la Argentina, mostrándose optimista, cantor del

campo, de los gañanes, de los segadores, de los misterios de la selva, junto con las ingenuas ternuras del amor y las tristezas de no pocos pesares humanos. Sus ensayos no chocan por la soberbia de las actitudes usuales. Muy al contrario, son tímidos, moderados, comprensibles.

En medio de sus tentativas de arte, sabe burilar el soneto, y se cuida de que el lenguaje que emplea en la versificación sea castizo y cuando menos inteligible. Cree, sin pretensiones, que el poeta «debe ser ante todo humildemente sencillo»; que ha de levantar su vuelo ideológico para no mancharse en el fango, y que en sus estrofas ha de huír del barbarismo, que empaña tantas producciones poéticas modernas.

Como su corazón no gusta de quejumbres insinceras y convencionales, se conturba profundamente en sus elegías, (en las que el dolor ahoga al pulimento), por los que abandonaron para siempre el escenario de la vida. Resalta la rara virtud de la gratitud, al acordarse de su primer maestro con el que empezó a soñar. El le inició en los capitales sucesos de la historia. Lo común es olvidar a aquellos lejanos y arcaicos profesores y hasta menospreciarlos, desconociendo el hecho de que para escalar con firmeza los dorados peldaños de la fama, todos empezaron por pinitos y andaduras a gatas.

En su confesión de fe artística, muy honrada desde luego, abominando a los promulgadores de «la nueva sensibilidad», les consagra duras palabras, con franqueza que no gusta de atenuaciones, asombrado de que un versificador de nuestros días con quien conversó, le haya dicho, olímpicamente, que Víctor Hugo, Byron, Olegario Andrade, Lugones, Capdevila, etc., no valían de nada. Subraya que el artista ha de crear con esfuerzo, conquistando el triunfo después de remover obstáculos gigantescos. Acude a un ejemplo práctico contra los que maldicen el pasado artístico. Si se dieran, anota, falanges de enemigos de la ciencia actual que, en su testarudez, se negaran a servirse de la luz eléctrica por juzgarla cosa ya atrasada, a título de promulgar una ciencia que la reputan de vanguardia y verdadera, únicamente causarían risa verlos alumbrándose de mortecinas teas, por no pedir favor al esfuerzo de prístinas generaciones.

«La poesía, dice, ha sido, es y será, como el sol fue, sigue siendo y ha de ser, luz y calor, verso y ritmo, y para expresar sus emociones al poeta le es obligatoriamente necesario el lenguaje musical»

Interminable discusión provocaría esta manera de pensar, porque hoy día son muy libres las opiniones en arte y cada cual tiende a abolir el universal código de

belleza, forjándose uno muy personal; pero es indudable que la reacción de la crítica moderna ha salido por los fueros de la armonía de la forma. Un gran esteta, analizador de la producción de nuestros días, ha renegado de las escuelas literarias, expresando valientemente que lo único que perdura es la fuerza de la inteligencia. Burlándose de la guerra que hoy se hace a las letras mayúsculas, añade el encumbrado maestro Sanín Cano: "Eso es vanguardismo. Stefan George usa este sistema desde hace más de cincuenta años. Todas esas revoluciones tipográficas, toda esa proclamación de escuelas, no tienen importancia alguna. De las escuelas literarias, no queda más sino las obras donde haya talento. Nada más".

Volviendo a Patrocinio Fuentes Pérez, previenen en su favor muchos de sus correctos sonetos, entre los que se señalarían «*Ofrenda*», «*Blasón*», «*Los Segadores*», sin que, por esto, sean impecables.

De esta manera modesta y simplista exterioriza su devoción al llano lenguaje, instrumento de la idea:

Con las voces más íntimas que siento,
te elevo esta oración, en homenaje,
por ser tu sacratísimo lenguaje
la base principal del pensamiento,

El más fúlgido sol del firmamento
eres, y en tu fantástico paisaje,
vestido con exótico plumaje,
canta el pájaro azul del sentimiento.

Eres, frente al vivir, lúcida llama:
por tí se siente, se medita y se ama:
Contigo vamos viendo la razón....

Por eso, respetuoso, ¡oh santa ciencia!
a los sabios que cuidan tu existencia
les doy gracias de todo corazón»

LA POETISA DEL DOLOR

La humanidad vive agonizando ante esta universal palabra: el dolor. Angustia de los que sufren hondamente, sacudimiento de los que padecen hambre y frío, llanto y grito de los huérfanos, oscuras y tartáreas escenas de la pobreza, se esparcen por el mundo, sin que haya un solo país dichoso en el que se desconozca la tortura de las víctimas del infortunio.

Viaja el dolor por todos los continentes y comarcas, pregonando el vía crucis de la miseria. En algunos países, la desgracia es mayor: llega hasta la tragedia privada, como lo es la supresión de la vida por hambre, y a la catás-

trofe pública con el aumento de los desocupados.

La estrechez de recursos va cantando su elegía: el dolor, que atormenta a las almas, que nos invita al gemido, que tortura a los cuerpos, que apuñalea y sangra.

Ante los desgarradores sufrimientos, el hombre ha de sentirse más piadoso, extendiendo su auxiliadora mano a los que han menester de socorro. Si el dolor purifica, el soplo humanitario se ha de difundir como una caricia de bondad y amor. Los dantescos suplicios de la miseria han de tener la triste virtud de modificar los crueles instintos, avivando, en todos, los innumerables deberes de la vida colectiva, al recuerdo de aquel himno de armonía que se sintetiza en el amor al prójimo, en la ayuda a nuestros semejantes.

Comentando un corazón humanitario el padecer profundo de la crisis general, ha expresado que si en toda época el individuo y la sociedad, atentos a sus obligaciones de una vida de relación dignamente condicionada, están en el deber imperioso de acudir donde quiera que una solicitud de socorro se produzca, en los períodos de estrechez y de angustia colectiva, aquellos deberes han de ensancharse hasta adquirir los contornos de altruista vigilancia, minuciosa, delicada y profunda, para tener derecho a la mayor nobleza. ¿Qué título aristocrático más puro que el del corazón?

A veces nada sabemos del dolor ajeno. Silencioso pasa, quizá codeándose con los felices, sin que se pueda sospechar el drama íntimo y callado. Suele la muerte revelar el calvario de esas almas, heridas por la pobreza, burladas por el demonio de la necesidad, que asesina sin misericordia. La muerte ha descorrido el velo: queda el desolado escenario, descubriendo la estrechez de la vivienda, la carestía de todo, el cilicio corporal de aterradoras penitencias físicas y morales.

Convivimos indiferentes muy cerca del dolor ajeno, sin sospechar que la caridad puede poner muy bien su bálsamo inefable en esos martirizados espíritus.

¿Para qué citar el infinito catálogo de los genios, que fueron hijos del dolor?.

En nuestros tiempos abundan también los privilegiados seres mordidos por la sierpe del infortunio.

Como el auténtico poeta ecuatoriano Antonio Toledo, como el incomprendido y sin ventura Félix Valencia, como la poetisa de sublime amor filial Felisa Egúez, que terminó sus días en un manicomio, como el perioista y escritor colombiano Juan Coronel que tuvo igual fin, como Isaías Gamboa, la sentimental poetisa uruguaya Margarita Leal, llamada la cantora del dolor, sucumbió en un hospital de Montevideo. Larga fue su enfermedad y su agonía: falleció de consunción, víctima del azo-

te de la tuberculosis. ¿Fue, por ventura, feliz la existencia del gran Florencio Sánchez; lo fue del magno argentino Olegario Andrade?

La poetisa Leal ha dejado a las letras de América un rosario de versos en que rezarán los que sufren. Fue su primero y único libro. Se llama «El Collar de la Esperanza», compuesto en las horas en que el padecer físico y la tortura moral le daban tregua. La poetisa del dolor supo elevarse a lo sublime, con generosidad de espíritu y riqueza de sentimientos. Amargo contemplar cómo se le escapaba la vida, cómo su juventud iba agostándose, de igual rápida manera que la pura y encendida rosa que nos recuerda el poeta, para pintarnos la pompa vana de las cosas.

Lo desconcertante es que, unos meses antes, en dulce ensueño quizá de mejoría, se casó con delicado joven poeta, consagrando, con este amor romántico, un supremo sacrificio.

Margarita Leal, escribía con el corazón, dejando pedazos de él en sus bellas estrofas.

Bastarán estas cortas muestras para comprobar cuán cálidamente humanos son sus versos:

C O R A Z O N

¡Oh, cómo sentó a veces el corazón!...

Es como una fruta madura próxima a reventar

¡Oh, esta sangre amorosa que derrama en mi seno,
elixir misterioso de una esencia vital!
Corazón mío; sólo por esto te bendigo,
que aunque no eres perfecto... pero sabes amar.
(Y quién sabe, quién sabe si en amar solamente
la perfección humana de los seres está...)
A veces, cuántas veces, corazón, estás solo,
con todas tus angustias y todos tus dolores.
¿Puedes contar los sueños que acaso te dejaron
como las golondrinas que van a otras regiones?..
Y, sin embargo, esperas; y, sin embargo, amas;
y, sin embargo, tienes para todo el que pasa,
dulce corazón mío, como una flor abierta,
tu frescura amorosa y el olor de tu gracia».

LA SUPREMA LECCION

De las santas lecciones que en la hora
de las tinieblas me enseñó la muerte,
dueña de la Verdad, guardo, Señora,
una luz que me guía y que me advierte.
No soy cobarde y, sin embargo, llora
llanto de sangre el corazón tan fuerte,
cuando en el seno del silencio añora
las tenaces ofensas de la suerte.
Siempre me pareció, Señora mía,

al andar por la senda perseguida,
que sin razón tememos a la Pálida....
Cierto que tiene la caricia fría....
pero nos da la paz apetecida,
la muerte helada y no la vida cálida».

Se conturba el ánimo al palpar el cordón de tristezas evocadas por la poetisa uruguaya, que invitando está a pensar en la aterradora suerte de otro ser delicado y sin ventura de su fructífera tierra: Delmira Agustini.-

Continúa Margarita Leal con el desfile de cuitas que imploran enseñanzas a la muerte y conversan con el desgarrado corazón que, con todo, no quiere ahogar a la esperanza.

Eternas serán las flores sombrías del dolor. El, voluntariamente, abrió las desquiciadas puertas del misterio a tantos ajusticiados por el mal de sufrir, como el juvenil mexicano Acuña, que depositó su ensangrentada lira a los pies de Rosario; como los dos Silvas, el de Colombia y el del Ecuador, que pusieron tintes plúmbeos y nocturnales en la diáfana dulzura del cielo americano, encerrando, por el milagro de sus apasionadas rimas, en un puño hasta a los pechos de bronce, que no quieren dejarse ablandar por el dolor, fuego que purifica a muchos espíritus e inspira cantos inmortales.

LA VISION PENSATIVA

Está en crisis la versificación, que no la poesía, que es belleza eternal.

No falta quienes, proclamando su desdén contra el público, se atreven, con todo, a imprimir, sin duda para su so- laz, atentados poéticos que ni el oído ni la mente recrean. Creen que deshonra usar todavía el armonioso ritmo que se observa en la naturaleza y la grata rima en los versos, cuando esos requisitos fonéticos son los que les distinguen de la prosa, que también ostenta su ritmo, pero más raudo y libre, no sujeto a estricto compás, como si dijera una interpretación hábil y sentida de los vales del divino polaco Chopín.

En tanto que el renglón corto que presume de revolucionario y anárquico, no se ciña, dentro de su independencia, a alguna medida, no sea cadencioso y acaricie al lenguaje, siquiera con sus asonancias o, en ausencia de éstas, con las cesuras y hemistiquios, dejará un vacío en la musical impresión de la frase, por cuya onomatopeya lucharon poetas de la talla de Verlaine, de Darío, príncipes de la armonía imitativa.

Búsqese en todas las lenguas la definición de verso, y se verá que es melodía, ritmo, armonización, dis-

ciplina verbal. Si los pedantes se salen de la pauta trazada por los bardos insignes, de la que volvió música el exámetro de Virgilio, el dáctilo de oro de Horacio, el dodecasílabo de Rubén, preferible será leer la prosa rauda y límpida, de elegantes giros clásicos, de Montalvo; la suave y acariciadora como poema, que dominando estuvo Rodó, y hasta la polifónica y de amplios períodos de Castelar, por más que quienes no le han leído a conciencia digan que ya no se usan, porque se acostumbraron a la descoyuntada y llena de repeticiones y cacofonías de los que no saben escribir.

Se está matando la técnica de versificar, que nadie negará que es un arte. ¿Son armónicos aquellos renglones caprichosos, de arbitraria medida, insípidos, sin ritmo alguno, ni interior ni exterior, pobres de vocabulario, retorcidos en sus expresiones y abundantes en metáforas absurdas, vesánicas, que se dirían fraguadas adrede para provocar risa?

El juvenil poeta mexicano José Díaz Bolio, autor de «La Visión Pensativa», es un artista incontaminado. No ha seguido las retorcidas de los payasos de la moda y escribe con sencillez, claridad e inspiración, respetando al público y aspirando modestamente a que se le juzgue con equidad. Toma en serio la misión

de forjar versos, sin que parezca una broma o tomadura de pelo la publicación de sus poemas, cual los de tantos del montón, que escriben sin sindéresis, como empeñándose en aparentar locura.

«José Díaz Bolio, para su fortuna y la de quienes habrán de leer sus producciones, según lo observa Luis Nosado Vega, dice lo que siente y piensa, y lo dice ingenuamente para que le entiendan todos, no para que nadie le entienda»

Este es un elogio muy significativo en los tiempos actuales, tan enigmáticos e incineros cuando se trata de arte, especialmente del métrico.

Véase una bella muestra de los poemitas de Díaz Bolio:

Reunidos una tarde los dolores,
 en junta de consuelo que formaron,
 unánimes a un tiempo preguntaron
 con voces palpitantes de temores:
 —¿Hay algo más profundo que el dolor?
 El grupo dijo: — ¡No!
 Y en ese instante
 alzado en una cruz, agonizante,
 Jesucristo moría por amor....»

Estímulo para muchos jóvenes descarriados del amplio ca-

mino del buen gusto, la manera de versificar de este juvenil poeta mexicano, que, al par que conmueve con sus poesías de riqueza fonética, se manifiesta transparente, comprensible para todos.

POEMAS A MIMO

Hablar inspirados en la sutil delicadeza del amor, consignar apasionadamente algo de lo mucho que callamos, murmurar al oído de la mujer predilecta los sentimientos de ternura que se agolpan en el cerebro, es generoso deporte espiritual.

A él se consagra fervorosamente el juvenil escritor uruguayo T. M. González Barbé, que ha cultivado con primor el cuento, especialmente el gaucho.

En su florilegio de amor "Poemas a Mimo", en que desata su rauda prosa, impregnada de suave psicología, pleno de ternuras y recuerdos, piensa, ante la bien, amada que a veces sería mejor enmudecer; pero no se halla con fuerzas para soportar este suplicio. El joven idealista, en la soledad del alma, acude a la confidencia. Si desgraciado se llamaba ayer, porque no comprendía que era feliz ¿con qué nombre se designará hoy que vela el sueño de la amada y le canta con

inefable fruición y optimismo?

Insiste en lo que importa a su corazón. Nada le da que el mundo se ría de sus impresiones amorosas. Sabe traducir las intimidades del alma; transparenta lo que esta bullendo en el pecho femenino. Como agua cristalina, derrama su sér en la blancura del papel. A las tersas páginas confía tormentas, cariños, rosas de pasión, infortunios. Dialoga con su conciencia, desatando a veces a la melancolía que acrece el interno llanto. Pero reacciona, y eleva un canto a la lozana alegría. "¡La alegría que canta, la alegría que es el hada sacrosanta de la juventud, la alegría que sólo llega cuando en la vida todo es sueño y deleite y fervor y lirismo!", exclama.

Dulces cosas se le ocurren a solas, interrogando sutilmente a su conciencia. Un océano de afectuosos pensamientos le inunda. Se abisma en lo infinito del amor.

No le faltan congojas y dudas. ¡Llorar! ¡Cuántos hechos van pasando, ajenos a las eternas lágrimas!. A veces el alma se muestra marmóreamente indiferente. Si la sometiéramos a juicio nos maravillaría su dureza. Un niño que gime, un mendigo que musita, un tullido que camina a duras penas, un inválido de la guerra, una vida que es devorada, un montón de víctimas que

aplastadas quedan, ¡cuántos desastres a cada segundo! Son insultos al dolor. En el inconsciente fingimiento cotidiano, aquellas escenas diminutas pasan inadvertidas.

Pero cuando se ama, la bondad multiplica sus plegarias. En los ojos dilectos se encuentran infinitas consolaciones. Ojos que son madrigales. "Cuántas veces he visto en ellos, exclama González Barbé, la emoción que te producían mis palabras ardientes y buenas; cuántas veces he visto reflejados en tus ojos oscuros los pensamientos elevados y puros de tu corazón y los anhelos primorosos de tu alma enamorada!... y cuántas noches en ellos solamente me he embriagado de amor y de ilusión! Por eso en muchas ocasiones hablo únicamente con tus ojos cuando las lágrimas intentan empañar su brillo".

En las miradas del bien amado abundan las oraciones psicológicas que no acertamos a interpretar; las recónditas cosas que al fin son indecibles. ¡Cómo anhelamos trazar líneas, libres de la tiranía del cerebro y la gramática, ingenuas, taquigrafía del corazón! ¡Cómo se transforma, al vaciarse, el torrente interno que corre incontenible! No debería corregirse lo que se escribe con el alma. ¡Cómo limar sus dictados? No sea relamido ni profanado lo que se siente intensamente. Respetemos la verdad del alma que se nos da en for-

ma sencilla, en frases infantiles, por decirlo así.

Sentada frente a mí, te contemplo, en silenciosa adoración, le canta el poeta González Barbé a su Mimo, la mujer «sencilla, noble, buena y pura». Lee en sus ojos océanos de esperanza que iluminan su vida. Si la noche de su tristeza fue larga, el día de aquellos ojos es inundación de sol, el sol de la alegría. La quiere digna y grande.

«Como las rebeldías de mi alma, como la nobleza de mi corazón, como la sencillez de mi vida, como la pureza de mis sentimientos!... Siempre justa, siempre firme en tus ideales, siempre gloriosa en tus pensamientos, siempre magnífica en tus concepciones espirituales! Sin un hálito de claudicación, sin un átomo de desaliento, sin un momento de veleidad, sin un gesto de ingratitud!... Y grande en el amor, sincera en las palabras, profunda en tus sueños que son mis sueños»

Más que la belleza material, le seducen las prendas espirituales, las embalsamadas flores de su sensibilidad, las generosas tendencias de su cultura, la gentil aspiración de su intelecto.

Su ansia de ser bueno es comunicativa. Por esto, para la compañera de sus triunfos, quiere también inagotable bondad, que subime las excelencias del idilio, blanco cual la azucena, suave como el lirio.

EL POETA EDUARDO URIBE

LA VOZ OBSESIONANTE

Se habla mucho, en este siglo que va perdiendo el afán por las empresas bellas y desinteresadas, de la necesidad de mantener siempre encendido, como antorcha de las almas, el ideal en el mundo. El día en que desaparezcan el altruísmo, la abnegación, el deleite espiritual, caeremos en la noche de un egoísta materialismo, como si, de súbito, se extinguiesen los rayos del sol vivificante.

A los verdaderos poetas, fuertes cantores de lo que no causa hastío, les toca darnos, de preferencia, alimento ensañador que fortifique los corazones, curándonos de este mal contagioso: el exagerado positivismo, engendrador de goces groseros que marchitan las delicadas flores de la ilusión, que empañan la hermosura del arte sereno. Volvamos a la estética pura; abramos los jardines interiores en los q' se recree el alma generosa.

Tal debe ser la *voz obsesionante* que nos llame al buen camino, apartándonos de las encrucijadas donde Calibán asecha con su piara de feas pasiones. Eduardo Uribe, juvenil poeta, hijo de don Juan de Dios Uri

be, * el formidable prologuista de los versos de combate del ilustre antioqueño Antonio José Restrepo, nos envía desde San José de Costa Rica, donde reside, un fascinador tomito de poesías: *La Voz Obsesionante*, que nos invita al dulce ensueño. No dejemos que haya tan blanca mariposa, ni menos que sea presa «del pico del pájaro fiero».

Si el dolor nos persigue, escudémonos con el ideal, que protege los más generosos brotes anímicos.

Si, como dice Eduardo Uribe, somos *copas vacías que llenará la vida con néctar o veneno*, preferible es luchar porque esos recipientes, que al correr de los años quedan rebosantes, no contengan acíbar sino la miel de los ideales.

Autor de sentimentales nocturnos, Uribe canta, junto con la emoción del paisaje, las más noble cosas. Medita en el silencio de la noche, y derrama su cofre de elogios para la mujer, la música, la flor.

Nos comunica la añoranza del afecto que se alejó, «la pena de un amor distante». Le preocupa el recuerdo de Florencia Rouge, cuyo retrato va trazando con vivos colores.

* *Este robusto talento se apagó durante la primera administración del General Eloy Alfaro, allá por 1900. Sus restos durmieron un día el sueño eternal en el cementerio de Quito, a las faldas del Pichincha.*

Siente el terrible atractivo de la bohemia, pero sabe condenarla con energía.

«Maléfico inquietante de la bohemia: abismo y cima al mismo tiempo, bifurcación forzosa al fracaso y la gloria... inefable idealismo del harapo orgulloso y la vida azarosa.

Bochornosa bohemia que en angustia he vivido por la zozobra triste de una incógnita pena,

dice Uribe, arrepentido de tan repugnante compañía, re negando de los camaradas pícaros y groseros, de los golfos de apariencia decente que llevan el insulto en los labios o la obscenidad les brota del corazón.

Pasajeramente le abrumba el desconuelo, en composición hastiada y desgarradora, que parece haberse inspirado en el desencanto de las cosas, y que se diría una protesta contra la farsa social. Ante tanta insinceridad, se siente misántropo. La temprana amarga experiencia le ha apresado entre sus garras. Huyendo de la sociedad, quiere aislarse. Pronto pasará la ráfaga de despecho, porque, al fin, la juventud reacciona y con más brío cuanto más poesía rebosa del pecho, acariciado por la armónica nota de sus nocturnos:

«Irrumpe, en el silencio de mi dolor, un grito que excita mis sentidos y afina mi tristeza,

flagelo luminoso que con poder maldito
 cilicia mi cerebro y en mi fastidio pesa.
 Languidece mi cuerpo ceñido de cadenas
 con que la vida me ata y restringe y domina;
 mi juventud se agosta en la malla de penas
 con que el fracaso vela su desnuda rutina».

Se confirma el anhelo de esperanza que presumíamos en este hermosísimo soneto, bálsamo para sus tempranos dolores. Es uno de los brotes más generosos y sentidos de su espíritu que un instante se doblegó al desfallecimiento.

Se intitula:

ESPERA

«Sé que vendrás, no importa tu tardanza;
 aguardo convencido tu llegada,
 pues percibo las auras de esperanza
 que anuncian tu venida, dulce amada.
 En mi dolor serás una romanza
 y en mi noche una núbil alborada:
 ¡blanca, muy blanca estrella que no alcanza
 mi corazón; te sueña aprisionada!»

Basta con los delicados cuartetos transcritos.

Entrando en la psicología del juvenil poeta, notamos que efectivamente su desfallecimiento es pasajero.

Su vigor es para la lucha: su temperamento no se acobarda, por más que la dura suerte le esté descargando golpes despiadados. Otro es su espíritu soñador, enemigo de que la inacción y el esplín le ahoguen entre sus brazos. Por algo dice que nació con espíritu aventurero. En sus andanzas, no se le ha vuelto amargo, con la hiel de los desencantos, "el corazón inerte de dulzura". Su confesión de fe se sintetiza así:

«Yo nací con instinto aventurero....
Me gusta desafiar todo lo fiero
y sufro paroxismos de ternura.
La quietud me atormenta; no tolero
blanda vida tranquila, ni me augura
sosegada existencia ni la espero
mientras incube mi alma la locura».

Como los sentimientos se desbordan, también las ideas y deseos que van cambiando con la volubilidad de la ola, a medida que los diversos estados de conciencia se reflejan en sus versos que al fin hallarán el sereno reposo. No en vano la experiencia le prodiga duras lecciones que es difícil olvidar. El estilo correcto de Uribe y la clara exposición de sus pensamientos, serán aprovechados mañana en poemas de alto vuelo que canten

a nuestra América y revelen sus problemas y galanuras, sus costumbres y bellezas.

En "*La Voz obsesionante*" hay tela para un magnífico poeta, diáfano, comprensivo, libre de las obscuras tentaciones del enigma, de la paradoja y de la metafórica descoyuntadas y extravagantes.

Si escucha el imperativo de su vocación que le ordena viajar por las regiones del sentimiento y la hermosura, los visajes del hastío no le provocarán con sus muecas despectivas.

La juventud optimista concluye por triunfar, en medio de la indiferencia circundante o la hostilidad de los que no encuentran aplicación para el arte desinteresado y puro, voz obsesionante de los que pulen su alma en los talleres de su alcázar interior, sustraídos a la grosería del populacho, por más que vista de etiqueta.

ATISBOS

De la simpática Costa Rica, laboriosa como una colmena, me llegó bello libro de versos del juvenil poeta Eduardo Uribe: "*La Voz obsesionante*". Esas primeras y artísticas palabras de Uribe, daban a conocer sus anhelos, sus gustos y la sencilla técnica del sentimental evocador de emociones a quien a veces gritos de re-

beldía le sacaban de la quietud eglógica.

Esto era en un ayer muy cercano. Hoy, desde Buenos Aires, revela Uribe en sus "Atisbos" los adelantos en el detenido pensar que el mundo, la visión de otros países, la experiencia de la vida, han operado en el espíritu.

La canción que ahora él anota "es el hondo deseo, necesidad, urgencia, de aprisionar, fielmente, el matiz, la cadencia con que se desenvuelve mi canción interior; es imagen, es música; yo soy sólo el cantor". Se muestra optimista y sigue con alegría el ritmo infinito de las cosas. Su dualidad filosófica le impulsa a dar paz a su corazón y redimirse, por medio del arte, por la magia del verso, del mal y de los bajos procederes.

Aun en sus momentos de desconsuelo, formula esta confesión:

«Las veces que la vida tiene suave
fulgor de aurora, soy festivo niño.
Jovial el corazón, es como un ave
que celebra la vida con cariño»

Reconcentrado en el grave gestar de su pensamiento, medita; pero hallando la cárcel estrecha, quiere que sus ideas cobren mayor vuelo, aspira a que sus alas sean fuer-

tes, se desespera por salir de su prisión mental, divaga, sueña; está ansiando una augusta ascención inmortal, conducido por los ágiles y vigorosos remos del verso.

De sus «Atisbos», que llegan sin recomendaciones ni prólogos ni colección de laudatorias, señalaremos esta modalidad del poeta, que es delicado programa ético:

PIEDAD

Acendrada piedad para las cosas
 enaltezca tu vida diariamente;
 el árbol cuida, goza de las rosas,
 y no enturbies el agua de la fuente.
 Para las aves y las mariposas,
 y si puedes también con la serpiente,
 que tus manos se muestren bondadosas.
 A nadie trates despiadadamente.....
 Olvida el daño que te fue inferido,
 como si nunca hubiéraslo sufrido,
 que la piedad exalta la nobleza.
 Aunque tu corazón siempre reciba
 sólo maldad, con ser tan agresiva,
 en nada se relaja tu grandeza».

¿Verdad que la juventud atisba delicadamente las claras fuentes del corazón?

El soneto transcrito está impregnado de un sen-

timiento tal de piedad, que parece compuesto por el humilde poeta, de seráfica humanidad, que trató como hermanito al sol y que ingenua y suavemente hablaba a los pajarillos y a los peces.

Uribe implora compasión para las aves, las mariposas y aun para las serpientes rastreras.

De la batalla que el artista sostiene con las incruentas palabras, en la lucha por exteriorizar su pensamiento, de la dolorosa "gesta de la forma" ha dejado Rodó elocuente y psicológico trozo. Así Uribe nos narra el tormento de pensar y el noble triunfo después de que se han fijado los conceptos.

Sobre los méritos apuntados, flota gran modestia al llamar simples "Atisbos" a los que son, no sólo miradas recatadas, sino profundas visiones de amplios panoramas, brotadas hermosamente desde muy adentro del pecho.

EL PUEBLO DEL SOL

La vida aborígen americana del período anterior a la conquista y después todo lo relativo a las sangrientas luchas contra los invasores españoles, serían temas interesantes para la novela que con justicia ha de llamarse precolombina, honrando a la protohistoria americana.

No ha sido muy explotada todavía en América la novela de este género. Más bien la poesía y la leyenda han sacado partido de las narraciones indígenas de épocas remotas. El drama ha ensayado sus armas en el estadio azteca e incásico, reproduciendo en la escena las figuras imperiales de Motezuma y Atahualpa y de sus bravos capitanes, de preferencia.

Del grandioso imperio del Sol habla, con caracteres épicos, el escritor peruano Augusto Aguirre Morales, que ha relatado al Nuevo Mundo las terribles contiendas incásicas, las sangrientas rebeliones y los bárbaros castigos que elevan la novela a la altura de la tragedia, en la que los nuevos Prometeos, los capitanes Chinchas, son condenados a suplicios como los del Tártaro. A los hermanos Kumtis se les arranca los ojos, a otros guerreros se les extraen los dientes, al de allá se le mutila sin piedad, y al estratega de la rebelión, el profético

Chinchaymanku, se le precipita en la eterna sombra mental, idiotizándole por medio de una tóxica bebida de tristes efectos.

El cuadro sancionador, lleno de sombrías pinceladas, parece terrorífica evocación dantesca o de los ajusticiados mitológicos. Aguirre Morales consigue emocionarnos, como durante los espectáculos de la máscara esquiliana cuentan q' lo patético sacudía a las muchedumbres. Desfilan los esplendores del Pueblo del Sol, el paso del Monarca con su corte reluciente, las costumbres guerreras, los aparatos bélicos, la vistosa indumentaria, las armas, las emboscadas y venganzas, el temible cuchichear de los espías. En medio de tanta animación, se levantan las figuras de la nobleza, de los jefes, de las princesas, revividos con magistrales pinceladas, que darían temas elocuentes para variados lienzos aborígenes. En torno del batallar, se teje apasionada trama amorosa, en la que los celos derraman iracunda bilis.

¡Y cómo pelean los rebeldes Chimpichuilcas, en ese desesperado esfuerzo de sacudir la coyunda de los Koskos! Admirables pasajes, descritos con sobria pluma sin artificios, transmiten la impresión de la peregrina y feroz naturaleza de esos días, enriquecida por exótica flora y abastecida de una fauna rara en ejemplares domés-

ticos, entre los que sobresalían el llama y la vicuña.

El arte, obrando prodigios de naturalidad, nos proporciona la ilusión de vivir los tiempos idos, sin apartarnos de los que la legendaria historia nos enseña.

Para comprobar nuestras afirmaciones, desearíamos reproducir muchísimos trozos, pero la copia sería inacabable. Preferible es que el lector beba la épica belleza en la propia fuente, clara e inagotable, que inspiró a Aguirre Morales.

Sobrecoge los espíritus la carcajada homérica de Chinchayamanku, el inconsciente que se aparece como fantasma vengador, como infernal silueta, en los momentos más solemnes y peligrosos, cual el «maravilloso» de las clásicas epopeyas.

Si todavía la palabra indio es un insulto en algunos pueblos de América, el orgullo de documentos como el desdoblado por Aguirre Morales, cambiará en honor descender de los hijos del Sol, al que se dirigían en sus hieráticas plegarias; de una raza vigorosa, familiarizada con las altas cumbres visitadas por el rayo y con la espesura de los bosques virginales; eminentemente astuta, señora legítima de la tierra, que sabía distribuir en bien de todos; acostumbrada a soportar las inclemencias del cielo, las tormentas andinas y la

variedad de climas, diestra para los interminables viajes a pie, vencedora de la fatiga sobrehumana, experta en la pesca y en la caza, dueña de dilatadas comarcas que beneficiaban a la comunidad, membruda y emprendedora de obras gigantescas, amasadora del oro y del granito, poseedora de múltiples y admirables secretos de la naturaleza. Los indios son la aristocracia auténtica, sin máculas ni caídas vergonzosas, sin usurpaciones traidoras ni miserias degradantes. Sus vastas conquistas no llevaron a cabo con presidiarios ni porquerizos, sino con reales súbditos que gustosos entregaban la vida por su soberano. El brusco choque de dos civilizaciones les detuvo en su carrera y les abatió. Vieron que de su creencia se hacía burla sangrienta y que se les imponía una nueva, que algunos implantadores comenzaban por profanarla inicuaamente. De gobernantes y amos, pasaron a ser esclavos y limosneros en sus vastos dominios.

Propagar el limpio y sorprendente pasado de la raza aborigen de América es salir por los fueros de la dignidad humana. Si hay nobleza, a ella le pertenece de derecho. Borrados los pobres prejuicios que han denigrado a los indios, se palpará que la especie humana cuenta en el Nuevo Mundo con respetables abolengos.

Las estatuas a los magníficos caudillos y representantes de la raza india, a sus guerreros ilustres, a



civilizadores, a quienes la espontánea visión de las cosas les iluminó sencillamente, deberían abundar en América. No lloremos la elegía del indio: cantemos el himno de su prístina grandeza, empeñándonos en que, por la educación, la reconquiste. Por esto, obras como *El Pueblo del Sol* son saludables: difunden un soplo vivificante que en vano ha querido ser desvanecido por tendencias quijotescas, que intentan echar lodo sobre lo auténtico que en un ciclo fué y que plantas extrajeras lo aplastaron.

Con detenido estudio del medio ambiente, el novelista Aguirre Morales traza verídica y hermosa tela mural de la nobleza de los incas, son sus *AUKIS* o príncipes solteros, sus *ÑUSCAS* o princesas, sus títulos honoríficos como *APU*, *KAPAC* y *ASAMPA*.

Bien definida la esfera de las autoridades civiles y religiosas, y las magnificencias del culto que se elevaba al radiante Inti o Febo de otras mitologías. Allí las grandes fiestas como la del Rami y la Uaraku.

Se ha expresado que el paisaje tiene alma. Con ella ha convivido el novelista incásico, para copiar la realidad, en el afán de poner ante nuestros ojos la fiel visión andina. Su labor literaria, parca e impregnada del perfume de la sinceridad, es como interesante película del poderoso Imperio en ruinas. Por ellas, por sus fortale-

zas , por lo que de sus palacios queda, por su vajilla, por su arte decorativo, se alcanza a reconstruir su viejo esplendor. Fundamentalmente, las fuentes de la historia han acrecido el caudal de los hechos, gracias a esos monumentos incontrovertibles, que son asombro de la ciencia arqueológica.

Los bien perfilados tipos que heroica y apasionadamente entran en acción en *El Pueblo del Sol*, merecerían capítulo aparte, porque vienen a ser la comprobación del esmerado análisis del novelista que ha revuelto el empolvado archivo de los conquistadores de América, se ha familiarizado con los cronistas de Indias, respaldando la exactitud histórica del marco de su libro feérico, que tonifica a las obras de este género, con respetables documentos que acreditan los esplendores de una civilización interrumpida en su desenvolvimiento y apagada por la fuerza. Pero renacen los estudios autóctonos, como se mira en la campaña que sostiene México y en lo que actualmente se enseña en las escuelas peruanas, gracias a la filantropía del señor Larco Herrera y a la faena de una maestra de Lima que ha preparado preciosos álbumes escolares, inspirados en la pintura incásica.

En rápida impresión bibliográfica no es posible, por desgracia, transcribir cuantas observaciones apunta

el crítico admirador del arte, que relieves tan fundados y hermosos presenta. Ingenuamente el autor, sin que le importe una higa la vanidad humana, relata su evolución literaria que dejó atrás lo postizo y superficial para consagrarse a profundizar investigaciones americanistas, acercándose, con veneración, al tabernáculo de la verdad, que no admite a los falsificadores.

Aguirre Morales ha triunfado al fin. Su novela *El Pueblo del Sol* es una de las obras que se graban hondamente en la memoria y que emocionan por su fuerza evocativa, convidando al lector a declarar, cual fruto de su honrada convicción, que constituyen un monumento perdurable en la literatura americana.

EL DOCTOR JOSE SANTIAGO RODRIGUEZ

ELEMENTOS DE DERECHO ROMANO

El erudito profesor, doctor José Santiago Rodríguez, que con aplauso ha hecho oír su voz sapiente en aulas universitarias, es el Ortolán de América. Profundo en derecho romano, los dos magníficos tomos que modestamente llama elementos de la ciencia que codificó el memorable Justiniano por medio de ilustres varones como

su maestro Triboniano y los que brillaron como profesores en Constantinopla, Teófilo y Doroteo, son alto testimonio del tiempo que ha consagrado el doctor Rodríguez a dominar la materia, desentrañando, con método y claridad, las doctrinas del Digesto, del Código, de las Institutas y Novelas. Desde las primitivas formas, las «más rudas y musculosas», se eleva a las regiones sublimes de la psicología y de la armonización social y humana.

Abisma entrar en la sagrada selva de leyes de ese pueblo eterno que supo conquistar al mundo para gobernarlo, abriendo sus puertas a todos, hasta a los bárbaros, dando facilidades para la ciudadanía romana y mostrándose al mismo tiempo tan severo en los actos de la disciplina, especialmente doméstica, y de la propiedad.

Después de explicar ampliamente el doctor Rodríguez los diversos significados de la palabra derecho (just) en Roma y su discutido origen, que hasta divinamente hacen descender del Olimpo, como lo era el Fas, recuerda muy bien las definiciones de justicia y jurisprudencia, debidas al famoso jurisconsulto Ulpiano: "la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su derecho", la primera; y "el conocimiento de las cosas divinas y humanas y la ciencia de lo justo y de lo injusto", la segunda.

Resalta su competencia al resumir, de acuerdo con la nomenclatura de Gayo, las fuentes de la legislación romana, esto es, la ley, el plebiscito, el senado—consulta, las Constituciones Imperiales y las respuestas de los prudentes.

¡Con cuánta sagacidad el preclaro compatriota de Bello entra a dar cuenta de las magistraturas romanas, desde la realeza hasta la cuestura, de su organización jurídica, de las formas, ritualidades y sistema procesal! Crece su entusiasmo histórico cuando penetra al célebre santuario de las Doce Tablas, para ocuparse en los admirables trabajos de reconstrucción.

En su honda y hermosa lección inaugural, contesta, ante selecto grupo de jóvenes ávidos de escuchar su sermón laico, como aquel del Próspero de Rodó, saturado de unción y de enseñanzas, a esta pregunta: ¿"Por qué debemos estudiar nosotros, los juristas de ahora, la vieja legislación romana?" En un corazón con Eduardo Cuq, responde, saboreando la médula histórica que nutre y señala bases: «Porque los romanos fijaron a perpetuidad las categorías del pensamiento jurídico», y con el distinguido romanista argentino doctor Pedro M. Oliveira que afirma que «el derecho romano ha llegado a ser uno de los elementos de la civilización moderna». En

consecuencia, el fundamento es indiscutible. «Lo que pudiéramos llamar las grandes líneas directivas de cada institución, las trazó magistralmente el derecho romano», observa el doctor Rodríguez. Y agrega: «En materia de contratos, es todavía más provechoso el estudio del derecho romano, porque Pothier tomó de éste la maravillosa teoría clásica de las obligaciones: de allí pasó ésta al Código Napoleón y al derecho italiano, y nuestro derecho, al reproducir a éstos, reprodujo, por consiguiente, la teoría romana».

¡Con qué fervor pondera su tecnicismo, que acertadamente denomina inmortal, al comprobarlo a cada paso!

Crece el supremo interés en las páginas del derecho romano trazadas magistralmente por el doctor Rodríguez. «El estudio, hecho así, del derecho romano, es fuente de grandes enseñanzas, porque llegamos a desterrar de nosotros mismos el concepto de que la ley escrita puede ser el Derecho, y de que la filosofía y no la sociedad misma, pueda crearlo, y que esa creación pueda ser artificial y no otra cosa que la expresión del estado social. Cuando estudiéis las instituciones jurídicas de Roma, encontraréis cómo van impresas en ellas las huellas de los elementos etnológicos que la com-

ponen, y los cambios que va experimentando su estructura social. Los poderes exorbitantes del pater familias, en los primeros tiempos de la evolución jurídica, sobre los hijos sometidos a su patria potestad; los del marido sobre la mujer que está bajo el poder *manus*; *in manu mariti*, que decían ellos, cuando está ella en perpetua tutela y no se columbra todavía su emancipación jurídica; los derechos, también exorbitantes, de acreedores sobre el deudor, que sobrepasan los límites imaginables, todo ello revela la psicología del latino a quien inspiraban veneración los principios del poder y de la fuerza».

¿Cómo seguir al profundo maestro en su amplio e interminable camino, perfectamente autorizado y documentado, donde se encuentran las personas, cosas y acciones, inclusive las distintas agrupaciones de interdictos, que para los romanos eran los objeteos del derecho? El autor de los *Elementos de Derecho Romano* cita varias veces el Código Civil de su patria, lo pone a tono con la historia, lo ilustra y armoniza, y se apoya, además, en vasta bibliografía de profesores que fueron cumbres en la materia, como Ortolán, Bonfante, Sherman, Muirhead, D' Aguanno, Girard, Accarias, Lariche y Bonjean, etc.

En estas breves líneas hemos querido tan sólo de-

mostrar nuestra simpatía al insigne expositor del Derecho Romano, maravilloso en sus resoluciones y doctrinas, que todavía son la antorcha jurídica del universo; en la legislación, señora del orbe, cual en los áureos tiempos de su viejo imperio.

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA GUERRA FEDERAL EN VENEZUELA

Es de trascendental interés, por la similitud de actitudes y las funestas consecuencias de la sangrienta porfía, no sólo en los fastos de la historia venezolana, sino en este tumultuoso Continente que no se sacia de segar vidas fraternas, la *Contribución al estudio de la Guerra Federal en Venezuela*, del doctor José Santiago Rodríguez. De ella se desprenden elocuentes lecciones que nos incitarán, sin duda, al amor a la disciplina, el orden, la paz y la armonía de los ciudadanos.

Punto por punto, con riqueza de documentos, sigue las duras jornadas en que actuaron los Generales Monagas, Sotillo, León de Febres Cordero, Falcón y otros que con sus fuerzas, mantenidas en distintas comarcas de la patria de Bolívar, causaban honda inquietud y encendían la guerra civil. Después de pintar el implaca-

ble desborde que como inicuo y aniquilador torrente, aumentaba el caudal de las ambiciones, se detiene a considerar la Dictadura del General Páez y luego los desesperados empeños por asegurar la paz en la República, víctima de tantos infortunios que convidaban a meditar en que los ideales de la independencia se habían evaporado como sutil perfume, dejando envenenada la atmósfera.

Venezuela era un volcán. Las explosiones de otros países también causaban alarma, porque el morbo de la revuelta todavía llevamos en la sangre, aun pasada la primera centuria emancipadora.

En la tierra del Libertador, la corrupción política desconcertaba; la desunión acrecía los males de la heroica República, combatida por el desenfreno de la prensa y de las pasiones; "la anarquía había llegado a su colmo; y Venezuela aparecía como nave incendiada navegando en alas de la borrasca sobre un mar de sangre, sembrado de escollos, además", en frase patética y gráfica del doctor José Santiago Rodríguez. Agrega que «no había nada entonces que no fuese trágico».

Con religioso respeto ha entrado el autor en el valioso archivo de su abuelo de idéntico nombre, el Licenciado José Santiago Rodríguez. Le sirve de base el

tesoro epistolar del ilustre político que sirvió a su patria dentro y fuera de ella, experimentando enormes «pérdidas y sufrimientos», como consignaba la carta de su muy amigo, el Licenciado Siso. Su visión política le hizo columbrar, con matemática exactitud, apenas contemplara que el General Monagas iba en busca de asilo a la Legación Francesa, “que comenzó la guerra civil en Venezuela”. ¿Cual sería el final de la tragedia?. No creía alcanzar a verla, dejando el desenlace a las generaciones.

De la copiosa documentación del influyente Licenciado—tesoro de evocaciones—toma el laborioso nieto los numerosos aspectos que relacionan con la vida pública venezolana, cuidando de apartar—en su serena marcha hacia la verdad—todo aquello que la intransigencia y el proselitismo, el furor de la bandería y el prejuicio, pudieran desviarla. Para la realización de tan difícil obra, el esfuerzo desplegado resulta gigantesco. No de otra suerte los titanes de la mitología removían las montañas y las quitaban de su paso. Se admira el sostenido sentimiento de imparcialidad, que no se deja influir por el afecto ni el cariño, si bien pone, como miel en tanto acíbar, dedadas de bondad al juzgar dictaduras como las del General Páez, que desapareciera con el convenio de Coche, y del General León de Febres Cordero,

por voluntad del Ejército de Puerto Cabello.

Despejada la selva de resistencia y prejuicios de sombría época, halla recto camino para la crítica de los hechos, que tanto contribuirá al ahondamiento de la historia general de Venezuela.

Toma la fundamentada narración su origen en la épica lucha de la independencia, con sus enseñanzas democráticas, agregando al cuadro algunas pinceladas coloniales. Así arriba, en nave segura, aunque combatida, a las costas de la ansiada paz, después de practicar el análisis del salobre oleaje, el recuento de las enfermedades morales y de la tremenda perturbación social en el período, por fortuna no muy largo, de la guerra federal venezolana.

El doctor Colmo en Buenos Aires y el profesor Samuel Guy Inman en Nueva York, han estudiado a la América revolucionaria y las causas de la mortífera epidemia, movidos por el santo anhelo de la paz y el mejoramiento continental, con la fe en sus destinos.

Así ha procedido el doctor José Santiago Rodríguez, penetrando en el laberinto de las leyes y de las costumbres, para confirmar la fidelidad del pensamiento de la moderna filosofía sustentadora de que "la legislación de un pueblo, por adelantado que sea, letra muerta resultará en

la práctica, si esa legislación no es el reflejo de lo que pudiera llamarse la conciencia social”.

NOTA.

En la floreciente Venezuela que, a pesar de la crisis económica que afecta al mundo, ha sabido mantenerse de pie, mediante el prestigio de su moneda, la multiplicación de sus industrias, la abundancia del negocio ganadero y agrícola, la actividad comercial que ha permitido, sin ahorros ridículos, mermas de sueldos ni recortes presupuestarios, guardar en la Tesorería Nacional casi un centenar de millones de bolívares, como superávit sorprendente; en la rica Venezuela de estos días, próspera y feliz, el sabio Director de la Academia Nacional de la Historia, doctor José Santiago Rodríguez, ha hablado cordialmente a la América en su fecha clásica, saliendo por los fueros de estos países, a fin de que se les reconozca el altísimo grado de civilización y cultura que han alcanzado, que se les haga justicia, que se les estudie sin tutelaje alguno, valorizando los ideales que engendraron la revolución americana que coronó su independencia, tras titánica lucha.

El doctor Rodríguez, profundo conocedor del Derecho Romano, comentó su ciencia y evolución eruditamente, en dos gruesos volúmenes, que la crítica levantóse a aplaudir. A estas labores de cátedra, ha

unido sus búsquedas históricas. Acaba de legar al Continente su documentada «Contribución al Estudio de la Guerra Federal en Venezuela», mediante la cual se conoce un turbulento período, teñido en sangre y lleno de peripecias, de la vida pública de la patria del Libertador.

Y ahora, en resonante acto académico, refresca la ideología bolivariana y se pronuncia por la abolición de la guerra y el rechazo de todo instrumento de conquista. Evoca a la Gran Colombia, con los principios espirituales que la informaron y toca el asunto palpitante de las diferencias limítrofes en el Nuevo Mundo, que han empurpurado su suelo y enardecido sus hecatombes. Confía en el porvenir de América y en la fe de sus hombres más representativos.

He aquí algunas de sus elocuentes oraciones, que son de tanta actualidad, en esta hora difícil para varias naciones del Continente:

«No importa que haya desaparecido la Gran Colombia que fué la más trascendental de sus concepciones geniales: esa desaparición fué un simple accidente de la vida de las naciones, que tuvo sus poderosas causas que satisfactoriamente lo explican. Lo que es esencial que siga existiendo, es la idea de solidaridad que inspiró aquella alianza, que solamente busca hoy la forma práctica y perenne de entendimiento recíproco y de cooperación que asegure su triunfo no ya con respecto a tres pueblos, sino con relación a todos los

pueblos de América.

«La semilla que se plantó a las márgenes de nuestro Orinoco, y que fué extendiéndose como un tapiz de esmeraldas, desde las riberas de Angostura hasta las márgenes del Magdalena y del Guayas, es ya el bosque sagrado que riegan con sus aguas milagrosas todos los ríos del Continente. En todos los parajes de nuestros pueblos de origen hispánico, la unidad racial eleva su voz para proclamar los mismos ideales y se tienden los brazos de todos ellos en ademán de estrecharse. Las diferencias que hoy existen entre algunos de esos mismos pueblos, no son definitivas, sino transitorias. Las guerras que hoy ensangrientan el suelo de dos de las naciones del Sur, y las nubes cargadas de rayos que ensombrecen el cielo de otras más al Norte, no son guerras de conquista en las que la espada de Breno se encargará, en manos del vencedor, de trazar la extensión de las fronteras. No todos los pueblos de América han tenido la fortuna de que el cerebro y el corazón de un estadista palpitantes de noble y elevado patriotismo y con una visión tan dilatada que se perdía en los remotos confines del porvenir, como pasó en Brasil, arreglase pacíficamente el problema de la delimitación del territorio, como lo primero que debe saber un pueblo para defender luego con todo desnudo y con su sangre, si es preciso, ese mismo territorio que le servirá más tarde de órbita al desarrollo de su cu

tura. Las guerras a que se ha aludido son en el fondo la expresión muscular de un litigio que tiene esa estructura cuando el proceso jurídico de las Naciones no ha llegado a alcanzar la forma espiritual del arbitraje, que constituye el vértice de ese mismo proceso. Cuando en América la fe en los Jueces sea mayor que la fe en el soldado, serán dirimidas sus controversias por medio de Tribunales formados, no por medio de jueces extranjeros, ajenos a sus necesidades, ambiente y psicología, sino por Magistrados de su propio seno que sí conocen ampliamente todos estos factores. Por esto decíamos al comenzar que lo que debe hacerse es levantar el corazón de América para que confíe en la capacidad de sus hombres y en la virtualidad de su propio destino».

En los primeros días de enero de 1.935, estuvo en Guayaquil, de paso para Lima, invitado como huésped de honor a las fiestas centenarias de la fundación española de la Ciudad de los Reyes. Llevaba cálido mensaje de confraternidad de la Academia Nacional de la Historia al Instituto similar peruano. Lo presentó con fervorosa alocución enaltecedora de la tierra que le recibía. También pronunció encomiástico discurso en el acto de colocar una ofrenda floral sobre la tumba del prócer de la independencia americana doctor Hipólito Unanue. (Boletín de la Academia Nacional de la Historia, de Caracas, número 69.—Enero—Marzo de 1.935.)

Tenía vivos deseos de visitar a Quito; pero el tiempo le vino estrecho. A su arribo a nuestro puerto principal, dirigió un cordial saludo a algunos caballeros de la Capital, entre ellos a los Srs. Dr. Luis Felipe Borja, Alejandro Andrade Coello, Hugo Moncayo, Abelardo Flores, etc., en los términos siguientes:

«De paso para Lima y profundamente lamentando no tener tiempo de subir hasta la heroica Quito, complázcome en enviarles mis más expresivos y cordiales saludos.—José Santiago Rodríguez».

En vísperas de su viaje, la Academia Nacional de la Historia rindió fraterno homenaje al publicista colombiano Torres Caicedo, acto en el cual el Dr. Rodríguez pronunció el discurso de rúbrica, notable pieza oratoria en la que estudia la personalidad del polemista y escritor que trazara la «Unión Hispanoamericana» «que fue el libro que encerró, como en cofre precioso, el tesoro de su ideario americanista y de sus nobles esfuerzos por el mutuo y estrecho acercamiento de nuestros pueblos».

Le siguió en su fervoroso culto al Continente, al que defendía con amor de leal hijo, tratando de atenuar hasta sus frecuentes revoluciones.

«Las guerras civiles en los estados latinoamericanos—escribía, según ha citado el Dr. Rodríguez—si presentan algo de terrible, también presentan mucho de grande y de noble, por más que se diga: tien

den a alzar el templo del orden, de la libertad y de la justicia”.

Destacó su virtud de pensador, la firmeza y sinceridad de sus idealismos, “siempre puros y risueños, como mazos de flores que hubieran colgado, polícromas y frescas, de los balcones de su espíritu”; sus anhelos por la formación de una liga latinoamericana, defensa de unión y de armonía; su interés y cariño por la vida política venezolana y el progreso de la República, a la que, con entusiasmo, defendió en Europa, desde las columnas de «El Correo de Ultramar» y «los principales y más influyentes periódicos» del Viejo Mundo.

El Dr. Rodríguez supo condensar la gratitud y admiración venezolanas al diplomático y escritor que honra la galería de varones notables de la América, pese a la severa crítica del Dr. Gómez Restrepo.

EL DOCTOR CECILIO BAEZ

FILOSOFIA DEL DERECHO

El erudito publicista doctor Cecilio Báez, que ha sido Presidente de la República del Paraguay, Rector de la Universidad de Asunción y profesor de su Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, ha publicado, en obse-

quiu de la juventud a la que alecciona desde la cátedra, varias obras y textos de Derecho Internacional, Romano y Civil, y otros importantes estudios y conferencias sobre temas de política americana, historia del Paraguay y sobre todo de crítica de la opresión del doctor Francia y de otras dictaduras en la América del Sur, etc. Algunos de los trabajos del doctor Báez han sido traducidos al francés y a la lengua inglesa.

Uno de sus libros más modernos es la "*Filosofía del Derecho*", en el que, con claridad y método, recorre desde las concepciones naturalistas de los hombres primitivos, las especulaciones de los antiguos y las remotas nociones filosóficas, hasta los abundantes sistemas modernos, exponiendo lo que han concebido los filósofos de las diversas escuelas acerca del Derecho y sus fundamentos. Desentraña las doctrinas positivistas y sus caracteres, según Comte y Spencer, hasta llegar a la filosofía idealista contemporánea, con Bergson y Boutroux. Estudia, además, con igual orden y sencillez, comprensible aun para las mentes que apenas han saludado estas materias, las disciplinas éticas, los fenómenos activos, la nomenclología primitiva, la moral evolucionista, las legislaciones clásicas, las ciencias políticas desde Aristóteles hasta el origen de las libertades inglesas, las insituciones so-

ciales, la determinación del concepto de derecho y de sus funciones, la justicia y el orden jurídico, las diversas teorías éticas acerca de la justicia dentro de las principales escuelas, la noción del orden social y del derecho, la teoría de la libertad, las íntimas relaciones de las ciencias sociales, los derechos individuales, el conocimiento del Estado antiguo y moderno, las conexiones entre los Estados y los derechos políticos que les asiste, con sus recíprocos deberes, etc. Apartándose de las ideas metafísicas, se empeña en explicar el Derecho conforme al sentido de la realidad, fiel al principio de la justicia social, sobre la base «de la libertad natural, de la igualdad y de la solidaridad entre los hombres». Advierte, resueltamente, que expone una filosofía jurídica realista, sin menospreciar, por esto, la idealista denominada Derecho Natural. En la división de las ciencias, toma en cuenta únicamente, como es lógico y concreto, la Deontología que abraza la religión, la moral, el derecho, el Estado político, las instituciones jurídicas y sociales y la ciencia económica general. Alienta visiones optimistas acerca del destino de la sociedad humana y de su mejoramiento. «El Derecho, dice, no es una invención de la naturaleza. El Derecho no es más que un fenómeno humano social, y como tal, decimos que la Filosofía del Derecho es

una ciencia especial que tiene por objeto estudiar las condiciones de la vida social para promover racionalmente la reforma de las instituciones políticas, sociales y jurídicas, con el intento de favorecer el desenvolvimiento progresivo de la personalidad y de la sociedad humana bajo la garantía y salvaguardia del Estado, instituido éste como órgano del Derecho».

Pónese de relieve el vasto saber del Dr. Báez al compendiar, en forma transparente y pedagógica, cuánto, al través de la historia y de la filosofía, se ha andado en el camino del Derecho y los esfuerzos de los pueblos para fijarlo con arreglo al orden de conducta, obligación y moral, garantizadores del perfeccionamiento y cooperación humanos. Después de copiosa labor ilustrativa, avanza, sin fatigarse, a esta conclusión: «El Derecho, bajo su aspecto subjetivo, es la facultad de obrar y de gobernarse a sí mismo; y bajo su aspecto objetivo, la limitación de las libertades individuales, la medida de las penas, y la igualdad en el goce de los derechos civiles y políticos en la vida social».

Es rico en citas que fundamentan el terreno positivo en que se ha calocado, huyendo del orden moral fantástico.

Nada de lo que se relaciona con la base del bien humano ha de presentar aspecto inmoral. De aquí que

el Estado, siendo el organismo jurídico de la sociedad, sea también un organismo ético donde deba realizarse dicho bien, el cual se manifiesta bajo el triple aspecto de lo justo, lo honesto y lo útil. Ya los filósofos griegos advertían que la ética se realizaba en la política, pues el bien no puede adquirirse fuera de la vida social. El Derecho está, pues, combinado con las ciencias sociales, morales y políticas sin confundirse. La Política sin Derecho Político carecería de formas concretas y de instituciones; el Derecho Político sin Política sería un organismo jurídico sin principio de acción ni finalidad. El verdadero Estado surge de la función concreta de la Política con el Derecho Político. En estas dos disciplinas se halla toda la esencia del Estado, concebido no sólo como la más alta institución para la vida del derecho, sino también como la forma más perfecta de la comunidad civil para todos los fines de la cultura humana, y aun para la defensa común contra las agresiones extrañas.

No pretendo, en esta simple nota bibliográfica, entrar en el fondo de tan luminosas lecciones. Apenas he dado un índice de la vasta obra condensada por el Dr. Cecilio Báez, que tan útiles servicios presta a la juventud de su patria y la del continente, con la presentación, compendiada y oportuna, de difíciles asignaturas, íntimamente relacionadas con la vida del individuo y de las

colectividades. En un solo cuerpo, se puede seguir el despejado camino que señala el sabio catedrático, que ha arrancado previamente complicaciones y oscuridades, a fin de que nada obstruya el paso. A lo puntualizado como esencia, se agrega la espontaneidad del lenguaje, capaz de ser entendido hasta por los profanos, ya que ha huído de la difícil terminología y de las confusiones, que proceden, en la mayoría de los casos, de la falta de dominio de la lengua en que se escribe, que es aquí la sonora y terminante en la traducción de ideas, la musical y rica de Cervantes, en la que el Dr. Báez se conduce como maestro y artista.

ENSAYO SOBRE EL DOCTOR FRANCIA

El ilustre Dr. Báez, que ha estudiado la historia colonial de su patria y ha seguido la marcha de la política americana, es partidario de analizar la filosofía de los hechos. «Nuestra época—ha dicho—se caracteriza por los estudios históricos que propenden a hacernos conocer mejor el pasado y restablecer la verdad desfigurada por el espíritu de partido y la vanidad nacional o la rivali-

dad entre los mismos países que concurrieron a la guerra de la independencia».

En su obra «*Ensayo sobre el Dr. Francia y la dictadura en Sud—América*», se concreta al Paraguay, Río de la Plata, Chile y Perú. No ha querido ocuparse en la dictadura ecuatoriana.

Apoyado en abundante bibliografía, nos presenta a ese sombrío personaje del que corren tantas leyendas, el Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, hijo de la Asunción, que en sus mocedades saludó a la teología y vistió hábito talar. Se titulaba clérigo de órdenes menores. Profesor de latín en el Colegio Real de San Carlos, en el mismo establecimiento más tarde dicta clases de teología. Después, abandonando la carrera eclesiástica, se consagra al derecho. En su espíritu se produjo profunda revolución contra el medio ambiente en que se había educado y contra sus estrechas ideas. Transformóse en liberal y enciclopedista. Se propuso leer a Rousseau y empararse en las doctrinas sobre soberanía del pueblo.

En 1814, un Congreso, compuesto de mil diputados, le confiere la dictadura temporal, y otro, en 1816, le nombra Dictador Perpetuo del Paraguay.

El Dr. Báez cuenta cómo este férreo y tétrico temperamento se multiplicaba, tomando personalmente

parte en los menores actos de la administración, enseñando técnicamente a los artesanos, dirigiendo, cual si fuese arquitecto, las obras públicas, mezclándose en modernos procedimientos agrícolas, ganaderos, campañas contra la langosta, etc.

Hasta aquí no hemos conocido sino la caricatura del dictador paraguayo. Se ha vivido de sus típicas anécdotas, sin que el crítico haya entrado en el alma del raro personaje. El publicista moderno y ex gobernante lo ha hecho, apartándose de los cuadros risibles y vesánicos

Y así cuenta el escrúpulo que ponía en guardar los caudales del Estado. Cuando murió, el tesoro público le adeudaba, por cuenta de sus sueldos, más de treinta y dos mil pesos fuertes. Se opuso a que los extranjeros saliesen del país, en tanto que otras naciones los expulsaban. Se requería especial licencia para emigrar. Sencillamente, se anticipó a resolver el problema del ausentismo que está despoblando a no pocas repúblicas en el día.

«Su política exterior fue de paz y amistad con las naciones y de no intervención en las provincias vecinas.»

Firme en sus convicciones, jamás dio su brazo a torcer, mancillándose con la menor condescendencia.

Pone el Dr. Báez las cosas en su punto, sin justificar la conducta del dictador, ni menos atenuar sus e-

rreros. «La dictadura de Francia no fue más que el oscuro reinado de un déspota apasionado por la independencia de su país, que no ofreció el ejemplo de esas carnicerías humanas (se refiere a las de la revolución francesa, singularmente con los terroristas Robespierre y Dantón), sí de una existencia tranquila y embrutecedora, porque se la pasaba en el sopor y en el aislamiento impuesto por circunstancias excepcionales». Le acusa de no haber subido el nivel moral de su pueblo, ni de haberlo ilustrado, civilizándolo. Este anatema vale por toda una sentencia condenatoria, para que el Paraguay, y la América, abominen al dictador, por más que en el otro platillo de la balanza se pongan su labor patriótica, y «la energía salvaje para conservar la independencia de la República» Con autoridad de escritores y viajeros extranjeros, revela, en medio de sus abusos, las virtudes del Dr. Francia y su magna conducta cívica que bregó para alejar toda ajena influencia. Quiso rígidamente que el Paraguay, la heroica tierra de sus mayores, fuera en lo absoluto libre e independiente de todo poder extraño, cualquiera que fuese éste; pero, en la propia mansión, no supo alentar el soplo de la hegemonía espiritual que estimula y ennoblece la conciencia de los hombres y eleva su pensamiento a la altura de las más atrevidas concepciones, en alas de la

educación amplia y racional que forma a los altivos ciudadanos.

Cual más cual menos, han tratado del sombrío personaje los historiadores paraguayos Juan Andrés Gelly, Mariano Antonio Molas, que fue encarcelado por el dictador; Francisco Solano López, el temible presidente; Blas Garay, Fulgencio R. Moreno, Juan E. O' Leary, Ignacio A. Pane, Manuel Gondra, Juan Silvano Godoi, Gregorio Benítez, Héctor Francisco Decoud, autor de "La Masacre de Concepción", etc.

Las hazañas de los herederos de la esforzada raza guaraní han causado asombro: ayer, en las actividades guerreras de la independencia y en los heroísmos casi inverosímiles bajo el gobierno del Mariscal Solano López, personaje tan discutido que dicen que poseyó rasgos de oratoria y amenidad en la conversación evocadora, de quien, el moderno escritor J. Natalicio González afirma que fue «hombre genial, espíritu imperioso y creador, una de esas cumbres enhiestas y dominantes de la historia», y hoy, con las frecuentes y sangrientas arremetidas en el Chaco, en la brava y desconcertante pelea entre naciones hermanas: Bolivia y el Paraguay, ante el estuor de las Américas que en vano claman por la paz continental.

LA ILUSION ERRANTE

Las narraciones, estas amenas y modernas charlas o paliques con que oradores y escritores nos deleitan por algunos minutos, dejando en las almas suave perfume de erudición junto con amables sonrisas por la novedad de los toques, son muy difíciles, por lo mismo que encumbran todo esfuerzo y se muestran espontáneas, chispeantes, ágiles, recreativas, seductoras.

Escribir relatos de viajes e impresiones mundiales, dictar conferencias, está suponiendo bello y sutil arte, sujeto a reglas y buen tono, a fin de no abusar de la paciencia de lectores y oyentes.

La conversación alada, que se llama conferencia, despierta simpatías y combate a los somníferos. Arte insuperable el de la conferencia, no es para todos los felices mortales. Se requiere esmeradísimo dón sintetizador, mezclado al de gentes, que domine la forma y vuelva grávida a la sustancia.

Los franceses, por lo común, son exquisitos *causer*: conversan admirablemente, mariposean con donaire, dando libertad a la loca de la casa, derramando dedadas de miel sobre lo más acre y abstruso, envolviendo en el pol-

vo de oro de la dicción, fluída y elegante, la gravedad del asunto, la profundidad del tema. Por eso, sus *causeries* no son narcóticas.

La escuela del conferencista es el mundo, el corazón humano, la galantería refinada, la urbanidad que huye de lo pesado y fastidioso. El arte de charlar es el triunfo de los oradores. El instinto de agradar, la noción precisa de la medida, la habilidad del plan cautivante, el justo medio y la línea ligera, con curvas elegantes, son otros tantos admirables resortes que domina el conferencista para vencer, burla burlando.

Tan difícil facilidad nos ha atraído sugestivamente. Las palmas vienen casi de maquinal modo en loor del retórico que jugó con su elocuencia como un magnífico ilusionista, limpiamente, sin *poses* estudiadas, sin nada que desate hostiles comentarios ni aburrimientos.

Arte amable de tertulia el de la conferencia; arma vistosa que hiere con *chic* y salero; alimento succulento que no empalaga, por las sabias proporciones y la exquisitez con que se lo brinda; bebida espirituosa que nos torna alegres, inspirados, diligentes.

Si Demóstenes hubiera conocido el espíritu de la actual conferencia, sus ensayos cotidianos, sus entrenamientos, como hoy se dice, hubieran sido más escrupulo-

esos que cuando combatió su voz chillona y su dicción defectuosa, para transformarla en ática.

Saber conversar con soltura ante un público más o menos distinguido, es el primer escalón del conferencista, que después sube a la cima del perfeccionamiento verbal y de la disciplina de la inteligencia, acostumbrándola, sutil, a los rápidos análisis y a las síntesis maravillosas, con preparación lenta y constante.

Si el conferencista no se siente con fuerzas para hablar dulce y garbosamente, preferible es que fije en el papel sus ideas, que precise conceptos y lea su original discurso, interpretado a conciencia, en tono musical que armonice psicológicamente con su auditorio, hasta conquistarlo espiritualmente.

Conversaciones, amenas y familiares conferencias, las del libro "*La Ilusión Errante*", título que encierra la disimulada melancolía del que, en andanzas por el globo, descubre otros horizontes y presencia cuadros exóticos, lo mismo en el Brasil, que en el Paraná o Tetuán, cuadros que ocultan el dolor humano. Su autor, don Enrique de Gandía, ha cultivado el género histórico, deteniéndose a ahondar la vida del fundador de Buenos Aires, los secretos del Gran Chaco y otros asuntos americanos.

En su deleitable obra —"*La Ilusión Errante*"—

cubierto con el sutil velo de la tristeza, transmite, con arte ingenuo y espontáneo, sus paliques de la vida de cuartel, episodios militares dignos de la emotividad del sentimental Edmundo de Amicis; sus inspiraciones recogidas bajo muchos cielos, singularmente españoles, no obstante de que ha trotado por varios continentes, para mitigar la sed de viajero observador e infadigable, al que no pasan inadvertidas las recónditas torturas morales.

Suelta es su narración, transparente, como lago de límpidas ondas en que se refleja la sinceridad del escritor argentino.

Se piensa, con amargura, en la miseria de esta vida fugitiva, al entrar, conducidos por Enrique de Gandía, en el paupérrimo y arrinconado pueblo de Simancas --célebre por su valioso archivo-- y conocer a la hospitalaria pareja de viejecitos que, en matadora rutina y obscuridad, en desesperante inopia e ignorancia, dejan pasar los años invernales, siempre idénticos, los de ayer lo mismo que los de hoy, y tal vez los de mañana, sin comprender que esa existencia así, terriblemente monótona, sin ideales ni la comprensión de nobles sacrificios, no vale la pena de ser vivida. Desorienta y sobrecoge el espíritu tanta opacidad vegetativa que es temprana sepultura.

También vivamente ha pintado el doloroso eclip.

samiento de la sonrisa de la bella Dinezada, presa del bárbaro Negus, según el relato del árabe del bajo Egipto, iniciado a bordo, frente al Peñón de Gibraltar. Cruelmente suprimido el objeto de su amor, huye para siempre la alegría de su rostro.

Conmueve la entrada a Azpeitia, y luego al ancho valle de Loyola; a presenciar las autosugestionadoras disciplinas espirituales, en la penumbra, calladamente. La voluntad se subleva y surge la enérgica protesta ante el maquinal e insistente aniquilamiento del carácter y la obliteración de la inteligencia humana. Por sólo este capítulo, sincero y revelador, la fascinadora pluma de Enrique de Gandía merece convencidos aplausos que laboren simpatías en las almas.

Desgarra el recuerdo de la tatuada chiquilla alemana perdida en un opaco prostíbulo del Africa, víctima de su corazón y de su cuerpo horriblemente martirizado con agujas infinitas. Acuden de suyo las lágrimas al pensar en el destrozado violín de Olga y en las marchitas rosas de Alcalá convertidas en polvo, como nuncio de la muerte de un pecho apasionado.

La crónica, variada y real, la conversación de lo que se vio y se graba en la memoria, la fugaz emoción al paso por ciudades de la lejanía, requieren el arte

supremo de la naturalidad para emocionar a los lectores, volviendo ingravidas las páginas del libro evocador. Tal acontece con Enrique de Gandía.

Estrecho lealmente la mano del noble escritor que tantos dormidos romanticismos despierta en las almas y que tantas ideas generosas sugiere en su *Ilusión Errante*.

La dió a la estampa en Madrid, en Mayo de 1929, como la quinta obra entre las literarias del autor. Las históricas se refieren a los nuevos datos para la biografía de Juan de Garay, a la descripción del Gran Chaco y a los mitos de la Conquista Americana, según la lista de publicaciones. Anuncia algunas más que sin duda ya habrán visto la luz al rápido correr del lustro.

NOTA.

Los distinguidos miembros de la Junta de Historia y Numismática Americana, señores Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, han publicado, en Buenos Aires, claro y sintético estudio acerca de «las enseñanzas de la Historia en las escuelas primarias de América».

Como cuestión previa, razonan y establecen discriminación entre la propiedad de las denominaciones América hispana, ibérica y latina, pronunciándose por la exactitud histórica de la primera, ya que en su ori-

gen muchos países de América fueron «provincias españolas y no colonias». «El idioma español, impuesto por el pueblo colonizador y la mayoría absoluta del elemento hispano en la formación étnica de las Repúblicas Centro y Sur Americanas, dicen, excluyen toda otra denominación que no sea la de Hispano América». Verdad es que emplean el término colonizador, y colonizar es formar colonias que no otra cosa significarán al principio los grupos conquistadores, en un medio ambiente que no les pertenecía, donde habitaban millones de dueños y señores de estas dilatadas y fecundas tierras, sometidas por medio de las armas y aun valiéndose de la astucia y la traición, como sucedió con los infortunados y poderosos monarcas Motezuma y Atahualpa.

Los escritores R. Zabala y E. de Gandía se proponen ahondar el sentimiento nacionalista de la historia en el Continente, sin que por esto, para fijar antecedentes, establecer comparaciones y generalizar la cultura, quieran desterrar el conocimiento de la historia universal. Pero ha de tener relación el estudio de la americana en el niño, para que aprenda a amar lo que de cerca le pertenece, sus glorias y tradiciones. Disciplinas de esta clase tienden, además,

a establecer sólidas vinculaciones en el hogar americano, a robustecer la amistad de pueblos de una misma lengua y de unos mismos ideales.

La visión de lo que hemos sido, de lo que representamos ante la civilización y de los valores americanos, ha de inclinarnos al cultivo del amor entre la familia continental.

Por esto, al analizar los hechos de la historia, no se han de sembrar rencores, por el vientecillo de la vanidad.

Conviene despojar al niño de todas aquellas leyendas belicosas que han puesto a pueblos fraternos en la actitud de Caín.

En cuanto a los errores históricos, el mayor escrúpulo y la probidad aconsejan no grabar en las mentes infantiles inexactitudes que perduran y vanaglorias perjudiciales.

Han de ser revisados los textos de historia. Les corresponde a los Ministros de Educación la tarea, a fin de que «encaucen esta enseñanza tan hermosa hacia sentimientos de concordia y fraternidad», en frase de la doctora Victoria Guscovsky.

Religión del historiador es buscar la verdad y proceder como incorruptible juez.

Tocan también los señores de Gandía y Zabala un asunto capital: la enseñanza de la historia de acuerdo con la edad del alumno. «Desde el punto de vista ideológico, debe tratarse de enseñar al niño una historia sin alcances políticos y—en todo lo que su mentalidad logre comprender—científica».

Agregan que los reglamentos de enseñanza de la historia en las escuelas argentinas se conforman con estos principios metodológicos. Reproducen, para comprobarlo, el plan de estudios y los programas sintéticos y analíticos de las escuelas primarias, dictados por el Consejo Nacional de Educación.

Concluyen el trabajo expositivo con el proyecto de organización del Instituto Internacional para la Enseñanza de la Historia en las Repúblicas Americanas y con los fines capitales de esta institución.

Acaba Enrique de Gandía de publicar «Alanís de Paz—Un Gobernador desconocido del Río de la Plata en el siglo XVI», y la novela «Don Kamiro en América», de la que se ha dicho que son «capítulos que se le olvidaron a Larreta»; obras que no conozco todavía.

EL DOCTOR ANTONIO IRAIZOZ

APUNTES DE UN TURISTA TROPICAL

De crítica y de viajes son las principales obras del doctor Iraizoz. Estudió la ideología y los motivos pedagógicos de José Martí. Entró en la vida y las obras de Enrique Piñeiro y en el análisis de su misión pedagógica.

El discurso de incorporación, como académico de número en la Nacional de Artes y Letras de la Habana*, versó acerca de la crítica en la literatura cubana desde las postrimerías del siglo décimo octavo, con el iniciador Domingo del Monte hasta los últimos representantes en la alborada del siglo vigésimo, con José Manuel Carbonell, Emilio Gaspar Rodríguez, José Antonio Ramos, Arturo R. de Carricarte, o sea «el grupo de la persistencia de la escuela naturalista francesa», y José María Chacón y Calvo, «del método histórico comparado» Comprende en la nómina a Max. Henríquez Ureña, «un prestigio de la América Latina, de profundo saber y disciplina», que

* Fue contestado por el Sr. Miguel Ángel Carbonell (Academia Nacional de Artes y Letras. *La crítica en la Literatura cubana* -La Habana -Imprenta Avisador comercial, 1930).

aunque no es cubano, sino natural de la República Dominicana, ha trabajado intelectualmente, con talento y empeño, en la Habana, en la cátedra y en la revista. Díganlo, si no, el «Ateneo de Oriente», y la sociedad de conferencias «Hispano—Cubana».

¡Extraña seducción la de viajar, que a tantos ha educado, modelando su espíritu en el estudio de los corazones del mundo! ¡Sabrosas lecturas las de los viajes! Aprovechan tanto esas lecciones que, con su objetivismo, con su miraje cosmopolita, remontan la imaginación a lejanos países, para aprender la filosofía de otras vidas, para aspirar el encanto de costumbres más civilizadas y beber en exóticas fuentes.

El Dr. Antonio Iraizoz, fecundo escritor cubano, ha recorrido, con alma inquieta y ojo avizor, casi toda Europa, zarpando de la Habana.

Cuenta sus impresiones en deleitable libro, «Apuntes de un turista tropical», que despierta sana curiosidad e inclina a meditar a ratos.

Son cortos y evocadores capítulos que van al grano, aunque anoten brevemente las cosas vistas. Se han descartado de la hojarasca literaria para preferir el fruto. No se detienen a ensayar largas descripciones. El erudito autor entra pronto en materia y opina con la cónica franqueza.

Criticando a los que no respetan la memoria de los grandes hombres, se acuerda del almirante genovés, al cruzar el mismo océano turbulento que la audacia del genio atravesó en frágil carabela. "Ante la inmensidad muy callado, dice, siento un tributo de simpatía a Cristóbal, a ese testarudo Colón, que si en vida se le dejó morir en la miseria, después de muerto no le ha tratado mejor la posteridad royendo su decoro. Pasto de los eruditos y de los historiógrafos, ya no sabemos qué afrenta dirigirle para conocer su verdadera cuna. Pirata, judío, ladrón de mapas, hijo bastardo de nobles, a todo hemos acudido para negar su propia afirmación de que era genovés".

¡Triste y efímera la gloria humana! No está libre el superhombre de caer en manos de algún irreverente desenterrador de tumbas, erudito a la violeta, que escarmenará su vida, se reirá de las categóricas afirmaciones y escribirá abrumadores volúmenes, monografías desconcertantes para probar que tuvo tal vicio o tal otro, que no se llamó así sino asado, que no fue de la aldea que el señaló, sino de las antípodas.

Choca la flamante sabiduría de tanto ocioso que se entretiene con nimiedades biográficas. De nada sirve hablar claro, si han de ser tergiversadas las más íntimas confesiones por los sabihondos del mañana.

A través de lejanos horizontes, el Dr. Iraizoz nos va enseñando a reflexionar en tantos asuntos que pasaron inadvertidos.

Son saludables las comparaciones de lo que vió y de lo que sucede en algunas comarcas europeas, con lo que miramos y lo que acontece en no pocas naciones hispanoamericanas.

Nos ahogamos en el reducido ambiente; agonizamos al escarmenar lo que hace el vecino, sufrimos vigilando a los demás, llevamos la censura por montera. ¡Qué nidos tan estrechos!

¡Oh, cómo aprovecha desplegar las alas y remontar el vuelo!

Nos cuenta que en París nada significa la ropa, así pudieran los raros ambular desnudos.

“Hay un respeto tan grande a la personalidad humana, incluso al dolor humano y a la extravagancia, que hasta lo ridículo tiene derecho a no ser molestado”.

Entre nosotros, nos fijamos en nimiedades, y nos burlamos del prójimo por cualquier infantilismo, examinamos sus vestidos y fisonomía.

“¡El hígado se enferma, agrega, tanto por allá con esa constante preocupación por la vida ajena! Nadie se conforma a interesarse de lo suyo y dejar que los demás hagan lo propio. Vivimos con las narices me-

tidas en la casa del vecino, observándonos mutuamente para encontrar en los otros la «compleción de inferioridad», e hincharnos de satisfacción; o a la inversa, dejarnos punzar por la envidia y sentirnos disminuídos, porque la "compleción de inferioridad" nos alcanza. Todo menos hacer nuestra vida según nuestros más vivos y puros deseos".

Se diría que varias ciudades de la América qui-jotesca son reductos de beatas que están fizcalizando el mínimo acto por el ojo de la cerradura, para despiadadamente entregarse en seguida a la chismografía, a despellejar al semejante, al amigo, al casero, al del barrio, al transeunte.

Gran parte de los temas de tertulia y de las conversaciones callejeras consisten, indefectiblemente, en murmurar del prójimo, entrando a despedazar las más ricas telas con las tijeras de la censura y del gra-cejo malicioso. Vidas ajenas y política, ¡qué diaria comidilla!

Nos ahogamos dentro de la ratonera de las preocupaciones. Lo que ejecuta el vecino, lo que comenta la servidumbre, lo que critica la comadre, nos quita el sueño... Y no faltan almas caritativas que, con semblante compungido, le hacen saber al temperamento im-

presionable lo que mejor sería que ignorase. Es el amigo ocioso que, fingiendo indignarse, clava su aguijón.....

Los "Apuntes de un turista tropical" abundan en sugerencias que inclinarían al menos avisado a curarse en salud. Y no se crea que el libro es dogmático, nada de eso. Moralizar por sistema, sería cansado, soporífero. Los reparos fluyen de suyo, en medio de la ingrátida amenidad de las variadas hojas de viaje que no fatigan ni huelen a somnífugo, lo mismo cuando nos transmiten la sensación de la visita a un museo que el paso por alguna vieja calle o algún olvidado villorrio como Pova de Varzino donde nació el gran novelista Eça de Queiros, que no tiene estatua en su modesta tierra natal de pescadores, no obstante los merecimientos del genio lusitano. Más prácticos sus paisanos, han levantado bronceo busto a un héroe del piélagó, a un oscuro marinero que salvó la vida a muchos náufragos....

La gratitud al ilustre y sutil escritor se admira en la capital portuguesa, en la *Rua das Flores*, en el lago de Quintela. A propósito de Eça de Queiros, he aquí una sabrosa anécdota que refresca con gracia el Dr. Antonio Iraizoz y es muestra gráfica de la

opinión popular:

"Dícese que un viejo labriego, trabajador en una de las propiedades rústicas de la hidalga esposa del novelista, rudo, sincerote, cordial amigo de la familia de Ega, vino a Lisboa exprofeso para conocer la estatua. Su comentario único fue éste:— Don José María está muy bien, igual que él era. Pero, ¿cómo han puesto desnuda a doña Emilia? Doña Emilia era esposa de Queiros". Lo que el francote palurdo contemplaba era el artístico símbolo de la verdad, siempre admirada por el inmortal escritor lusitano, que buriló con áurea pluma ese primor de "La Reliquia".

En la fugaz reputación de los mortales, así suelen ser los comentarios de la multitud: como los del campesino portugués.

Fruto de su estadía en Panamá, como voluntario desterrado político, es el libro "Estampas Panameñas" (1). Son crónicas publicadas en periódicos del Istmo acerca de la ciudad, de sus observaciones de viaje, de algunos de sus hombres distinguidos como Guillermo Andreve y O. Méndez Pereira, cuadritos de costumbres, impresiones literarias y otros asuntos que no

(1) *Antonio Iraizoz.*— *Estampas Panameñas*— Tampa, Florida.—1.935

son panameños, como la anatomía de la novela del escritor escandinavo Knut Hamsun y la crítica de las traducciones poéticas del Sr. Arciniegas. Sin darse de riguroso en casticidad, su estilo es claro y correcto.

Le gusta la pulcritud y el esmero en el hablar, que desecha barbarismos. Por eso, le duele que se adultere miserablemente el castellano, por influencia y contacto con los americanos del Norte. Si no se cuida del rico tesoro, acabará por convertirse en galimatías.

“Que un pueblo tenga sus acepciones propias, regionales, lo aplaudo, dice. El pueblo las crea y hay que respetarlas. Panamá llama *pipa* al coco de agua y *ñangú* al quimbombo cubano. Está bien. Pero eso de robarle al inglés brakes, tickets, wharf, para expresar sustantivos tan comunes como freno, billete, muelle, es lo que desapruébo. No lo perdono; como no les perdono a escritores cultos que se interesan por los fueros de nuestra lengua, expresiones como éstas: “entretención”, por entretenimiento, “escogencia”, por escoger, y “adulacia”, por adular o adulación. Y conste que no me las doy de purista. Considero la lengua un organismo vivo que necesita nutrirse de aquello que le hace falta, pero no de lo que le sobra”.

La lección es elocuente. Ojalá sirva de correc-

tivo para todos los que hacen gala de su menosprecio a la propiedad del lenguaje y al buen uso de palabras del léxico que por ignorancia dejan de emplear con gallardía y belleza.

JOSE RIZAL

Inspiran siempre el más profundo respeto las figuras heroicas, como la del apóstol indio Gandhi, que luchan por la emancipación de su patria, por más que la suerte no les ayude, o el fracaso se oponga al coronamiento de sus ideales. Más radiosos se destacan, como desde albo Tabor, los que trabajando por tan noble causa de la humanidad, reciben como final recompensa la punzante guirnalda del martirio. En la América tenemos numerosos ejemplos de grandes sacrificados, física y moralmente.

Bolívar, Sucre, Martí, Abdón Calderón, Ricaurte, Alfaro, cien paladines más, coronados fueron de espinas en premio a sus labores prometeicas.

Así en Filipinas el sabio José Rizal y Mercado Alonso que poseyó varias ciencias, singularmente la filología, filosofía y medicina; que dominó varios idiomas europeos e indígenas, como el talago e iloca-



no, además de las lenguas clásicas, que paseó por las principales ciudades de Asia, América y del Viejo Mundo, en larga peregrinación de sabiduría. Y no fue extraño a las bellas letras y artes, como lo acreditan su vigorosa y denunciadora novela "Noli me tângere" y su simbólica escultura "El Triunfo del saber sobre la muerte".

El doctor Antonio Iraizoz, espíritu batallador, animado siempre de generosas rebeldías, ha publicado encomiadas líneas sobre Rizal, en amplio libro que es una verdadera obra de arte. Nos pone cálidamente en contacto con el inmortal prócer filipino «la más completa y atrayente personalidad de la raza malaya»; nos invita a admirarlo hondamente; analiza su obra maestra, en la que el protagonista Crisóstomo Ibarra es el autorretrato de Rizal; pinta sus persecuciones y ostracismos; narra sus tentativas agrícolas y civilizadoras, sus acciones cívicas y benéficas, rememora patéticamente sus discusiones en vísperas del trance supremo y su inícuo fusilamiento al són de la marcha de Cádiz.

Únicamente las balas pudieron abatir aquella enorme voluntad y destrozaron su magno corazón. La feroz descarga es eterno borrón contra la libertad humana.

Los Estados Unidos, democrata y justiciera república, ha consagrado en Filipinas, según nos cuenta el doctor Iraizoz, el 30 de diciembre de cada año, a la memoria de Rizal, ha fijado su nombre en regiones geográficas e instituciones públicas y está ostentando su retrato en sellos postales y en monedas. «La democracia norteamericana, continúa el doctor Iraizoz, después de implantar allí grandes reformas y mejoramientos en todos los órdenes y de haberles entregado a los naturales la casi totalidad de la administración del país, acaricia la idea de conceder la independencia absoluta, tan pronto acrediten sus condiciones y aptitudes para el gobierno propio. Por la cultura y por el buen uso de la libertad preparan ellos mismos el porvenir de la Perla de Mar de Oriente. No tardará mucho en que sobre las islas misteriosas de la patria de Rizal se alce soberano el símbolo de su nacionalidad. Al extremo político a donde él no quiso llegar por su amor a España, las circunstancias de su muerte lo lograron. Su sacrificio, el crimen de que fue víctima, hizo más que su voluntad; demostró la necesidad de la Revolución». La sangre del Redentor filipino ha sido fecunda.

Alma de poeta y carácter de acero, murió can-

tando, de cara al sol, sin acobardarse un punto por el fatal estrépito de fusilería. Fué su dulce ensueño, acariciado desde niño, la emancipación de su tierra natal. El ideal tomó cuerpo y constituyó la altruista obsesión de su existencia. «¡Oh, que es hermoso caer por darte vuelo, dijo en su último pensamiento dedicado a Filipinas; morir por darte vida, morir bajo tu cielo, y en tu encantada tierra la eternidad dormir!» Llamó enternecedoramente «amor de sus amores» a su idolatrada Filipinas, dándola, desde lo íntimo del pecho, su último adiós, en tanto que se despedía también de sus «padres y hermanos, trozos del alma mía, amigos de la infancia, en el perdido hogar».

Es consolador para los espíritus altivos recordar las bellas actitudes de los heroicos ajusticiados por las santas causas de la humanidad, que, como Rizal, después de sus actividades múltiples, creyeron que sólo «morir es descansar».

Vengan, en las horas propicias de la educación cívica y el robustecimiento de la voluntad, obras como la del doctor Antonio Iraizoz, que, con frase vibrante, ha puesto de relieve la luminosa y esforzada silueta de Rizal, como ejemplo saludable para la juventud.

Las ideas del doctor Iraizoz son de la más pura doctrina liberal, apoyadas en el sublime sentimiento de la dignidad humana.

NOTA.— En Miami, en enero de 1.934, tradujo del francés el ensayo de Marcel Dugas acerca del poeta Verlaine, en el que desfilan el "hombre, con todas sus miserias, y el artista, con todos sus esplendores". Este trabajo se publicó en Cuba. (Marcel Dugas Verlaine (Ensayo) Traducción de Antonio Iraizoz.— La Habana — 1.936)

EL DR. JUAN J. REMOS Y RUBIO

Movimiento intelectual de Cuba en el siglo XX.— Fondo filosófico del doctor Varona.— El cronista Marco Antonio Dolz.— Su defensa de los escritores de América.— Labor del Dr. Juan J. Remos.— La revista "Arte"—Algo sobre "Adaris".— Juventud de aspiraciones elevadas.

El doctor Juan J. Remos, miembro activo de la redacción de la revista "Arte", de la Habana, inserta rápida síntesis titulada "El movimiento intelectual de Cuba en el siglo XX". Así, a la primera ojeada,

se puede saber quiénes son los representantes de la novela y del cuento, de la poesía lírica y dramática, de la oratoria y la historia, en la patria de Martí. Entre los pocos que se han consagrado a los estudios filosóficos, de cuyo escasos en América, cita con distinción al doctor Enrique José Varona, que tantos libros de lógica, psicología, moral y otras disciplinas ha dado a su hogar nativo, contra la adumbración de un pueblo, enseñándole el gusto inglés que con gracia y delicadeza hincó su espina. Aun en los meros artículos literarios, no desaltera el fondo meditativo, irónico y observador que le caracteriza. Burlándose de las famas baratas que vende el mercader del bombo mutuo, que hace competencia a los hombres ilustres de Plutarco, dice que con los modernos procedimientos "no cuesta más inflar un personaje que una pompa de jabón". El desmesurado elogio es la epidemia del día.

«Precisamente lo difícil hoy es dar un paso, sin tropezar con un grande hombre», añade. Se congratula de la educación pueblerina, no con discursos sino con ejemplos. Los consejos son moneda corriente: de más valía es el oro de la acción. A cada paso sus ideas son saludables. La ruda fraugueza las inspiró, sobre todo cuando pondera los abismos de la concien-

cia, coja y bisoja y a veces digua del onagro.

En sociología, importante y moderna rama del examen humano, consigna los nombres de Fernando Figueredo, Rafael Montoro, Fernando Ortiz y Lorenzo de Erbiti. Pudiera agregarse con justicia el del patriota Carlos de Velasco en esta sección, por muchos títulos que probando están la eficacia sociológica de su labor. He hecho hincapié en que se trata únicamente de una revisión denominadora. Por esto, talentos esclarecidos como el de Bobadilla casi pasan inadvertidos. Ni siquiera todas sus novelas se citan, menos sus poesías, críticas literarias y sociales, viajes y crónicas. Apenas se contenta con calificarle de bilioso escritor, cuando es una gloria de Cuba y España.

Dedica condensadas líneas a la didáctica, bibliografía, filología y crítica literaria. En ellas acentúa la no artizada personalidad de su profesor, el fecundo José A. Rodríguez García, que ameritó el numen de la ilustre poetisa Gómez de Avellanada, y ha combatido a los vahaneros gramaticales. Entra también en los dominios del arte, poco cultivado, según manifiesta. Aduce el nombre de un extranjero que ha vivido muchos años en Cuba, el poeta y escritor dominicano Max. Enríquez Ureña, uno de los fervorosos redactores de la magnífica y magistra

«*Cuba Contemporánea*», autor de varios y aplaudidos estudios de la crítica musical. No omite igualmente la breve enumeración de los que espigaron en el campo del periodismo y de los principales periódicos que se han editado en la isla desde la alborada de este siglo. Consta entre los cronistas el acreditado Marco Antonio Dolz, que ha reunido sus sabrosas páginas de juvenil frescor, tales como *Pasando la vida*, *En mis montañas*, y *De la vida artificial*. Acaba de salir Dolz por los fueros de los escritores hispanoamericanos que publican sus libros en tierra de América y a los que se lee poco relativamente, a causa de que sus obras no traen pastas europeas y el poderoso y superficial prestigio de las que vomitan las prensas del Viejo Mundo. «Hay que demostrar al público que lee—dice— la eficacia de los talentos de América y hacerle comprender que el pie de imprenta es cosa secundaria y que tanto mérito tiene una obra de Rodó editada en Quezaltenango como en París; que el hábito no hace al monje, y que Rodó hace el pie de imprenta y no el pie de imprenta a Rodó».

«Ha sonado la hora de que todos los que en América trabajan se den cuenta de que hay que defenderse contra ese peligro y contra otros muchos. Los extraños nos tienen materialmente invadidos y, de seguir así

las cosas, acabarán con nosotros. ¿Cómo defendernos? El primer paso debe ser el del acercamiento sincero. No vivamos ignorándonos como hasta ahora. Venga el intercambio intelectual y defendámonos mutuamente». (*La Nación*, número 104, de la Habana),

Finaliza la reseña el doctor Remos con los nombres de las instituciones científicas y literarias, amén de la lista de un modernísimo grupo de intelectuales—muy jóvenes todos— que han colaborado en la prensa y en el libro.

En muy reducidas hojas, con severo laconismo, nos da una idea de la marcha del pensamiento cubano. Esta labor de compendio supone abrumadora investigación, a fin de no omitir apellidos, cada cual indispensable en su género. Con este interesante catálogo, ha trazado el camino para futuros análisis, prolijos e individuales. Por esto, la tarea sintética es dificultosa y paciente: la condensación de enormes materiales.

El doctor Remos ha dado, además, una serie de conferencias sobre temas históricos y artísticos. Ha expuesto la vida de Meyerbeer y Donizetti y las célebres obras literarias en música. En la prestigiosa revista *Arte* sigue la asidua faena intelectual, como redactor en jefe. *Arte* cuenta cuatro años ya de existencia. Es dece-

nario que posee colaboraciones de fama mundial y esmerados traductores. En la actualidad, ha dado la versión, del francés, del estudio de Bazet acerca del arte italiano en los siglos XIII y XIV.

No es el doctor Remos extraño al teatro. Después de su sainete "El Histrión", acaba de publicar el drama "Adaris", que propiamente tal vez se aproxime a la tragedia clásica. Remóntase la trama a los tiempos del Faraón de la VI dinastía de Pepi I Mirirri. Por la calidad de los personajes y por la triple catástrofe, entra en el molde de lo que el viejo Horacio—que en melódicos exámetros explicó las características del coturno y del zueco—llamaba "poemata Thespis", si bien no es fiel Remos al "docuit magnumque loqui". Al evocar la nebulosa época egipcia, no ha podido prescindir de algunos puntos anacrónicos, sin duda perurgido por la necesidad de conservar la acción escénica. La misma sencillez de la forma vuelve más patética a la trama infausta, que se desata sin acudir a lo maravilloso. Su autor le califica de drama romántico, lo que dada la idiosincracia del viejo Egipto, pleno de misterios y sumisión, y reviste a "Adaris" de cierta noble idealidad, pese a los galicismos como "hacer música" y aun cuando se aparta un tanto del rigor histórico. Su prologuista y maestro cree,

quizá con fundamento, que "Adaris", "nacido de la erudición en consorcio con la fantasía, no parece obra escrita para ser representada sino para ser leída".

El doctor Remos, Profesor de Filosofía y Letras, graduado hace poco, se halla en la flor de una sonriente juventud. Es infatigable en el perfeccionamiento de su espíritu, fiel a su honesta educación. Es de los pocos jóvenes, como dice Rodríguez García, "que tienen aspiraciones elevadas y pretenden realizarlas por medios legítimos, sin desmayar ante las dificultades de la empresa y sin recurrir jamás a censurables recursos". Trabaja, estudia y magnifica sus ideas, embelleciéndolas a la par con la simpatía y decisión a los brotes de arte, especialmente al que por antanomasia se llama divino: la música. *

* *He seguido prolijamente la copiosa labor intelectual del Dr Remos. Este artículo fue escrito para la revista quiteña "La Idea", y publicado el 20 de Mayo de 1917.*

**JUAN MONTALVO: ENSAYO
DEL DR. JUAN J. REMOS**

Cada día se abre paso por cumbres gloriosas el excelso nombre de Juan Montalvo. Se estudian sus obras y se las comentan con amor comprensivo. Son legiones de extranjeros ilustres las que se han ocupado del Maestro, como Víctor Hugo, César Cantú, Lamartine, la Condesa Emilia de Pardo Bazán, Castelar, Juan Valera, Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce y otras insignes cumbres. En la América española, en estos últimos tiempos, como en los pasados, los más grandes escritores han elogiado a Montalvo, entre ellos R. Blanco Fombona, P. César Dominici, Lugo, Carbonell, etc. La lista sería innumerable e interminable.

A ella, debemos añadir, con gozo, la distinguida figura del doctor Juan J. Remos, del Ateneo de la Habana, Redactor en Jefe de la revista *Arte* y autor de varias e importantes conferencias históricas, singularmente biográficas y artísticas. Es, además, catedrático de Segunda Enseñanza y autor de textos de literatura castellana. También ha espigado en campos dramáticos.

El doctor Remos ha leído, en la Sociedad de Conferencias del Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana, en sesión solemne, sincero y fervoroso ensayo so-

bre Montalvo, que se ha publicado después en un opúsculo, que dedica el autor a la memoria del doctor Luis Alejandro Mustelier, en quien, dice el conferencista, ha advertido puntos de contacto con el Maestro.

Empieza con la pintura de Ambato, para seguir con los más salientes rasgos de la vida de Montalvo, sembrando de observaciones su camino de crítico. Al referirse a García Moreno, le juzga serenamente así: «Poseía una cultura muy sólida que no sólo era suponible por los títulos que ostentaba en Ciencias Naturales y Exactas obtenidos en Quito y ratificados en París, sino porque demostró siempre ser más docto que doctor, porque nadie pudo negar jamás sus conocimientos vastos y profundos en Humanidades, en lenguas clásicas y modernas y, especialmente en Teología, materia en que se le consideró siempre más versado que en ninguna otra. Fue poeta por vocación, y de él dice Menéndez y Pelayo, en su excelente *Antología*, «que hubiera podido ser eminente en el arte de la poesía, si no hubiera preferido el arte soberano de la palabra y de la acción». Demostró en muchas ocasiones ser hombre generoso y de altos ideales, principalmente cuando explicó sin remuneración alguna las cátedras de Física y Química en la Universidad de Quito, de la que fue Rector y de la que pasó a la Pre-

sidencia de la República».

Le reconoce la firmeza de convicciones y, pasando al reverso, sus instintos sanguinarios, la bárbara ejecución de Vallejo, dejando constancia de que no fue «un tirano cobarduelo», sino hombre de innegable arrojo, de rápida acción, «de honradez en el manejo de la hacienda pública».

Entra el Dr. Remos en el breve análisis de las obras de Montalvo, deteniéndose en los *Siete Tratados*, que prolijamente los va enumerando, uno por uno. Al llegar al quinto, expresa que, más que tratado, “es una epopeya en que se cantan las virtudes veneradas de Simón Bolívar. Es un delubro de devoción sin límites, ante el cual eleva Montalvo su plegaria fervorosa hasta el ideal supremo de la confraternidad entre todas las naciones de Hispano América”.

Americanista de corazón, siente que Montalvo no haya podido consagrar algunas palabras a Maceo, cuyo “machete, como el arco de Ulises, sólo él supo esgrimirlo, y fué Héctor arrojado y glorioso que no halló más Aquiles que la traición artera”. Montalvo murió seis años antes que Martí; Maceo uno después que Martí, y en Mayo de 1902 se proclamó la libertad de Cuba. ¡Cómo la hubiera cantado el autor de *Los*

Héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana!

Cuando el crucero *Uruguay* ancló en la Habana, el Dr. Remos, al honrar la memoria de Amado Nervo, recitó ante sus restos una sentida oración, en la velada fúnebre que le consagró el Ateneo, y entre hondos pensamientos, sus labios pronunciaron lo siguiente: "Cuando a los pueblos hispanoamericanos sonrieron las primeras promesas del sol de libertad, todos, como impulsados por un poder de trasmisión, se abrasaron en el fuego de esos rayos divinos, hasta operarse la anhelada descomposición con la eliminación tiránica y la persistencia de los principios democráticos que en cada uno de ellos existía. Unos primero, otros después, todos fueron sumándose a ese credo bellissimo y ferviente que oyeran recitar por vez primera allá en la gran nación del Norte, hasta barrer con la ingerencia extraña en el Nuevo Mundo; y Cuba, que ha sido la última en independizarse, Cuba que miró con atención fija la emancipación de sus hermanas y sintió en lo más íntimo de su ser el noble deseo de imitarlas, Cuba que ha tenido un espejo en cada pueblo de la América latina, Cuba, señores, tiene que sentir como tuyas las venturas y las desdichas de sus compañeras continentales".

Así las sintió Montalvo, que constantemente estuvo doliéndose de los ataques contra la libertad, ora en México, ora en Chile, ora en el Perú, donde quiera que peligraban autonomías e ideas republicanas. Vibraban, enérgica, su protesta y, cálida, la defensa del Nuevo Mundo, en páginas inmortales. ¡Oh, cómo hubiera burilado un poema acerca del esfuerzo supremo del mulato sublime Antonio Maceo que, al galopar de su caballo de batalla, se desplomó para siempre!

Considera el Dr. Remos la *Geometría Moral* como el octavo tratado, en todo de acuerdo con don Juan Valera, y opina que debería llevar por título *El Amor*, ya que esta múltiple y honda pasión es estudiada por el *Cosmopolita*, con finura psicológica y sabia experiencia de hombre galante y de mundo.

En suma, el ensayo del Dr. Remos es un férvido voto de admiración más al luchador y al estilista. Puede un extranjero, con tal lectura, formarse clara apreciación de simpatía para el ilustre ambateño y valorar el trabajo comprensivo del escritor habanero. *

* Tomado de «El Comercio». Quito.—Ecuador.—Domingo, 6 de Agosto de 1922.

UN ESTETA MODERNO

Alemania, tan profunda en su filosofía, fue la más afanosa en reducir a un cuerpo de doctrina la ciencia de lo bello. Ella inventó la palabra *Estética*, que ha sido después estudiada por grandes y universales talentos.

Teodoro Lipps, el admirable autor de los *Fundamentos de la estética*, ha hecho lo que él llama *La proyección sentimental*, el fundamento de su hermoso edificio filosófico, «impulsando a la estética por una senda novísima». Ha explicado el origen, por decirlo así, de la simpatía personal, de la inclinación que experimentamos hacia algo, de las repulsiones, de la emoción estética, de la proyección sentimental, en una palabra.

Por medio de una luminosa conferencia, analiza el doctor Juan J. Remos y Rubio la personalidad intelectual de Lipps, los problemas que desenvuelve, sus concepciones en el mundo del arte y su *mecánica estética*.

«La proyección sentimental, dice, consiste en establecer entre los objetos percibidos y nosotros una recíproca corriente de influencias, por la cual, a la vez que infundimos nuestros sentimientos, recibimos de dichos objetos sensaciones especiales».

Difundida la estética desde la escuela, sería factor

cultural de imponderables resultados, que abriría a los niños las puertas de las nobles aspiraciones, que están bordando con el hilo de oro de la fantasía los más delicados sueños y puliendo con él aun los más burdos sentimientos. Gran consoladora del artista, la estética establece firmes normas para su conducta individual y le facilita la comprensión de las cosas.

Sabiamente expresa el Dr. Remos que el ilustre hijo de Wallhalben ha abierto horizontes nuevos que abismán; ha avanzado magníficas teorías, ha dado a conocer su visión especial y luminosa del verso y su medida; ha discurrido acerca de la gradación de la belleza, de las potencias estéticas, de lo trágico y cómico, y de tantas leyes recónditas de la ciencia de la belleza que adoraron los helenos.

Maravillosa y poética es la evocación ática. Con magistrales pinceladas, dibuja el Dr. Remos la época inmortal en que enseñaba Sócrates por las calles de Atenas, Aristóteles en las florestas del Liceo, Platón en la Academia y Pericles en la magistratura, ornamentando y engradeciendo a su divina ciudad, urna de los más primorosos y lozanos tesoros artísticos. Rápidamente entra en Roma, y pasando con indignado verbo por la mixtificación filosófica, henchida de intolerancia, de la Edad

Media, afirma que el Renacimiento no produjo nada nuevo que se sumase «al cuerpo de los problemas estéticos». Es lógico, agrega, porque «en aquel reverdecimiento del ideario clásico, todo resurgía, nada surgía».

Se dirige después a la fecunda Alemania, dando cuenta de la sistematización estética de Alejandro Baumgarten, creador de esta voz técnica. Con Kant a la cabeza, desfilan los más célebres filósofos, expositores de originales doctrinas. La enumeración no omite a los enciclopedistas franceses.

Y así, con preámbulo erudito, llega a Teodoro Lipps, para comunicarnos los rasgos más salientes de sus trascendentales obras como la *estética del espacio* y la *estética del tiempo* *

PEDAGOGO Y NOVELISTA

La República de Cuba ha rendido un profundo y significativo homenaje a la memoria del gran pedagogo y literato don Miguel de Carrión y Cárdenas, recientemente fallecido. A los 28 años, se le admira sentando

* "El Comercio"; Quito—Ecuador.—Jueves 26 de Noviembre de 1925.

plaza de maestro en la Habana, mediante un concurso. Consagró sus actividades a la enseñanza primaria y superior durante veinte años. ¡Imaginaos lo que son veinte años de brega en la educación pública! Toda una juventud que se marchita, consagrada al estudio, a los libros, a la enseñanza, al modelamiento de almas. «Los pedagogos son verdaderos orientadores de pueblos, ha dicho Ramiro Mañalich, añadiendo que son espíritus enérgicos, amplios, cultos y participadores preferentes del encauzamiento del pensar en la humanidad». Fue Carrión el fundador de la célebre revista «Cuba Pedagógica» y el autor del libro de texto «Estudios de la Naturaleza». En 1908, ostentando el título de doctor en medicina y renunciando un honorífico cargo en el Hospital "Reina Mercedes", se aplica en las Escuelas Normales a desempeñar la cátedra de Educación Física y otras asignaturas complementarias y similares.

La hermosa revista *Ideas*, que dirige el doctor Juan J. Remos, catedrático de tanto prestigio, consagra nutridas e importantes páginas al estudio de la personalidad de don Miguel de Carrión, abundando en sugerencias y análisis que resaltan su campaña espiritual.

El doctor Remos, en una recomendable conferencia sustentada en la Asociación de la Prensa de Cuba,recorre,

punto por punto, con fina observación y talento, la valía literaria del ilustre cubano, considerándolo principalmente como novelista en *El Milagro*, *Las Honradas*, *Las Impuras* y otras actividades de Carrión, deteniéndose en sus argumentos y en la crítica serena. *Las Honradas*, expone el conferencista, es su obra máxima. Es un monumento del naturalismo. Es una cumbre de la novela contemporánea. Es pedestal capaz de levantarse en cualquier latitud, para soportar la glorificación más legítima. Si Carrión hubiera sido español o francés, esta novela hubiera dado la vuelta al mundo. Tal es de genial, de humana, de artística».

Otra faz que considera el sagaz crítico es la de periodista. Se le vio en varios diarios y revistas, especialmente en *La Lucha* y *El Libertador*, combatiendo por sus nobles ideales, con pluma de artista y mente de pensador. «Maestro del estilo, observa el doctor Remos, colaborador maravilloso del pensamiento, Carrión dio al periodismo páginas de un valor innegable, que podrían ser apreciadas en todos sus quilates, cuando se realice la conveniente labor de recoger en volúmenes su obra diseminada en la prensa diaria e ilustrada. Entonces podrá comprenderse cómo fué de espontánea y brillante aquella pluma elegante y sabia, y se admirarán, vistas a

la luz de una lectura más detenida, las gemas de sus ideas y el esmalte de sus giros, que nunca faltaron, aunque la premura por atender las exigencias de un periódico, le obligara a la inspiración de *cálamo corriente*, y el esmero de pulir jamás le fuera permitido, para dar a esos escritos el acabado de los retoques”.

Estos datos y apreciaciones debemos a *Ideas*, que tantos servicios presta a la unión espiritual hispanoamericana.

Muchos grandes talentos, muchos férreos caracteres, muchos educadores pasan inadvertidos o no son lo suficientemente admirados en el Continente de Colón, a causa de que no es muy activo el intercambio intelectual entre países de un mismo origen e idioma.

Más fácilmente nos llegan libros y publicaciones europeos que volúmenes y revistas de las repúblicas americanas, razón por la cual no nos son familiares nombres como los de Carrión y Cárdenas y tantos otros robustos cerebros que consagraron su vida a la causa de la civilización humana, a educar a los pueblos, a trabajar por la cultura nacional, a sufrir y luchar abnegadamente.

Desde este punto de vista, y desde otros relacionados con las ciencias y las artes, hemos de agradecer las actividades de empresas como la de *Ideas*, la triunfa-

dora revista del erudito catedrático, poeta y periodista, doctor Juan J. Remos. *

**BIBLIOGRAFIA DE RODO.—
ALGO MAS SOBRE MONTALVO**

Así como el ilustrado Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo, que al mismo tiempo es Cónsul General *ad honorem* del Ecuador en el Uruguay, acaba de publicar dos hermosos volúmenes acerca de la Bibliografía de Rodó, la América espera que se forme la bibliografía de Montalvo. El señor don Arturo Scarone, con amor y escrupulosidad, ha reunido datos de todas las ediciones que se han hecho de las obras de Rodó y suministra las señas bibliográficas de cuanto se ha escrito en su honor, en el campo crítico, bibliográfico, necrológico, etc. Asombra el esmero con que pacientemente ha procedido para tributar al Maestro este inolvidable homenaje.

¿Quién acometerá la empresa bibliográfica acerca de Montalvo, siguiendo el procedimiento del señor Scarone?

* De "El Comercio", Quito--Ecuador, 1930.

Sobre el insigne escritor ecuatoriano se ha escrito mucho en España y América. Copiosa sería la tarea de catalogar las noticias bibliográficas de los críticos y comentaristas de Montalvo.

En Cuba, por ejemplo, además del anunciado libro del doctor Agramonte sobre el pensamiento de Montalvo, conocemos la magnífica conferencia del doctor Juan J. Remos, catedrático y miembro de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Academia de la Habana.

Bella es la descripción que de Ambato hace en ella el doctor Remos especialmente de su naturaleza y su variada flora. He aquí un ejemplo: "En la alta cuenca del Pastaza, río caudaloso que tributa sus aguas en generosa alcabala al navegable Marañón, se levanta, pintoresca y gentil, una ciudad criada en el regazo de un monstruo formidable de entrañas de fuego, que en iras indómitas, vomita lascas destructoras y que permanece impasible, a través de los siglos, como hidra de Lerna, sin Hércules que la someta: es Ambato, ventrículo del corazón ecuatoriano, desde donde se divisan las cumbres del Chimborazo, Cotopaxi y Tungurahua, y a donde llegan en legión devastadora las lavas candentes que brotan fulminantes

de los cráteres de esas masas volcánicas, tan violentas, que pueden hacer surgir nuevas montañas sobre la tierra o hacer brotar nuevas islas de las profundidades de los mares; es la ciudad rodeada de jardines que tuvo la ventura de ver nacer bajo su cielo al más grande prosista de la América Latina, el ínclito Montalvo, de quien ha dicho Valera que es el "más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado de todos los prosistas del siglo XIX".

Devotamente sigue el doctor Remos los pasos de Montalvo y le analiza en sus obras, pasando por "El Cosmopolita" para detenerse más en los "Siete Tratados". Después de admirar el "Buscapié", añade: "Cervantes fue para Montalvo lo que Virgilio para Dante; y así como nadie, al igual que Dante, ha comprendido mejor el portento de Virgilio, nadie como Montalvo ha pesado los quilates de Cervantes. Y no sólo fue el intérprete agudísimo que desentrañó del Quijote esa biblia que encierra, sino que fue el reflector de su estilo, que sólo Montalvo ha podido imitar". Continúa el doctor Remos dando hermosa cuenta de los demás libros de Montalvo, hasta concluir con el octavo tratado, o sea la «Geometría Moral», sorprendido por los episodios de ese galante personaje que su autor saca

a relucir: don Juan de Flor.

“Lástima grande, agrega, que Pí y Margall no hubiera conocido esta creación de Montalvo, para haberla rendido, en su espléndido estudio sobre el tradicional libertino sevillano, la pleitesía que merece la historieta del héroe de Montalvo”.

Aplaude los atributos del tenorio ecuatoriano, “más feliz, más sincero, menos veleidoso y mucho menos pícaro” que el Don Juan de Tirso de Molina y de Zorrilla.

Es muy elocuente el pasaje en que narra la muerte serena del príncipe de los escritores de habla castellana.

Y como el caso del doctor Remos, podríamos citar numerosísimos que han enriquecido la bibliografía de Montalvo, y le han situado en altísimo tono admirativo siempre.

No ha mucho en Cuba un escritor centroamericano, Santiago Argüello, si la memoria no nos es infiel, pronunció bella y vibrante conferencia sobre Montalvo, que cual una joya, la vimos publicada en la revista “Archipiélago” del doctor Max Henríquez Ureña, conferencia que tuvimos el gusto de verla reproducida en los folletines de “*El Comercio*”.

HISTORIA DE LA LITERATURA DE AMERICA

Anchuroso camino de acercamiento espiritual de los pueblos de América abrió el célebre crítico don Marcelino Menéndez y Pelayo con su Antología, en la que juzgó, con suma de documentos, a los principales poetas del Nuevo Mundo.

Eruditos varones han continuado, en los distintos países hispanoamericanos, esta meritísima labor, dándonos a conocer la historia del movimiento literario de sus respectivas patrias. En el Ecuador, hace como media centuria, el escritor y poeta Juan León Mera lanzó su interesante "Ojeada Histórico—crítica de la literatura ecuatoriana". Otros literatos siguieron sus huellas, con esmerada paciencia.

En Cuba, una de las altas personalidades que más ha trabajado en este sentido, es el doctor J. Remos y Rubio, que anteriormente publicara dos tomos de la "Historia de la Literatura Cubana" y que ahora da a luz su metódico e importante "Resumen de la Historia de la Literatura Cubana".

Múltiple son las actividades de este docto catedrático y periodista.



Ha dictado las clases de Gramática y Literatura Castellanas en un acreditado Instituto de la Habana. En esta misma ciudad dirigió, en 1930, la hermosa revista "Ideas", que ha tremolado el estandarte de los más generosos ideales de cultura, espíritu cívico y acercamiento americanista.

Como a cuatrocientos autores cubanos convoca en su "Resumen de Historia", desde los orígenes y primeros pasos literarios de la progresista Isla, hasta nuestros días. Sus apreciaciones son sintéticas y serenas, lo mismo al juzgar a la escuela clásica que a la romántica y al modernismo.

Extensísima es la bibliografía que le ha servido de fuente de información, lo que revela abrumador trabajo y anhelo de que el documento compruebe todas sus afirmaciones. Uno de los capítulos más fervidos y hermosos es el que dedica al apóstol Martí, considerándole en sus diversos aspectos de poeta, prosador, novelista, orador, crítico, publicista y periodista. Resalta su significación en el pensamiento cubano. "El genio de Martí fue multiforme, dice. Poseía una cultura clásica extraordinaria. Los escritores españoles del siglo de oro habían influido notablemente en su estilo, principalmente Gracián. Martí es escritor de contextura

arcaica en su forma; pero de pensamiento avanzado. Oscuro a veces, su conceptismo es originalísimo y sus giros de técnica rara, pero bella". Analiza sus nuevos conceptos en la oratoria y el efecto que producía, sugestionador de multitudes, deslumbrador, con su palabra de fuego que causaba impresión intensa en cuantos le oían. «Por el verbo de Martí, agrega, puede afirmarse que habla un Continente, y en ninguna oportunidad, como en su discurso sobre Bolívar, tan brillante y enérgico, se puede comprobar este aserto. Hay en el plan de esta monumental oración, cierto desorden, cierta falta de método que es precisamente el producto de su genialidad fogosa, intranquila; pero en medio de ese desorden, hay una unidad que engarza como rico montaje esa gran diversidad esparcida: es la unidad de su elocuencia que compensa, con su poder persuasivo y su vigor convincente, toda esa falta de sistematización grave y académica".

No son menos interesantes y admirablemente tratados los capítulos que se refieren a los novelistas y costumbristas, a los pensadores, educadores y publicistas, a los que cultivan la prosa, a los oradores, y, singularmente, a Sanguily y al filósofo Varona, "pensador en el amplio y noble sentido de la palabra".

Su fervor crece al examinar la vida de José Antonio Saco, "el más grande de los prosistas cubanos, el más sobrio, el más elegante y sólido", y al señalar la significación de José de la Luz y Caballero en la conciencia de la Perla de las Antillas. Nos ha llamado la atención que no figure en el aplaudido «Resumen» el novelista cubano Eduardo Zamacois, que creemos nació en Pinar del Río. Verdad es que su actuación literaria de casi toda su vida ha sido en España, donde ha publicado sus libros, pero lo mismo le aconteció al hiriente y genial crítico Fray Candil, o sea Emilio Bobadilla, que vivió casi siempre lejos de su patria y editó en Madrid y París sus obras.

Esto no quiere decir que olvidaron el suelo en que nacieron.

La historia de la literatura de América va integrándose, gracias a laboriosos e investigadores temperamentos como el del doctor Juan J. Remos y Rubio, que se ha preocupado hondamente de los escritores castellanos del Continente y de la Península *

* De "El Comercio" de Quito:--10 de Agosto de 1931.

**TENDENCIAS DE LA NARRACION
IMAGINATIVA EN CUBA**

El catedrático Remos y Rubio, que con tanto afán ha escrito acerca de numerosos asuntos literarios, gramaticales, y artísticos, para ilustrar a la juventud de su patria, estudia el desenvolvimiento de las obras imaginativas, tales como el cuento, la novela, la leyenda y otras, desde sus orígenes hasta los días de la República de Cuba.

Comprende el interesante libro las cuatro disertaciones del curso que acerca de la novela cubana dictara el año 1931. Punto de partida es doña Gertrudis Gómez de Avellanada, la poetisa excelsa que trazó el cuento *El Gigante de Cien Cabezas* y más tarde la novela *Sab*.

Por cuestión de método, ha dividido en períodos la narración imaginativa en Cuba, y en secciones las clases de novelas. Trata, en consecuencia, de la histórica, costumbrista, sentimental, moralista, pastoril, satírica, de la novela política y de aventuras. Capítulo especial comprende la novela verista. Se entiende por tal, según el doctor Remos y Rubio, la que comprende tanto el realismo como el naturalismo. Son las dos alas del verismo: «La primera, busca el dato experimental, el espíritu en jirones menudos, para estudiarlos como una gran clínica

de experimentación. La segunda, además de hacer todo esto, elige la costra humana, asuntos, en verdad, repugnantes y vergonzosos, adentrándose en las lacras del espíritu que engendra los grandes vicios del hombre. Puede afirmarse que el naturalismo busca el ideal en el arroyo. Lo grotesco llega en él a emparejar con lo sublime, y los novelistas se muestran como grandes disectores de la vergüenza humana».

Notables figuras se destacan en Cuba como cultivadores del verismo. El mismo apóstol Martí rindió tributo al género en su "Amistad Funesta", de tendencia psicológica, en frase del doctor Remos. Viene después el analista Miguel de Carrión, "uno de esos talentos fuertes, penetrantes y luminosos, compulsador de las luchas del alma y de las prácticas sociales".

Le siguen Jesús Castellanos, Emilio Bobadilla, más conocido con el seudónimo de Fray Candil, Alfonso Hernández Catá, Tomás de Jústiz, Manuel M. Villaverde, Carlos Loveira, José A Ramos y otros, incluyendo a la valiente novelista Ofelia Rodríguez Acosta, aplaudida autora de *La Vida Manda*.

Por la obra del doctor Remos se tiene clara idea de la marcha de los trabajos imaginativos en Cuba. Ha preferido este nombre aplicado a las narraciones, porque lo

cree más propio que el italianismo *novela*. Le guía espíritu sano e imparcial, que de manera parca compendia algunos argumentos de las novelas que examina. Procede con serenidad, sin dejarse arrebatar por la simpatía ni la pasión.

Quiere para el arte un hálito universal que lo vuelva inolvidable a través de los siglos, como ha acontecido con los preclaros maestros de la antigüedad, por más que hayan escrito sobre limitaciones y cosas muy peculiares de su tiempo. El tema fue fugitivo; pero el genio lo transformó en inmortal. «Fernando de Herrera, Petrarca, Pistoia, por ejemplo, escribieron sobre detalles de una circunstancia de su vida íntima, y sus obras no han muerto ni pueden morir»,

El vanguardismo "pasará como todo lo momentáneo, y fenecerá más pronto porque en su afán futurista, reniega del pasado. "La abominación de los valores pretéritos es, innegablemente, un idiotismo más bien que un principio estético", dice el doctor Remos.

Han prestado valiosos servicios a la América sus eruditas disertaciones llamadas "Tendencias de la Narración Imaginativa en Cuba" *

* De "El Comercio". Quito—Ecuador. —18 de Febrero de 1935.

JOSE INGENIEROS Y SU OBRA LITERARIA

El juvenil crítico cubano Ricardo Riaño Jauma, discípulo aprovechado del doctor Juan J. Remos, doctor en Filosofía y Letras y catedrático de Literatura, ha penetrado en la obra del gran maestro argentino José Ingenieros, tempranamente caído en plena lucha cerebral.

Predispone al aplauso la concienzuda labor de quienes se preocupan de los positivos valores de América y los estudian detenidamente, presentando a la juventud estos ejemplos fecundos en enseñanzas. Son los heraldos de la concordia continental, que borran fronteras por medio del convite al banquete espiritual, en el que departirán calurosamente con prohombres preteridos a veces por las pasiones políticas, olvidados otros por la envidia y el odio, víctimas de la conspiración del silencio, porque no fueron de la simpatía de círculos determinados. Luminosa y patriótica tarea emprenden los resueltos y estudiosos jóvenes, amantes de la sabiduría, que se consagran al análisis de quienes fueron profesores de energía y figuraron a la vanguardia de las campañas moralizadoras y nobles. Cita Riaño a algunas cumbres de América, entre las que coloca a Juan Montalvo. Ha querido presentar clara norma a la juventud.

«Tan sólo es nuestro deseo, dice Riaño Jauma, que alguien nos imite y que este ensayo desmirriado, hecho más con el corazón que con la mente, sirva de inspiración a los que comparten el fervor hacia el insigne psicólogo».

Desde algunos puntos de vista le examina: ya como hombre, ya como idealista, ya como crítico, poniendo en la cima su vasta obra. Es digno de anotarse que le considera como poeta, la que es faz original que otros no han tomado en cuenta. Aunque, técnicamente hablando, Ingenieros no compuso en su vida un solo verso, resalta su dón poético, de enamorado de la belleza que comunica emoción a los lectores. Como demostración, se remonta a las hermosas descripciones de viajero, especialmente cuando anduvo por Italia y recordó el «eterno florecer de la vida sobre la muerte», cuando pasó comovido por entre los escombros del Foro romano y fue por el agro de Verona.

«Era, agrega, el poeta ingente, que descifró la aurora del futuro, que captó las libélulas de lo desconocido y entendió el lenguaje musical de los tiempos. Era el poeta supremo del mañana, el poeta ideólogo del porvenir, el poeta de los poetas, el que halló la belleza bajo todas las formas y remontó el ideal bajo todos los ensueños»
No en vano agitó en la cumbre la bandera del idealismo,

acentuando el señorío del pensamiento, faena aristocrática que se aleja de la mediocridad. El pensador ha levantado el vuelo a universos imaginativos. El avión potente de su fantasía le vuelve excelso, al conducirlo por infinitas regiones, apartándose del hombre mediocre que tanta magistralidad pintó en erudito y cálido libro. Se hermanan la sabiduría con la poesía, porque ambas corren en pos de los encantos de la naturaleza. Quien no acaricia ideales, no podrá salir del pantano de la vulgaridad, redimido con el agua lustral de las ideas. Ingenieros produjo capítulos sugestivos que inclinan a meditar, tornando prolífica la función espiritual. De sus concepciones brota benéfico raudal de sentencias. Su prédica levantó polvareda, porque no han de suponer los apóstoles que ha terminado la pedrea contra su cabeza y su corazón, en estos tiempos que parecen de tolerancia y que en realidad están cegados por terribles rencores. El sacerdocio de la verdad supone martirios innumerables.

Gusta por la valentía el ensayo de Riaño Jauma, al apreciar el idealismo de Ingenieros. Conviene que la juventud le lea más a menudo, para que aprenda a combatir resistencias y fanatismos. . . . No le faltaron individuos de plano inferior que negaban los quilates intelectuales del formidable trabajador argentino que se propuso no faltar ni un sólo día a su

consultorio, sino es el de la partida suprema.

Un tipo de enorme vanidad, ensoberbecido por la suerte, me repetía:--"¡Qué plantilla es Ingenieros!", dando a entender con ese americanismo que era simulador de erudición. Con todo, el fundador de la "Revista de Filosofía" llama la atención de la gente conspicua, y el presuntuoso de mi cuento pasea su inferioridad sin despertar el interés de nadie. La injusticia humana, por boca de ignaros audaces, no ha cesado de calificar de escritores de segundo orden a los que están a cien codos sobre ellos. La posteridad, aunque tardíamente, ha sentenciado de modo inapelable, confundiendo a los envanecidos y envidiosos. Es preciso analizar la obra de los hombres a quienes se ataca, para no prejuizar, siguiendo corrientes de inconsciencia. Fundamentalmente se ha de sopesar méritos, antes de pronunciar el fallo solemne. El propio criterio, apoyado en la observación personal, nos salvará de errores. "Mansamente hemos aceptado reputaciones sin compartir el juicio en formarlas. Hemos sido niños al admitir la medicina de la historia, poseídos de su bien, inconscientes de su virtud". Y este vicio ha causado enormes atropellos en ciertos pueblos de América, en los que buena parte de la juventud no se toma la mo

lestia del examen y la comprobación.

De su copiosa tarea de la "Revista de Filosofía" pudieran seleccionarse algunos volúmenes. A la Argentina, como madre afectuosa, le toca llevar a cabo la empresa de cultura y propaganda que redundará en gloria de la tierra natal de Ingenieros. Preocupado siempre de la marcha ideológica del mundo, se interrogaba al final de su detenido estudio de las doctrinas de Emilio Boutroux, a quien conoció en París: ¿"En qué sentido se orientará la conciencia filosófica de los pensadores que han asistido con horror a la tragedia universal? Si es fácil profetizar que una profunda renovación debe producirse en las doctrinas y en los ideales de los hombres que gustan de filosofar, parece difícil, en cambio, entrever tendencias ideológicas que aún no logran definirse. Era un hecho indudable, antes de la guerra, el renacimiento de los estudios filosóficos en todos los países cultos, después de un período de exclusiva confianza en la razón y en la ciencia. Ese movimiento había adquirido suficiente vitalidad para que el gran desastre no haya logrado detenerlo y para sobrevivir a la ola mística que engendrará, pronto o tarde, una reacción contraria. El examen del último renacimiento espiritualista permite ad-

vertir que el positivismo científico había roto los viejos moldes metafísicos, imponiendo a sus mismos adversarios algunos criterios de que no podrá prescindir toda nueva tentativa de construir sistemas metafísicos que excedan a las ciencias mismas”.

La segadora implacable le impidió, en octubre de 1925, seguir la marcha de la renovación filosófica, atormentada en la actualidad por formidables problemas sociales y pedagógicos, que no aciertan a mejorar las angustias de la humanidad.

El alentador ejercicio mental de Riaño, que revela robusto carácter y convicción, está recomendado liberalmente, en hermoso prólogo de lineamientos roborantes y sanos, por el doctor Juan J. Remos, que se sorprende, como americano de vigoroso intelecto, del relativo silencio que se ha hecho en torno de la misión docente de Ingenieros, que merece fatigar el comentario y cada vez ser revivida con pujante insistencia. «Rodó e Ingenieros, expone, han sido los dos plasmadores más felices de la juventud hispanoamericana de nuestra centuria. Pensadores vigorosos influyeron en el pasado siglo en sus medios respectivos, con fuerza decisiva, como Montalvo, Sarmiento, Hostos, Martí; pero ninguno logró la extensión amplia que estos dos ensayistas del siglo XX, que inspira-

ron la mente y conquistaron la devoción de los espíritus nuevos en todo el continente de Colón». Sintéticamente formula el paralelo de esas dos cumbres, si bien le a-ventaja Ingenieros como revolucionario en el campo de la filosofía. Sereno el uno, batallador el otro, se conquistó éste malquerientes, por haberse atrevido a desnudar a la mentira añeja».

En alto relieve singulariza la exaltación del autor del libro *José Ingenieros y su obra literaria*, al par que su sinceridad. Aprecia únicamente el optimismo de la producción juvenil, sin fijarse en minuciosidades que llevarían a discutir inexactitudes y exageraciones. Bastaría aludir a lo que se deduce de la ligera referencia a Bolívar; cuya empresa no admite parangón. La intención ha sido buena, y eso basta.

Además, la actual delicada época para Cuba, en la que se ha producido Riaño, que se ha esforzado por el imperio de la libertad, inclina a perdonarle cualquiera hipótesis, cualquier lunar, en mérito de su buena fe de combatiente contra las tiranías, «en una hora de sancho-pancismo mundial que tiene asustadas, con razón, a todas las mentalidades generosas de la tierra, aunque todas a su vez alimenten la convicción de que nunca ha dejado de brillar el sol tras la noche, y estén contestes con Ortega

y Gasset en que hay que tener fe en el devenir del tiempo, porque «un mundo en que nada puede cambiar ni nada cabe emprender, sería un sepulcro», como educadoramente lo recuerda el doctor Remos.

RECUERDOS DISPERSOS

Para ciertos temperamentos curiosos de ahondar en las almas, están llenos de encanto los relatos en que se mezcla la acotación personal, los fragmentos de la vida que, como un corazón gigante, ha palpitado en diversos horizontes. Por esto, seducen no pocas páginas del admirable Montaigne, a quien Montalvo aplaude e imita, ponderando la valía de los célebres "Ensayos". En el egotismo notamos mayor naturalidad, nos acercamos el espíritu del escritor, sentimos el calor de la emoción, que es comunicativo, creemos encontrar comprobaciones de verdad y experiencia.

Pero, de otro lado, también es evidente que a muchos no les importa gran cosa el suceso personal, la digresión diminuta, la nota relacionada con el "yo".

¿Qué se me da a mí, dicen hasta despectivamente, que Fulano o Zutano haya pasado a tal o cual hora

por determinado punto o que conversara con Mengano o Pereneejo? Mas es innegable que estas veladas o sutiles autobiografias, por superficiales que aparezcan, dan sabor de realidad a cuanto se lee, y descartan el mundo fantástico que, aunque distrae breves horas, deja al fin hondo vacío.

Por analogía, ésta es la razón por la que gustan mucho las cartas: son espejos de cuerpo entero en los que se reproduce quien las escribe, por más que trate de simular; son valiosos documentos psicológicos.

La ilustre dama argentina señora Elvira Aldao de Díaz, que pertenece a encumbrada clase social de su patria, es sincera narradora, de esmerada cultura, que ha visitado varios centros europeos, pasando largas temporadas preferentemente en viejas ciudades de España, Francia e Italia. Ha trazado algunos volúmenes que podrían clasificarse entre las memorias, en los que evoca la vida social y política de su patria, abunda en reminiscencias que atañen a grandes hombres argentinos, como Aristóbulo del Valle, consigna impresiones de sus viajes por dentro y fuera de su progresista país, recuerda lo que en provincia vió desde su infancia en la ciudad del Rosario, alude a rasgos familiares, etc.

Escribe con soltura y sencillez. Ha confiado muchos asuntos a su memoria, cual si estuviera conversando con amigos de confianza. Abre ingenuamente su pulcra alma, refrescando intimidades de un ayer que se aleja en la barca del tiempo, combatido por tristezas, enfermedades y algias.

En su último libro "Recuerdos Dispersos", expone con franqueza, a propósito de una crítica de su hermano Martín, consagrada a la novela "La Gloria de don Ramiro", del millonario y diplomático Enrique Larreta, su manera de pensar acerca de la obra que tanta bulla metió y fue vertida al francés por un ilustre literato. Se pregunta en qué consiste la gloria del hijo de Guimar de la Hoz y un apuesto, atrevido, seductor morisco, que vino al mundo en Avila de los Santos, "bajo la constelación de Saturno y los signos de Acuario y Capricornio". Sin duda fue la plegaria que ante su cadáver murmuró, en la Ciudad de los Reyes, Rosa de Santa María, (la hija menor de Gaspar Flores y María Olivia, muchacha de angélica y perturbadora hermosura, como la califica el escritor Larreta), dejando caer sobre el helado pecho del desconocido una lluvia de perfumadas flores, entre las pálidas fulguraciones del crepúsculo matinal.

Pintoresco lo que cuenta acerca del proyecto de bautizar, con el nombre de Larreta, una calle de la ciudad teresina. Halló vías llamadas Barreta y Carreta, pero no Larreta, porque el Ayuntamiento no aprobó tal designación.

Se asombra de las cosas raras que, muy sueltos de huesos, dicen los españoles de la aristocracia, como el lenguaje más natural, admitido en sociedad; palabras y frases que en otros centros sociales, como Buenos Aires, por ejemplo, son mal vistas e impropias de personas decentes. No pocos términos duros, de tanto manoseados, ya no sorprenden entre cierta clase distinguida. Para las personas cultas ecuatorianas es plebeyo decir vihuela en vez de guitarra, pongo por caso. ¡Qué susto se llevó destacado extranjero cuando en una selecta mansión quiteña denominaban esperma a la bujía de estearina! En algunas ciudades pasan inadvertidos los vocablos que en otras resultan crasos e inconvenientes, condenados por la buena gente. Hasta en diversas escabrosas escenas bíblicas la significación de terminantes dicciones es desusada entre nosotros. Citaré por ejemplo, el verbo «conocer». Reprueba por inelegante doña Elvira Aldao de Díaz la expresión «en cueros», al aludir al desnudo en el arte. Un conde no tenía empaque en repetir “patada en el estómago”, “pollera”, “co-

gote" y otros terminajos vulgares.

No dejaré sin rememorar una dulce nota, de sentimiento y melancolía, que hondamente conmovió mi sér en "Recuerdos Dispersos": el breve capítulo "Episodio florentino". Apuesto y juvenil oficial acompañó breves minutos, enternecida el alma y con respetuoso talante, a una desconocida abrileña de veinte años. Caminaban en silencio en la sombra. Al llegar a la luz, fue atenta con el muchacho y apreció su caballerosidad, ante invitación que le formulara, comedida e insistentemente. El oficial estaba enamorado, pero no volvería a ver más a la bella damita, que se partiría con el alba siguiente. Le llevó a admirar la plaza de la Señoría en noche de luna, Paralizada junto a la «loggia dei Lenzi»—maravilloso museo al aire libre—, comenzó él a enumerarle las estatuas y grupos que contiene. Escucháballo ella, muda, contemplando arrobada la gracia armónica de ese conjunto de arte, expuesto generosamente, bajo arcadas airoas, a las miradas del público. Tras larga contemplación— olvidada del muchacho acompañante— avanzó sola hacia el centro de la plaza. Tal magnificencia y tan absoluta soledad diéronle sensación de sitio inhabitado desde tiempos pretéritos... «y que la actual humanidad no podía tener conexión con el grandioso pasa.

do de Florencia” La visión pasó como un sueño. Ella regresó a su rico alojamiento del Cavour. “Al penetrar en el hotel, detúvose a ver alejarse en la oscura calle al joven compañero de esa hora imprevista vivida en Florencia.....viéndole desaparecer—no sin cierta pena— en la vuelta de la curva”. El amor, fugitivamente prendido en las almas, fulguró como un instante de felicidad que no vuelve nunca.....

LAS OBRAS DE LOS GRANDES HOMBRES

El distinguido profesor de la Universidad de la Habana, versado en economía y ciencia sociológica, Dr. José Pérez Cubillas, que con honda devoción ha estudiado a Martí como economista y sociólogo, sienta una gran verdad al afirmar que “en el fondo, los grandes períodos históricos de los pueblos no son otra cosa que la historia de sus grandes hombres”.

Hay figuras que llenan un siglo y que constituyen la encarnación de su época. Al rededor de ellas giran los principales acontecimientos de sus respectivas patrias. Voltaire extendió su influencia por todo el siglo décimo octavo. Víctor Hugo y Goethe encarnaron el diez y nueve en Francia y Alemania, si bien éste

nació casi a mediados de la anterior centuria.

En la marcha del progreso ecuatoriano, los tiempos de la Colonia, brumosos de suyo, brillan principalmente por tres cumbres: Maldonado, Espejo, Mejía. Conste que no olvidamos a otros excelsos varones como Villaruel y Velasco. En los años de la República, la historia ecuatoriana se enriquece en torno a tres cumbres: Rocafuerte, García Moreno, Alfaro. En otros parlenques, Olmedo, Montalvo, González Suárez.

Los grandes caracteres están fatigando los anales de un país, por limitado que éste sea. Virtudes e inteligencia lo dilatan.

Tal en Cuba con el apóstol José Martí, "alma inspiradora, voluntad organizadora y cerebro director" de la guerra magna del 95.

El Dr. Pérez Cubillas le admira como estadista y genio de América, espigando en la producción martiana, en el noble empeño de que el pueblo de su hermosa e insurrecta Isla le conozca más a fondo,

Su pensamiento capital de iluminado fué la independencia de Cuba, desde su temprana juventud. Casi una obsesión la lucha por conseguir que su patria se desligara de España. Para llevar tan generosa idea a la realidad, no comprometió la difícil empresa mo-

vido por el huracán de la gloria ni arrastrado por otro interés que no fuese el cívico. Quería madurar el plan y evitar el fracaso.

Organizado ya el partido revolucionario y palpando que no era un sueño la cooperación nacional, proclamó entonces la guerra, vislumbrando el seguro triunfo, por más que la patria exigiera el sacrificio de su preciosa existencia. No le animó el odio. Pedía el mayor respeto para los cubanos, sin escarnecer a los españoles. Mañana, con el abrazo de la libertad, serían de nuevo hermanos. Pero ansiaba que los cubanos construyesen su propia casa, que maduraran su propio vino.

Con elocuentes pruebas, exterioriza el profesor Pérez Cubillas los propósitos de Martí en el servicio de la patria, sus conceptos sobre el arte de gobernar, la selección de los mejores para los cargos públicos, la filosofía de la libertad y de la política, la manera de organizar prácticamente la marcha republicana, la necesidad de difundir la enseñanza de la agricultura, el impulso al comercio, a la industria, al agro, la importancia del anuncio y de la propaganda, etc.

“Los gobiernos perfectos, según promulgaba Martí, nacen de la identidad del país y el hombre que lo rige

con cariño y fin noble, puesto que la misma identidad es insuficiente, por ser en todo pueblo innata la nobleza, si falta al gobernante el fin noble”.

Por último, el Dr. Pérez Cubillas analiza cómo Martí consideró la política internacional de su patria y la clara visión que tuvo de América, a la que conocía muy de cerca.

Optimista en el porvenir del Nuevo Mundo, creía en su salvación. Trabajo autónomo ansiaba para los países hispanoamericanos. Se pierden porque imitan demasiado. Debemos atender a nuestro propio tesoro, enriquecer lo nuestro. Hemos demolido mucho: construyamos. “Crear es la palabra de pase de esta generación, aconseja Martí. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!”

CENIZAS DE EMOCION

Bello tomito de versos, hondamente sentidos, que se deben a la inspiración, sana y emotiva, del juvenil poeta Guillermo Austria, hijo del inolvidable don Pepe, Ministro de Venezuela en Quito, que hizo conocer sus meditados trabajos literarios e históricos, cual sus *Lámparas de ilusión* y su estudio sobre la Batalla de Boyacá

Lejos de la patria, rindió su último tributo en 1931 el preclaro amigo.

Cenizas de Emoción se lee con agrado. Es libro franco y sincero, brote juvenil, regado por las puras aguas del amor. La mayor parte de la obra consta de sonetos bien trazados, con pincel que destaca las ideas y con música que ennoblece el ritmo. ¡Sonetos, poemas de arte supremo, que burilaron en bronce, la fama del autor de los *Trofeos!* Heredia tuvo pacientes imitadores. Con todo, son tan escasos los buenos sonetistas, por más que parezcan sencillas las reglas dadas ingeniosamente por Lope de Vega, en gentil obediencia a Violante, que ya son raras las filigranas de catorce bordones. Ya no abundan los armoniosos y sentidos libros de versos en la hora de confusión estética que ha llevado a la juventud no siempre por anchos y poéticos caminos, sino por atajos caprichosos donde el mal gusto está sembrando de cardos y ortigas las veredas, en la febril ansia de llegar al dorado alcázar de la originalidad que no se divisa por ninguna parte. Como las leyes de la belleza están fundadas en las eternas de la naturaleza humana, el descarrío es del momento en muchos órdenes de cosas. Volverán los talentos disciplinados, con sed de beber en claras fuentes, al cauce primitivo, a correr en pos de los

ríos de auténtica nitidez cultural y de hermosura perdurable.

Categorícamente afirma Guillermo Austria que es de amor su libro adolescente y que sus formas son fáciles, lo que vuelven más atrayentes a esas lozanas hojas, regadas con juvenil emoción, que en vano juzga se volvió ceniza. Suave melancolía de añoranza discurre por sus versos que buscan el perfume del instante que fué y de lo que impresionó a las cabecitas que amaron con locura, sin poder gobernar a un corazón más loco todavía.

Dará elocuente muestra de la indeclinable y aplaudida técnica de la obra, que se lee con simpatía, el soneto que transcribo al acaso, para demostrar que son en mayoría bellos y diáfanos como éste:

VUELO HACIA TÍ

Vuelo hacia tí como volar pudiera
la golondrina al familiar alero,
en los tiempos de dar la primavera
su aroma peculiar al limonero.

No me importa saber si como antaño
no saciarás la sed con que regreso,
ni si otro nuevo y amoroso daño
me causará la ausencia de tu beso.

Voy hacia tí como hacia mi destino;
y a mi viajero instinto de beduino
eres la fresca fronda prometida.

Quién sabe si al final no serás nada,
o el ávido puñal de tu mirada
me corte en dos el hilo de la vida».

Entra el alma en la quietud del remanso, con la lectura sedante de estrofas que poseen la rara virtud de hacernos soñar, dentro del jardín de la tristeza.

POEMAS DE ULDARICA MAÑAS

Penetrar en el íntimo rincón del alma que aglomera impresiones y honda pena sintiendo la emoción del libro que a diario ha ido trazando el autor o protagonista a lo Amiel, con todas sus timideces analizadas por el doctor Marañón, con todos los recuerdos que se acurrucan como acobardados, es delicada peregrinación de arte.

Realizamos el rápido viaje al abrir el devoto cuadernito de confidencias, en que vibra el espíritu de una poetiza cubana, que ha bebido, en las diáfanas fuentes del amor, toda la ternura de los que sufren, todo el dolor de los que han sido flechados por Cupido.

Ulderica Mañas, en su simplificado tomito de poemas, que lleva el exclusivo, el singular título de "Tú", da a entender que su sed pasional, sin complicaciones, es humilde como una gota de agua en el océano infinito del amor. Nos transmite la sensación de que es una existencia juvenil que ha llegado, por sus propios pasos, al sacrificio y al agotamiento en aras de sus ensueños.

No ha recurrido la poetisa Mañas al verso cadencioso para entonar sus breves himnos a Eros. Sus renglones, de prosa sencilla y franca, en frases cortas, sin más ritmos que el interior, traducen fácilmente su leal pensamiento, que exhala el perfume de un corazón herido, las esencias de la poesía. Con la más adorable ingenuidad, revela sus tormentas interiores, su honda pesadumbre por el hechizo deshecho, las quemates lágrimas fundidas al fuego de la angustia. Absolutamente sincera, ni por un momento disimula que el norte de su jornada es aquel "tú", para quien son sus quejas y sollozos; no oculta "el deseo loco por destruir lo que, sin forma, es agreste raíz escondida, imposible de arrancar".

En cuatro palabras, transparentes y sin adornos, graba sus conceptos apasionados.



“Fuera del mar y lejos de la orilla, dice, guarda el caracol toda la vida el rumor de las olas en su nácar palidecido. Lejos de tí, en medio del fragor de la lucha, queriendo lanzarte de mi pensamiento, por sobre todas las palabras de razonamiento, escucho el murmullo apasionado de las tuyas, y en las manos cual sarmiento retorcidos, subsiste el temblor de una triste despedida”.

Ahora véase este otro poemita, de nombre humilde que con espontáneo candor de adolescencia cautivante por su naturalidad, expresa su deseo de cariñosa anonadamiento: —“Simplicidad.—Vendrás quedamente a buscarme e iré hacia tí sencillamente, sin anillos que en torpezcan mis manos, ni horquillas que aprisionen mis trenzas. Nos uniremos rítmicamente, como las olas, desconociendo dónde comienza una y muere la otra, y nos destruiremos como dos fuegos cuando se topan. Espuma y cenizas dispersos en la atmósfera, desaparecemos sin dejar rastro, inadvertidos, sigilosamente”...

Como cada alma es dueña de su psicología, no buscaremos en Uldarica Mañas influencias de Juana de Ibarbourou ni rasgos de similitud con Raquel Sáenz. Basta anotar que su insistente pasión es sincera y que no la exterioriza con novedades de armonía. Para comprenderla, es preciso revivir el ingenuo romanticismo

de las horas juveniles. Ella misma aclara que el tema de sus poemas es gastado y monótono. Cree que no ha de interesar a los que no han sido actores en el drama pasional y lo recuerden con simpatía, cuando no se ha transformado en comedia ridícula o en tragedia pavorosa.

Recalca, con modestia, que ha pulsado un instrumento de una sola cuerda, que reproduce un sólo sonido. "Templada la guitarra, empezaré a rasguear mi única cuerda", dice.

Pero reconoce que no es posible que transcurra el tiempo isonoramente. No hay que abandonar el canto. «Y es que, cansada de oír el mismo ritmo, dejé de escribir; pero como vivir sin música resultaba quizás demasiado triste, traté nuevamente de buscar sonidos nuevos, resultando que por ser la misma cuerda me daba idéntica melodía», agrega.

¡Ay, del día en que enmudece la lira espiritual y, como la callada arpa de Béquer, la echamos al rincón de las desilusiones!

PIERRE LOTI

En tierras de España— San Sebastián—pasó a las sombras augustas el exquisito narrador francés Julián Viaud, conocido en el mundo de las letras con el seudónimo de «Pierre Loti», que fue más popular que su propio nombre.

Palpitamos de emoción juvenil con la lectura de esa extraña novela *Las desencantadas*, en que de modo tan profundo y exótico se estudia la psicología turca femenina, llena de secretas abnegaciones, de torturas inconfesadas, de tristes emaculaciones amorosas, siempre encerrada, siempre recogida, sin que su hermoso y doliente rostro brille ante los ojos ávidos, ante los profanos ojos extranjeros.

Seguimos a Loti por curiosas y lejanas tierras, ya por el Egipto misterioso, que oculta el secreto de los faraones, ya por la Persia remota de las rosas perfumadas, ya por campos de la Arabia, ya por las ondas del Bósforo, ya por las augustas ciudades de la Grecia o los jardines del panteísta y delicado Japón, de los crisantemos gigantesco.

Se empapó en las creencias y costumbres de Constantinopla. Todos repetían que guardaba alma turca,ba-

jo apariencia francesa, que vivía civilización oriental de preferencia a la de occidente, contaminada de tantos vicios.

Poseyó singular e irresistible arte para contar las cosas, dando vida a las más triviales peripecias de sus viajes, siempre ameno, siempre encantador, por su estilo, lleno, al mismo tiempo, de sencillez y académica corrección.

Su temperamento cosmopolita de marino ilustre, jamás pudo olvidar aquel sugestivo Estambul donde se deslizaron los mágicos días de su juventud inquieta.

Debemos a Lotí la revelación de la cultura de Turquía y su más apasionada defensa.

Cual en un cuento milinanochesco, nos ha llevado, con creciente deleite, a lo más recóndito del Ispahán y Chiraz, en difícil peregrinación, salpicada de recuerdos arqueológicos y saturada del aroma de otras razas de hábitos sanos y sin el corruptor barniz europeo, abismadas en el fervor de sus religiones primitivas, que exhalan un vago perfume de sufiismo, doctrina persa.

Allí el Rubaiyat bendice el encanto de las esencias de la rosa y el jacinto, la suavidad de la hierba «de un verde apacible», alfombra que hay que pisar con cuidado, delicadamente, porque no se sabe «de qué labios amantes ella brota invisible».

Después del tierno Omar--al--Khayyam, delicado como un madrigal, el melancólico Saadi, penetrado de la caducidad de las cosas, nos convida a meditar, blanda, apasionadamente, como un millonario del amor.

Vienen a la memoria los versos del tradicional Hafiz:

*En tus manos, doncella de Chiraz,
mi corazón he puesto ya;
por el negro lunar de tu mejilla,
diera yo Samarcanda y Bujará.*

El narrador incomparable nos alcanzó a hablar de las crueldades de la guerra europea, preferentemente en lo que atañe a Turquía, que sufrió tanto y a la que ampara del concepto desfavorable de bárbara en que se la ha tenido.

Crece la simpatía de las brillantes páginas de Lotí, al pensar en que no se trata de fantásticos ensueños de la imaginación, sino de viajes auténticos, en los que el poeta busca un amor desconocido o añora a la dulce incógnita de otros tiempos, visita su apartada tumba y llora silenciosamente.....

MUERTE DE UN GRAN SOCIOLOGO ARGENTINO

A principios de Julio de 1934, falleció súbitamente, en Buenos Aires, el eminente sociólogo y juriconsulto doctor Alfredo Colmo, que había consagrado su vida al ministerio de la ley y a la docta enseñanza, ya como Presidente de la Cámara de Apelaciones en lo Civil, ya como profesor en la Capital Argentina.

El doctor Colmo, espíritu investigador, viajó mucho por países europeos y americanos, estudiando la marcha de los pueblos y las bases de su educación.

Hace poco, con pluma severa, publicaba su libro acerca de las revoluciones de América, especialmente de la última de su patria, que derribó al doctor Irigoyen.

En el gran diario bonaerense *La Nación* reflejaba a menudo su pensamiento acerca de puntos políticos, sociológicos y jurídicos, y comentaba sucesos de actualidad.

Rígido en sus costumbres, consagró los años de su laborioso existir a la ciencia da la educación preferentemente, ahondando sus observaciones, profundizando el análisis. Elocuente prueba de su manera de mirar los problemas fundamentales de América es su libro *Política cultural de los países latinoamericanos*.

Arde en él la llama de la sinceridad que aúmbra muchas y dolorosas verdades. Leída a conciencia la obra, remediaria viejos vicios vinculados a la vanidad nacional del Continente y al prurito de pasar tiempo en nimiedades.

Apóstol de la cultura, su prédica vibra con el acento de la convicción.

«La cultura no es un ser, ni un organismo, ni nada parecido, dijo. Es una manifestación, es una suma o una resultante de manifestaciones espirituales».

Luchaba por el implantamiento de legítima cultura, mediante los siguientes principales factores: "educación y levantamiento de las masas: difusión de la escuela, particularmente de la primaria; predominante orientación científica y técnica de la educación intelectual; la religión del hombre dignificado, estimulado y elevado, como centro activo que es de cualquier hecho y manifestación en todos los ambientes".

Quería que los pueblos de América se nacionalizaran, revelando su propia fisonomía, que aprovecharan de sus fuerzas de producción, comprendieran la valía de sus recursos, explotaran sus riquezas, en una palabra, adquiriesen vida propia, independiente, de emancipación política, económica y cultural.

Con escuelas y vías de comunicación, recomendadas insistentemente por el doctor Colmo, América se transformaría. Clama por la acción, la acción que tanto nos falta para robustecer nuestros resortes morales, para dar consistencia a la nacionalidad.

Severo en sus lecciones de cátedra, gustaba de que los universitarios observasen perfecta disciplina, con el cumplimiento estricto de sus deberes, de modo que se palparan los frutos obtenidos en el constante estudio. Quizá por esta recomendable exigencia, reveladora de la responsabilidad de maestro que estaba pesando sobre él, algunos jóvenes, mortificados por tanta rectitud, no profesaron simpatía al profesor que no gustó de contempORIZACIONES ni de componendas. Seguía la línea recta, sin detenerse a transigir con lo que curvase su carácter inflexible y se apartara de la corrección y el orden.

En materia de derecho y principios sociológicos, marchaba al día, con las últimas doctrinas jurídicas y los comentarios de los más modernos tratadistas.

Salió de la Facultad de Derecho, con lucimiento en la coronación de su carrera, en 1902, a los veinte y cuatro años de edad. Desde entonces, reveló su vocación al trabajo científico, meditado y perseverante.

Todo lo hacía con modestia y a conciencia.

Hallábase nuestro ilustre amigo en el proscenio del teatro Cervantes, en las fiestas celebradas con ocasión del cincuentenario de la promulgación de la ley sobre educación común, escuchaba en ese instante un discurso oficial, cuando se desplomó de su asiento, repentinamente atacado de fatal síncope, del que no volvió más a la vida.

La muerte del doctor Colmo enluta el foro argentino, la magistratura, la docencia superior, las letras y el periodismo de su patria, prolongando las sentidas notas de duelo por el Nuevo Mundo, en donde era tan conocido y respetado el preclaro maestro y publicista.

CARLOS PRENDEZ SALDIAS

EL ALMA EN LOS CRISTALES

El Alma en los Cristales me envías de tu patria:
es tu dilecto libro.

Gracias, poeta, gracias.

Cuentas en él las cuitas que tu vivir embargan;
las hondas elegías, la pasión fatigada que, al correr de los años, como ilusión lejana, se esfuma para siempre, porque la dicha cambia: fugaz como las horas, es humo, es sombra, es nada. También dulces ternezas añoras de tu infancia, recuerdas de tu madre y sus virtudes cantas.

Lozana te ha legado la flor de la esperanza... Te dio melancolías, emociones y lágrimas.

La imagen de la novia bajó de la montaña a dictarte cariños, mezclados de nostalgia. Sus ósculos de ensueño inspiran tus palabras, como una melodía, cual queja de una flauta. ¿Es canción que ella ignora? ¿Suspiro es de una caña?....

Por las calles dormidas pasó la sombra casta. Al mirarla, sentiste como una puñalada... Y en el oro muriente de aquella tarde ingrata, bendiciste tus penas, al ver sus manos blancas. ¡Oh, las tardes vividas! Que a transcurrir tornaran los días de Santiago, las juveniles gracias, los parques forestales, la avenida callada, el alto San Cristóbal, Santa Lucía ufana! ¡Oh, los tiempos que fueron! ¡Cómo, por fina magia, al fin lograr pudiéramos que ellos resucitaran!

Tu espíritu ha viajado de Coquimbo en las aguas, con rumbo a la Serena, en pos de paz y calma... La noble ciudad surge con brillo de alborada, y al contemplarla, brotan bellas flores en tu alma.

Poeta: En tus cristales se dibuja una lágrima, viajera misteriosa que tu dolor retrata.

Cuando todos duermen, reflexiona tu alma; medita en silencio, y otra vez se empañan los claros cristales de

aquella ventana. Todos duermen, todos. ¿Quién vela callada, en tanto en Oriente se dibuja el alba?...

ALAMOS NUEVOS

Recuerda el escritor costarricense Elías Jiménez Rojas unas palabras de Alberto Carré, moderno crítico francés, sobre lo que ha de entenderse por artista, que es el que "lleva en sí el amor a lo bello". "La pintura, la escultura, la música, la poesía, la elocuencia, el arte dramático, agrega, son las formas para expresar su pensamiento. Con frecuencia tiene el artista, a más del talento que lo hace famoso, otros talentos. Cada uno de estos otros talentos es llamado un *violín de Ingres*. Ingres, además de ser pintor y dibujante genial, era muy buen violinista".

Ignoro cuales sean los talentos especiales del poeta chileno Carlos Préndez Saldías; pero, a juzgar por sus libros, es el artista de la sencillez. Tal su violín de Ingres. Sabe decir las cosas con claridad y sin figuras ornamentales. Por esto, cautiva a cuantos le leen. No se mezcló en el torbellino donde tantas inteligencias naufragan, siguiendo turbias corrientes que no llevan a la hermosura, tersa y simple. No se ha contaminado. Con-

tinúa manifestando su personalidad ingenua que le induce a interpretar con llaneza la poesía.

Alamos Nuevos es su último libro, escrito con serenidad y dulzura. Corre en pos de la naturaleza, sube a los cerros a describir las amarillas y azulejas flores, los crepúsculos, va por las colinas en sombra, se acerca a las serranías, contempla a las inocentes vaqueras, a las morenas ordeñadoras, a los ariscos campesinos, admira robles y quillayes, pasa por cerca de lagunas y montañas, sin que su alma se manche con afectación ni oscuridad. Nada más lípido que su estilo, que logra conmover.

Pocos versos tan bellos y categóricos como éstos: "Te recuerdo a la sombra del álamo en la ruta.— Blanca, toda ceñida con tu verde basquiña.— Preguntabas el nombre de la hierba y del ave.—La cara de la luna y el viento que corría.—Ahora que estás lejos, el montañés no sabe.— Si los cardos florecen azules todavía".

Suficiente el corto ejemplo, para transmitir los encantos virgilianos de la poesía de Préndez Saldías.

Por donde se abre el libro, se halla el sortilegio de la sencillez y de la suave emoción.

"Golondrina de amor que haces verano— en todo cielo que que te ve volar,—sé de un viajero que ha cruzado en vano mares y tierras sin poderlo hallar". ¡Con

cuánta ternura y convicción habla con su propio sér, interroga a su conciencia!

“Alma vieja que sueñas, entre nieve y espinas—oír un golpe de alas y una palabra incierta;—este cielo de ahora no tiene golondrinas— que llamen a tu puerta.— Alma mía, defiendan tu silencio apacible —la espina más aguda con el gozne más fuerte.— Esas alas que esperas son un vuelo imposible— porque están anudadas al hilo de la muerte”.

Para exteriorizar la poesía interior, para que sueñe el mágico violín de Ingres, no se requiere acudir a metáforas cabalísticas, a frases enigmáticas, a pensamientos confusos y faltos de espontaneidad

En la augusta soledad de la montaña, murmura ternísimas palabras a su esposa. Llegan hasta lo más hondo, en medio de su naturaleza, que es la cumbre del arte, sin oropeles ni abalorios.

“Aquí vivo mis horas de soledad más pura:—diálogo con el viento, digo mi verso al río,—y en los altos caminos se va mi pensamiento — tras la nieve lejana. Estos cerros son míos.—Pasan los caminantes: dejan un rastro leve— que se pierde a la fresca brisa de la mañana.—Yo que parto y retorno, hallo siempre mis huellas—cruzando la montaña.— Aquí traje un amor grande como la vida,—que era toda mi sed y era toda mi agua.— Mi

corazón te dice las palabras que tiemblan.—Yo no sé si la olvido y no sé si me ama.—Tal vez entre las hierbas has de encontrar un día—perdido ese secreto que te digo en mi canto.—¡Cuántas veces el alma se me fue entristecida —mariposa de angustia —por las flores del campo!—Soleidad en los cerros.—Amor que yo tenía.—Canción de álamo verde: silencio de las aves.—Compañera doliente para siempre en la vida,—pienso en el hijo nuestro que llegará una tarde.—Concebido en pureza, frente al paisaje inmenso,—tendrá pureza de alma, y el verde de tus ojos —en la paz de sus ojos, que mirarán el mundo— sin esta dolorosa inquietud de nosotros”.....

Alamos Nuevos, égloga moderna que invita a la salud y a la esperanza, hinche de tonificante consolación los espíritus y nos convida a amar los versos de sosegado ritmo interior, de música apacible, bellos por su sincera poesía, por su sencillez, hospitalaria y refrescante, como agua pura que calma la sed intelectual.

LA PRODUCCION INTELECTUAL AMERICANA

Del confín del magno Continente de lengua castellana, llegan cargamentos de libros, reveladores de la activa producción intelectual.

Sin examinar intrínsecamente la calidad de los frutos, por lo menos el trabajo mental está indicando que se han puesto en juego espirituales resortes y que es innegable el funcionamiento del cerebro.

Cada libro tiene su suerte, decían los antiguos. Además, suele repetirse que no hay libro inútil, por despreciable que parezca.

El libro es maravillosa palanca que encumbra a las almas. «El libro, decía José Ortiz de Pinedo, es la mejor fiesta para el espíritu, el más fecundo arado del entendimiento. En la mañana de la vida, rayo de sol que habrá luego de dorar la tarde con la dulzura de su lumbré. Pájaro del aula, ave de oro del cuarto de estudio, canta un poco austero, un poco áspero, pero llevando en su canción el íntimo gozo, y de ahí que para el que sabe escuchar, tenga un tintineo de plata cada granito de enseñanza».

¡Oh, la ilusión de abrir un libro, de ir cortando

sus misteriosas páginas, de poner los temblorosos dedos en ese corazón virginal que ha de palpitar pronto!

La emoción de los quince años por poseer un libro, por escribirlo, por publicar es indescriptible. Prueba de que generosos ideales alientan en el pecho.

No importa que la mayoría de las veces los libros que arriban de los cien puertos de América sean cuadernos chiquititos, pobres algunos de forma y escasos otros de fondo. Con todo, indican, gráfica y elocuentemente, que es repetido el afán de exteriorización espiritual, de la que más tarde ha de secretarse la miel apetecida.

No importa que falten ideas originales o vulgares siquiera, que se dibujen las más extraordinarias extravagancias, si de ese empeño ha de brotar mañana un raudal de anhelos que inclinen a la lectura y encumbren las fiestas del espíritu.

Quien borrona un libro, da a entender que es devoción en él la lectura, y eso ya se traduce por ganancia.

Podrán los renglones de diferentes tamaños a modo de versos no sacudir el sistema nervioso ni adelantar nada en el vérgel de la comprensión; pero siquiera son ensayos que indican buena voluntad, aristocratismo no material. Hasta las dos o tres líneas que ocupan una página, con derroche de espacio y de papel a falta de pensamientos y sugerencias, constituyen un deber selecto que

se aparta de la tarea rutinaria o mecánica.

Si pocas son las obras que ostentan detenido estudio y belleza auténtica; las demás, que no llegan a esa altura, demuestran que se intentó cultivar el jardín interior y emplear energías.

Merecen cariño los libros, por desvíos que coleccionen y aun cuando asome en alguno de ellos la sombra de la pedantería, al recurrir a prólogos pomposos, alabanzas desmedidas, reunión de recomendaciones y conceptos solicitados. Estas exageraciones desaparecen al fin: las mentes trabajan más a conciencia y se equilibran, depurándose de los juveniles errores o de las tempranas ligerezas.

Admiramos las ediciones elegantes, nítidas; aplaudimos el arte de la presentación, el ingenio de las portadas, la finura del papel, la gracia de los ex libris.

Cuando no se ha ganado del todo en lo espiritual, se innegable que siquiera en el brillo objetivo se han obtenido ventajas, por la favorable impresión que causan los libros de artística factura externa.

No seamós pesimistas acerca del trabajo intelectual. Algo queda de esfuerzo. La posteridad ha de dictar su fallo definitivo acerca de esos libros, seleccionando lo que merezca la pena, lo que sea realmente bello, original y meditado.

El espíritu de vanguardia tal vez no se detiene a estudiar el pasado. Si menosprecia los cánones antiguos, démosle ocasiones propicias para que beba en todas las fuentes y se demore en otear todos los horizontes.

Buenos son los cambios, plausibles las iniciativas, pero con base, que demuestre que no se desconoce lo que a retaguardia queda y que sirve de lección para nuevos rumbos y perfeccionamientos.

La inteligencia, ávida de novedades, evoluciona en sus concepciones; pero no por esto, de una plumada, ha de querer borrar la herencia artística del pasado.

Sería triste permanecer estacionarios. Si se avanza, en el vuelo infinito de la personalidad que busca originales lontananzas, ha de ser con ánimo de mejorar en arte, en producciones geniales.

La evolución, para algunos que presumen haber apresado en su exclusivo uso la hermosura, ha significado la derrota de la belleza y del buen gusto.

Todo ha de presagiar la aurora, hasta el caos que dificulta comprender los caprichos que se ponen de relieve. A veces permanecemos meditativos y llenos de angustia, tratando inútilmente de adivinar qué han querido decir tantos innovadores que nos dejan a obscuras y desilusionados. Ayunos de sentimiento, espontaneidad y estética,

se han henchido de cosas indigestas que acaban por aburrirnos; pero que pueden mejorarse con más estudio y lima.

Ya no se repita que saber gramática es deshonoroso. No se predique nunca que es excelente escribir a *lo que salga*.

Algunos, ignaros y de cortos alcances, han apagado las antorchas de ayer, las luces que de tiempos atrás han iluminado el camino. Se han quedado a oscuras sin acabar de entenderse. ¿Con qué han reemplazado los modelos antiguos? Se habla a tontas y locas de las viejas normas. ¿Cuáles son las nuevas? Apolo gime en la sombra. Se ha derribado su templo, sin construir nada gigantesco que le sustituya. El santuario está lleno de mercaderías de pacotilla, de similares que son atrevida falsificación.

¿Dónde los ideales en arte? La montaña de ídolos se ha de venir al suelo. ¿Qué obras contemporáneas quedarán en pie?...

FIN

INDICE DE MATERIAS

	<u>PAGINAS</u>
A través de los libros.—Advertencia	3
Un novelista español.. .. .	5
La epopeya de la ciudad.. .. .	8
El poema de las tierras pobres	11
Poesía campera	13
Un cantor del hogar.. .. .	17
Bajo la Cruz del Sur.. .. .	21
El poeta Rogelio Sotela	
.—El libro de la hermana	27
.—Apología del dolor	31
.—Motivos Literarios	34
Los cuentos de la Montaña.. .. .	40
El escritor argentino Candiotti	
.—El Jardín del Amor	45
.—Génesis del Jardín del Amor.. .. .	48
El poeta colombiano Arciniegas	
.—Traducciones poéticas	53
.—Antología poética	61
Una poetisa uruguaya	66
Versos a un gran amor	70
La esfinge armoniosa.. .. .	73
El ocaso de Polimnia.. .. .	81
Lotus	84
Esmeralda	87
De la Fuente infinita	90
Cantos	94
Una poetisa oriental.. .. .	97
El minuto azul	102
Fosforescencias	107
La poetisa Raquel Sáenz	
.—La almohada de los sueños	113
.—Bajo el hechizo.. .. .	117
Un poeta sintético	121
Cavilaciones.. .. .	125

Oraciones de mi alma..	128
La poetisa del Dolor..	132
La visión pensativa..	138
Poemas a Mimo..	141
El poeta Eduardo Uribe	
.—La Voz obsesionante..	145
.—Atisbos..	150
El Pueblo del Sol	154
El Doctor José Santiago Rodríguez	
.—Elementos de Derecho Romano	160
.—Contribución al estudio de la Guerra	165
El Doctor Cecilio Báez	
.—Filosofía del Derecho	174
.—Ensayo sobre el Dr. Francia..	179
La Ilusión errante	184
El Dr. Antonio Iraizoz	
.—Apuntes de un turista tropical	193
.—José Rizal	201
El Dr. Juan J. Remos y Rubio	
.—Movimiento intelectual de Cuba	205
.—Juan Montalvo: ensayo del Dr. Remos..	212
.—Un Esteta moderno..	217
.—Pedagogo y novelista	219
.—Biografía de Rodó —Algo más sobre M	223
.—Tendencias de la narración imaginativa	231
José Ingenieros y su obra literaria..	234
Recuerdos Dispersos..	241
Las obras de los grandes hombres..	246
Cenizas de emoción	249
Poemas de Uldarica Mañas	252
Pierre Lotí..	256
Muerte de un gran sociólogo argentino..	259
Carlos Préndez Saldías.—El alma en los cristales	262
.—Alamos Nuevos..	264
La producción intelectual americana	268



Este Libro es propiedad de la Biblioteca

Nacional de la Casa de la Cultura

Su Venta es penada por la L y